Nuestras Ideas

En este número:

Editorial	Los estudiantes y el movimiento de masas
Federico SANCHEZ	Marxismo y lucha ideológica
Avelino RODRI Gabriel RUIZ Antonio FERNANDEZ	Problemas de la literatura
Juan BERENGUER	Revolución en Africa
Antonio MACHADO	¡Alerta!
Discusión	Artes plásticas El "posibilismo"
⇨	**Crítica de libros,**
⇨	**teatro, cine, pintura**

9

octubre 1960

teoría, política, cultura

Revista trimestral

Nuestras Ideas

Revista trimestral

Redacción-Administración : 45, rue S. Denayer. Bruselas - Bélgica

SUMARIO

Pág.

EDITORIAL

Los estudiantes y el movimiento de masas 3

*

ENSAYOS

Federico SANCHEZ: Marxismo y lucha ideológica 9

Avelino RODRI, Gabriel RUIZ y *Antonio FERNANDEZ:* Problemas de la literatura 19

José BERENGUER: Revolución en Africa 29

*

POESIA

Antonio MACHADO: « ¡Alerta! » 60

*

DISCUSION

ARTE:

José NAVARRO: Las artes plásticas en su tiempo y lugar . . . 62

LITERATURA:

Jaime VICALVARO: El « posibilismo » 74

*

CRITICA

NOVELA:

M. NONELL: Contra la censura y contra el olvido — Ca.ranque de Ríos 79

María GUERENA: «Campos de Nijar» y «Para vivir aquí», de Juan Goytisolo 84

POESIA:

Alberto PRATS: «La Pell de Brau», de Salvador Espriu 87

TEATRO:

Manuel G. del RIO: «La Cornada», de Alfonso Sastre 94

CINE:

Pedro ENCINA: Festival Internacional de San Sebastián, 1960 . 97

PINTURA:

Pablo VIDAL: Cuatro notas sobre pintura 99

✻

NOTA NECROLOGICA

Gran pérdida para la historiografía española: ha fallecido el Dr. Jaime Vicens Vives 105

✻

LOS ESTUDIANTES Y EL

MOVIMIENTO DE MASAS

Los acontecimientos ocurridos este año en Corea del Sur, en Turquía y en el Japón — grandes acciones de masas dirigidas contra los gobiernos respectivos, en las que los estudiantes han participado muy activamente — han demostrado, entre otras cosas, que en un régimen de dictadura los estudiantes pueden desempeñar un papel de excepcional importancia.

Recordemos brevemente los hechos:

En Corea del Sur, una dictadura sangrienta — la de Syngman Rhee — impuesta por los americanos después de una guerra devastadora. Abolición de todas las libertades democráticas, corrupción, violencia y miseria como normas de gobierno. Presencia omnipotente de los americanos.

En Turquía, una dictadura vendida a los americanos — que establecieron en suelo turco una impresionante red de bases. Las libertades democráticas ignoradas; reinado de la arbitrariedad policíaca; miseria del pueblo; corrupción de los gobernantes.

En el Japón, un gobierno representante de los grandes monopolios nacionales e internacionales y totalmente vendido a los americanos. Opresión económica del pueblo; política antinacional; reforzamiento de la arbitrariedad policíaca y ocupación virtual del país por el ejército americano.

En los tres casos, un régimen y una política de guerra fría, un sometimiento incondicionado al imperialismo norteamericano.

Y, en los tres casos, una misma reacción del pueblo. La coexistencia pacífica — impuesta, o en camino de imponerse, gracias, sobre todo, a la fuerza del campo socialista — y el cambio de la correlación de fuerzas en el campo internacional — cambio puesto claramente de manifiesto con los incidentes en torno a la no celebrada conferencia en la cumbre — se han reflejado en los tres países de manera casi idéntica: grandes acciones de masas que han dado al traste con (o han quebrantado seriamente a) los regímenes respectivos.

Y, en los tres casos, los estudiantes han figurado en las primeras filas del combate, han tomado parte muy activa en la lucha de todo el pueblo.

Cierto que no todo lo han hecho los estudiantes — como algunos periodistas han pretendido, con la intención de reducirlo todo a simples algaradas de jóvenes impresionables y engañados. Pero no cabe duda de que su participación ha sido muy importante y, en algunos casos, decisiva. Esto es más evidente en aquellos países que — como Corea del Sur y Turquía — no contaban, por causa de la terrible represión, con un partido obrero en condiciones de organizar a las masas y de asumir su dirección. En ambos casos, los estudiantes han jugado el papel de

vanguardia movilizadora, ya que no organizadora, han actuado a modo de fuerza de choque que ha abierto el camino a las masas populares.

Y, en los tres casos, la fusión de la lucha de los estudiantes con la de las masas populares ha sido uno de los factores que más han contribuido a dar a las manifestaciones el carácter vivo, dinámico y audaz que han tenido.

Esto, y lo que está ocurriendo en otros países capitalistas — recuérdese, a vía de ejemplo, la toma de posición de la central sindical universitaria U. N. E. F., en Francia, contra la guerra de Argelia y su conflicto con el régimen de De Gaulle — ha provocado un creciente y natural interés por las cuestiones de la juventud universitaria, interés que, en España, por la similitud que presenta con los casos mencionados, es particularmente vivo.

En efecto, también en España los estudiantes están en las primeras filas de la lucha antifranquista. A fines de 1956 y comienzos de 1957, los estudiantes de Barcelona, repitiendo sus acciones de 1951, hicieron frente a la policía franquista al grito de: «¡Libertad!, ¡Libertad!», al igual que los estudiantes turcos frente a la policía de Menderes. Y en Barcelona — como antes en Madrid — los estudiantes, prefigurando las acciones de los estudiantes coreanos, turcos y japoneses, apedrearon a las autoridades y se enfrentaron con una policía equipada con «jeeps» y coches especiales contra manifestaciones importados de los Estados Unidos.

Cierto que ni en Barcelona ni en Madrid tuvieron los hechos la violencia y el dramatismo que han tenido en Corea del Sur, en Turquía y en el Japón. Pero no por esto son menos ilustrativos de un mismo estado de ánimo y de una misma toma de posición ante la realidad política y social del país.

Claramente lo confirma el análisis de lo que ha venido ocurriendo en nuestras Universidades y Escuelas desde 1957 hasta hoy: huelgas, expulsión de estudiantes, sanciones masivas, participación cada vez más activa de los estudiantes en las luchas parciales contra la dictadura. Desde 1956, el antifranquismo de nuestros estudiantes no ha hecho sino aumentar. La organización del movimiento estudiantil se ha ido puliendo y perfeccionando, ganando en profundidad y en extensión.

Basta con echar una ojeada a las revistas, boletines, hojas, etc., publicadas legal o ilegalmente por los estudiantes; basta con ver el tono y contenido de todas sus actividades culturales; basta, sencillamente, con conocer el ambiente de una cualquiera de nuestras Universidades y Escuelas Superiores — y muy especialmente, justo es decirlo, de las de Madrid y Barcelona — para ver que los estudiantes han roto totalmente con el franquismo, tanto en el plano ideológico como en el plano institucional.

*

Cabe preguntarse, con razón, el porqué de todo esto. A primera vista les puede parecer, a algunos, que el hecho es inexplicable. ¿No son, precisamente, los estudiantes — hijos la mayoría de familias bien situadas económica y socialmente — los ciudadanos más privilegiados? ¿No son los estudiantes los llamados a ocupar — en el futuro — los cargos dirigentes e intermedios de la sociedad burguesa? ¿No se les forma, precisamente, para esta tarea por las actuales clases dominantes y no se les educa de acuerdo con los valores y principios admitidos por estas clases como los más convenientes para la conservación de sus posiciones? ¿Entonces? ...

Entonces, la cosa está clara. Si los estudiantes han estado junto al pueblo que luchaba contra el régimen impuesto por estas clases dominantes, no cabe mejor demostración del fracaso histórico de éstas. Fracaso histórico — vale decirlo — porque no se trata de un fracaso pasajero, de un error determinado, de una posible falta de habilidad política, sino de algo mucho más serio, mucho más hondo. Para decirlo de otra manera: lo ocurrido en Corea, en Turquía, en el Japón, y lo que va a ocurrir en España, demuestra que el capitalismo está llegando a su agotamiento histórico. No solamente es incapaz de hacer frente al enemigo fundamental — el proletariado, el campo socialista — sino que es incapaz de asegurar su propia continuidad en las personas de los designados como sucesores en la gerencia del sistema y de su complejo superestructural.

Es natural que los síntomas más agudos de esta senectud se manifiesten en los puntos más débiles del sistema. En los países capitalistas insuficientemente desarrollados concurren una serie de factores — miseria extrema, desequilibrio territorial en el desarrollo económico, supervivencias feudales, dependencia directa del imperialismo, etc. — que hacen muy difícil disimular las lacras del sistema y organizar el consentimiento del pueblo a la hegemonía de las clases dominantes. La organización del aparato represivo se convierte, entonces, en imperativo básico para éstas. La lucha de clases aparece en carne viva, imposible de disimular o mistificar, directa e inmediata.

En estas condiciones, un grupo social está particularmente bien emplazado para tomar conciencia de la situación y para reflejar, sin elementos interpuestos, buena parte de las contradicciones básicas del sistema. Este grupo social es el constituido por los estudiantes. Veamos por qué.

Los estudiantes, por su procedencia y por su situación social — más imprecisa, más fluida que la de otras capas — están menos sujetos al control inmediato de la dictadura. Sus posibilidades de contacto con las fuentes culturales extranjeras — esto es, no controladas por el propio gobierno — son más numerosas y fáciles de realizar. Su misma ocupación — habituación al trabajo mental, al manejo de conceptos — les permite llegar más fácilmente a una universalización de los problemas vividos por los sectores sociales de que proceden.

Todo esto se refleja en una mayor facilidad para tomar conciencia de las dimensiones básicas del sistema social y para comprender su proyección histórica.

Pero no es esto sólo. En estos países — y España es un ejemplo clarísimo — los estudiantes proceden de clases sociales bien determinadas: junto a una minoría de hijos de los grandes monopolistas y terratenientes, encontramos una gran mayoría de hijos de burgueses medios y pequeños, de comerciantes y artesanos, de campesinos acomodados (1). Y en un régimen como el nuestro — dominio incondicionado de la oligarquía financiera-terrateniente — las contradicciones existentes entre los diversos sectores y capas de la burguesía y el campesinado no pueden por menos que reflejarse en los estudiantes. Y no sólo reflejarse, sino expresarse con mayor nitidez que en dichos sectores y capas propiamente dichos.

En efecto, la mayor fluidez social de los estudiantes, la tendencia a universalizar — esto es, a politizar — los problemas y vivencias de su propia clase social y el hecho, innegable, de que el estudiante medio está, por edad y por situación social, menos sujeto a lazos y a limitaciones materiales, siente menos el apremio

(1) En la Universidad española, el porcentaje de alumnos hijos de obreros, jornaleros agrícolas y campesinos pobres no llega ni al 0,4 por 100 del total.

de responsabilidades concretas — familiares, económicas, etc. — y puede librarse con más facilidad a una actividad social y económicamente **gratuita**, hace, repetimos, que, en los estudiantes, las contradicciones y tendencias que mueven a las clases de que proceden se reflejen con mayor nitidez, tomen un carácter más agudo, más radical (2).

Más aún. Todos estos factores, sumados a sus propias dificultades profesionales y una visión más inmediata de las verdaderas dimensiones de la lucha idelógica — en algunos casos por comprensión exacta o aproximada de los datos reales de esta lucha; en otros, por tomar conciencia de los fallos e insuficiencias de la ideología en que han sido educados —, permiten a los estudiantes comprender de forma más o menos explícita la falta de perspectivas de la sociedad en que viven. En muchos casos es conciencia de la defectuosa estructura de una sociedad concreta — la franquista, por ejemplo. Pero en otros — cada día más — es ya conciencia de un problema de más alcance: el de la falta de futuro de la sociedad capitalista.

Y frente a todo esto, una sociedad lanzada hacia el futuro, en plena marcha, una sociedad joven y totalmente abierta a la juventud: la sociedad socialista, que está ahí, que es un hecho, un hecho imposible de esconder y, lo que es más, imposible de destruir. Una sociedad que tiene todo lo que la sociedad capitalista no puede ofrecer: perspectivas de futuro, dinamismo creador, continuidad, facilidades para la integración de todas las vocaciones e inquietudes constructivas y renovadoras.

Es natural, pues, que la juventud universitaria vaya negándose cada día con más fuerza y amplitud a asumir la continuidad de un sistema — el capitalista — que no responde a sus verdaderas aspiraciones y que está irremediablemente condenado por la historia.

Y es natural que en aquellos países — como el nuestro — en que el capitalismo presenta sus lacras más a lo vivo, en que la opresión es mayor y más violenta, los estudiantes se incorporen con más fuerza a la lucha de todo el pueblo por la libertad y la democracia.

Y en España esto es doblemente válido, porque los estudiantes no sólo tienen las características propias de la juventud — dinamismo, vitalidad, entusiasmo, ansia de futuro —, no sólo viven sometidos a la presión de los factores ya mencionados, sino porque, además, en ellos — como en toda la juventud española — se encarna la esencia de la España de hoy: una España en la que la línea divisoria fundamental no pasa ya por la guerra civil — guerra civil que la juventud no vivió — sino por la situación objetiva que coloca de un lado a la oligarquía y a su instrumento político, la dictadura franquista, y de otro a todo el pueblo español. La inmensa mayoría de los estudiantes, por procedencia social y por sus características propias, están objetiva y subjetivamente al lado del pueblo, contra el franquismo.

*

«La liquidación de la dictadura — se dice en la Declaración del Partido Comunista de España del primero de julio — se presenta a los españoles no sólo como una necesidad urgente, inaplazable, sino como una tarea que es posible

(2) Así, en nuestro país — para poner un ejemplo — la tendencia objetiva a un acercamiento de intereses — y a una alianza política — entre la burguesía no monopolista y la clase obrera, se manifiesta en los estudiantes de una manera más viva e intensa que en la burguesía propiamente dicha.

realizar con éxito, si tenemos en cuenta las lecciones de la experiencia internacional reciente y de nuestra propia experiencia nacional».

De hecho, se dan hoy en España las condiciones objetivas para abordar esta tarea. El problema básico, en estos momentos, es el de la puesta a punto de las condiciones subjetivas. Importa, en definitiva, crear las condiciones imprescindibles de unidad y organización de las masas para ir a la liquidación del franquismo mediante un poderoso movimiento de masas que ponga al pueblo — encabezado por la clase obrera — en primer plano y lo haga árbitro de la situación política española.

Esta tarea, necesaria y urgente, necesita del concurso de todos y, particularmente, de los sectores y grupos más avanzados, más organizados. La responsabilidad de los partidos y grupos políticos antifranquistas es especialmente grave. *Su unidad, el entendimiento entre ellos — como reiteradamente viene* proponiendo el Partido Comunista — sería ya un gran paso. Pero no necesariamente el único. Hay otros factores que también pueden y deben pesar mucho.

En efecto: la creación de las condiciones subjetivas para la movilización de las masas contra el franquismo no es una tarea mecánica. Es, muy al contrario, compleja y multiforme. Por sus mismas características, los jóvenes han de desempeñar en ella un papel decisivo.

Y de entre los jóvenes, los estudiantes, por su toma de conciencia específica, por la presión institucional e ideológica a que viven sometidos y por el nivel de organización que ya han conseguido en algunos casos, están particularmente llamados a ocupar un puesto de primer orden.

Importa ver esto con más precisión.

Por un lado, los problemas de los estudiantes son inseparables de los problemas de todo el pueblo español. No sólo porque están insertos y se definen en función de un mismo contexto institucional e ideológico, sino porque su solución depende de la solución dada a los problemas básicos del país y, en consecuencia, del resultado de la lucha de todo el pueblo contra el franquismo.

La lucha de los estudiantes librada a sí misma, no puede ir más allá del marco de una lucha parcial contra un aspecto parcial de la situación.

Es, *por tanto, imprescindible que la lucha de los estudiantes se integre* **conscientemente** en la lucha de todo el pueblo. Y subrayamos lo de «conscientemente» porque si bien los grupos más avanzados y organizados de nuestras Universidades lo han visto así desde un primer momento, no creemos que se haya logrado aún clarificar totalmente la cuestión a los ojos de la mayoría y hacer salir a todos los estudiantes de una concepción puramente corporativa de sus problemas. He aquí, pues, la primera gran tarea a cumplir por los estudiantes: crear en las Universidades y Escuelas las condiciones subjetivas para llevar a **todos** los estudiantes a una integración efectiva y plena en la lucha antifranquista de todo el pueblo. Es ésta una consecuencia lógica de las propias dimensiones de la lucha universitaria y una condición «sine qua non» de su éxito.

Esto por un lado, decimos. Pero, por otro, la lucha de los estudiantes puede contribuir decisivamente a la creación de las condiciones subjetivas necesarias para la movilización de las masas. ¿Por qué? Porque si bien los estudiantes no pueden aspirar a **organizar** el movimiento de masas — porque escapa a sus posibilidades y porque ya existen los partidos y organizaciones que pueden hacerlo,

vg. el Partido Comunista — sí pueden ser, en cambio, uno de los factores **precipitantes** de dicha movilización.

Factor precipitante, decimos, porque la lucha de los estudiantes puede contribuir a romper el pretendido inmovilismo del régimen y, sobre todo, porque su planteamiento tendrá que hacerse con arreglo a las condiciones actuales, sin esquemas preconcebidos o pensados en términos de hace veinticinco años.

Lo hemos dicho ya y lo repetimos: las condiciones políticas de la España de hoy — analizadas y expresadas en la política de reconciliación nacional — encuentran una de sus mejores expresiones en la lucha de la juventud y en la de los estudiantes, por tanto.

Pero ésta puede y ha de ser algo más que un factor precipitante. La fusión de la lucha de los estudiantes con la de todo el pueblo contribuirá a dar a ésta — como en Corea del Sur, en Turquía y en el Japón — el carácter dinámico, audaz y creador que ha de tener toda acción de masas para que sea pacífica en el justo sentido de la palabra, es decir, enérgica, ofensiva, decidida, pero no sangrienta.

*

La lucha de los estudiantes — por sus dimensiones y por el papel que desempeña — forma, pues, un todo con la lucha antifranquista del pueblo español.

Ante las tareas que se avecinan, con la perspectiva concreta de la próxima Huelga Nacional Pacífica contra la dictadura, los estudiantes tienen claramente trazado el camino a seguir: movilización masiva de todos los estudiantes y fusión de su lucha con la de todo el pueblo español.

Este es su camino. Esta, su responsabilidad.

Septiembre 1960

ENSAYOS

MARXISMO Y LUCHA IDEOLOGICA

por Federico SANCHEZ

La lucha ideológica ha adquirido ya en nuestro país una gran vivacidad, ampliándose y profundizándose sin cesar su contenido. Este dato empírico, conviene colocarlo bajo el foco de un análisis lo más rigoroso posible; y es que, como el proceso de reavivación de la lucha ideológica se produce día a día, de forma cumulativa, corremos el riesgo de acostumbrarnos a su desarrollo, de que se nos enturbie la visión de lo nuevo — radical y cualitativamente nuevo — que entraña el mencionado fenómeno. El hecho, sin embargo, es evidente, en cuanto se sitúan los datos objetivos en una perspectiva histórica. El hecho, del que partimos, es que, pese a la censura, pese a todas las estructuras represivas, limitadoras, de la dictadura en la esfera cultural (en el más amplio sentido de este concepto), los problemas fundamentales de nuestra época estallan en las páginas de las revistas, de los ensayos, de los libros de filosofía, de los manifiestos artísticos; los recoge la prensa diaria, se ventilan en los círculos intelectuales más amplios. En una palabra: están en la calle.

Los rasgos diferenciales más importantes de este proceso actual de lucha ideológica (no se trata ahora de periodizar más concretamente sus diversas fases en los últimos años), consisten, a mi modo de ver, en lo siguiente: Primero, en que la lucha ideológica (me refiero, claro está, a la lucha *pública, abierta*) ya no se circunscribe a las solas esferas dirigentes. Hasta no hace tanto, en efecto, la polémica ideológica pública, aunque más o menos encubierta, se libraba entre sectores de « las alturas », entre grupos de la oligarquía gobernante; entre Opus Dei y Falange, pongamos por caso; entre « restauradores » e « instauradores », para dar otro ejemplo. Ahora, además, aparecen abiertamente en la polémica ideológica en torno a los grandes problemas de nuestro tiempo, y aparecen con pujanza, con autoridad, tendencias o corrientes íntimamente ligadas con fuerzas burguesas de la oposición antifranquista. Así el orteguismo liberal; así el cristianismo social. Hoy, ya, definitivamente, se ha roto, se ha desplomado estrepitosamente el monopolio ideológico del franquismo, con esa característica tan peculiar suya de « Janus bifrons », de reparto exclusivo de papeles entre la escolástica neo-tomista y el vitalismo falangista.

Otro rasgo diferencial de la actual coyuntura ideológica — cuya maduración no era difícil rastrear a lo largo de los últimos años — consiste en la presencia activa, multiforme, del marxismo. Directa o indirectamente, el marxismo, sus planteamientos y sus respuestas teóricas y prácticas, están presentes en la lucha ideológica, influyen en ésta, orientándola a veces, o situándose como una perspectiva insoslayable. Hoy, en verdad, para andar por España — como para andar por el mundo — los intelectuales tienen que hacerse problema del mar-

xismo, tienen que saber, intentarlo al menos, a qué atenerse con el marxismo. Y, repito, es éste un dato empírico, no es ningún presupuesto dogmático: basta con hojear INDICE, PUNTA EUROPA, con leer a Fernández de Castro, a Aumente, con asistir a las Aulas de Cultura o a los seminarios de nuestras Universidades, basta con preocuparse — seriamente — de lo que leen los jóvenes.

Esta profundización de la lucha ideológica — tan patente — es algo que a los marxistas no puede sorprendernos. Habrá que insistir, más adelante, en sus causas objetivas, sus raíces concretas; por ahora, como punto de arranque, pueden mencionarse dos razones fundamentales de ese proceso. Por un lado, los cambios que se están produciendo en la esfera internacional, y la aceleración histórica de aquéllos: fortalecimiento continuo del sistema socialista, con sus éxitos económicos y científicos; vertiginoso desmoronarse del sistema colonial; crisis profunda de los dispositivos de «guerra fría» montados por el imperialismo, y esto, en todas sus implicaciones: económicas, políticas e ideológicas. Por otro lado, la agudización de la lucha de clases en nuestro país — bajo su forma específica actual de agrupación y movilización de todas las clases y capas interesadas en acabar con el poder de la oligarquía monopolista, y en primer lugar, de la clase obrera — la cual, al impulsar la descomposición del régimen de dictadura, sitúa en un primer plano *los problemas del futuro*, los problemas de la organización de la sociedad española en un porvenir inmediato, las cuestiones de la libertad, los problemas del método de enfoque y de aprehensión de la realidad, o sea, en fin de cuentas, todos los aspectos de fondo y de forma de la lucha ideológica entre las diferentes fuerzas sociales que aspiran, las unas a mantenerse en el poder — a costa, si fuera preciso, de ciertos cambios supraestructurales — y las otras, a conquistar una función hegemónica, o al menos determinante, en el proceso de desarrollo.

Ahora bien, si a los marxistas no pueden sorprendernos los fenómenos de agudización de la lucha ideológica, sí debe de preocuparnos el arrojar la máxima claridad sobre ellos, y no sólo para interpretarlos correctamente, sino para intervenir en su curso, para orientarlos. Como inicio, y sólo como inicio, de una elaboración sistemática de estas cuestiones, que habrá de llevarse a cabo en la discusión y contraste de opiniones entre los intelectuales marxistas, y entre éstos y los intelectuales progresivos — católicos, liberales, social-demócratas —, aquí quiero referirme, muy especialmente, a algunos de los problemas más generales, filosóficos, de la lucha ideológica actual. Pero como la filosofía es la continuación — o el inicio — de la política, con otros medios, será imposible soslayar algunas de las implicaciones políticas concretas de la perspectiva de la lucha ideológica en nuestro país.

Pocos meses antes de morir, en un discurso pronunciado ante el Consejo Nacional de las Iglesias Cristianas de los Estados Unidos, John Foster Dulles declaraba que, frente al Comunismo «.... parece que seamos incapaces de poner en pie una filosofía básica para nuestra época, que promueva profundas convicciones y ejerza un potente atractivo». No se trata de discutirle aquí al fallecido pontífice de la «guerra fría» su peregrina creencia de que «una filosofía básica para nuestra época» pueda ponerse en pie por mandato de los hombres del Departamento de Estado o de la Agencia Central de Información de los EE. UU. Porque la filosofía, parece que esté claro, no tiene nada que ver con la propaganda del «american way of life». Ahora bien, lo importante, en el contexto que nos ocupa, es el contenido de tan amarga declaración, en boca de un hombre cuya intransigencia fanática en la lucha contra el Comunismo no era un secreto para nadie.

Desde una perspectiva radicalmente diferente, podemos recurrir a un testimonio de tanto peso como es el de Sartre. En su reciente libro (1), Sartre formula, como punto de partida de su investigación crítica, su «acuerdo de principio con el materialismo histórico». Y dice más, dice que el marxismo es el Saber de nuestra época, que las demás corrientes filosóficas, entre las cuales el propio existencialismo, sólo son ideologías, «fragmentos del sistema, caídos fuera del Saber». (Quede claro, incidentalmente, que la mayúscula es de Sartre, porque los marxistas sabemos que nuestro saber, todo saber, es histórico y práctico, no Saber Absoluto). Cuando se recuerda el contenido filosófico de «El Ser y la Nada», cuando se piensa en el ensayo sobre «Materialismo y revolución», no deja de tener importancia esta declaración de principios de Sartre, independientemente de las conclusiones a que llega provisionalmente en este primer tomo de su «Crítica de la razón dialéctica», conclusiones discutibles todas ellas, y en su gran mayoría desvirtuadas por un idealismo a cada paso resurgiente. En realidad, y sin que exageremos la importancia de Sartre como filósofo, estrictamente hablando, para dar mayor peso a su actual «acuerdo de principio» con algunas de las tesis más generales del materialismo histórico, su trayectoria es típica de las contradicciones, los esfuerzos y fracasos, del pensamiento teórico occidental que ha intentado plantearse, desde fuera del marxismo, pero con rigor, los problemas actuales del ser y del saber. Sartre, con su obra, viene a demostrar taxativamente, en sus aciertos parciales y en sus errores todavía fundamentales, que no hay posibilidad de una «tercera vía» entre el idealismo y el materialismo dialéctico (2).

Estos dos testimonios, deliberadamente elegidos en polos opuestos del pensamiento burgués, vienen a poner crudamente de manifiesto uno de los fenómenos decisivos en el dominio de las ideologías filosóficas del mundo capitalista. Y es que no hay ya *una* filosofía de conjunto, coherente, de la burguesía; no hay ya *una* tentativa de explicación racional del mundo por los ideólogos de la burguesía. El papel en otros tiempos desempeñado por el positivismo, o el neokantismo, o el vitalismo, como corrientes filosóficas determinantes, ninguna filosofía lo desempeña hoy. La última tentativa filosófica rigorosa — a mi modo de ver, naturalmente —, la de Husserl, es una tentativa fallida desde sus propios planteamientos iniciales, que nunca ha conseguido ir más allá de la explicitación de sus intrínsecas dificultades metodológicas. El cuadro que se nos presenta hoy en el campo de la filosofía burguesa (tomando las cosas con cierta perspectiva, y sin entrar en cuestiones específicas de la historia de las ideologías) es el de una multiplicidad de pequeñas escuelas, acuarteladas en el análisis sin fin de sus propias vacilaciones metodológicas y del pequeño sector de realidad, abstraído del movimiento de la totalidad histórica, que hayan elegido como campo de ejercicios.

Junto a este fenómeno, como la otra cara de este fenómeno de pulverización de la filosofía burguesa, se da en Europa un proceso de difusión y de reforzamiento del neo-tomismo, desde el final de la segunda guerra mundial. La explicación detallada de este proceso, sumamente interesante, no cabe en los límites de este trabajo. Pueden destacarse, sin embargo, algunas de sus causas primordiales, así como el significado de conjunto que tiene. Al estudiar este problema, en el primer capítulo de su excelente libro polémico sobre la obra del jesuíta Wetter, el filósofo marxista alemán Georg Klaus (3), dice, muy justamente, lo que sigue: «Las citadas corrientes filosóficas (se acaba de referir el autor al neo-kantismo y a diversas escuelas de la fenomenología y del idealismo subjetivo, particularmente

(1) «Critique de la Raison Dialectique», Gallimard, París, 1960. Se trata de una obra importante, no por sus resultados, sino por su problemática. Tendremos que ocuparnos de ella, en las páginas de esta revista.

(2) «Un pretendido «rebasamiento» del marxismo sólo sería, en el peor de los casos, una vuelta al pre-marxismo, y en el mejor, un redescubrimiento de pensamientos ya contenidos en la filosofía que se creía rebasar», O. c. pág. 17.

(3) Georg Klaus, „Jesuiten, Gott, Materie", Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlín, 1958.

del neo-positivismo) no es que hayan desaparecido actualmente, pero es que no están en condiciones, como tampoco lo está el existencialismo ahora en boga, de satisfacer plenamente a las necesidades ideológicas de la burguesía declinante. Esto no depende sólo de que ninguna de estas corrientes pueda explicar científicamente los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad . . . sino también, y principalmente, de que por su esencia misma y por su complicada terminología, sólo son y pueden ser filosofías para una pequeña capa de hombres cultos».

Ahora bien, lo que la burguesía necesita, en este mundo que, literalmente, se le va de las manos, y en que se despliega victoriosamente el marxismo teórico y práctico, es una filosofía que pueda influir en las masas, fácilmente asequible, mistificadora, apoyada en sólidas estructuras orgánicas. Y esta función puede ejercerla, precisamente, el neo-tomismo. En efecto, éste conserva suficientes elementos del pensamiento clásico (y concretamente del aristotelismo) como para constituir un conjunto aparentemente racional; al propio tiempo, su dependencia de la religión hace posible su plena utilización mistificadora, ocultante de las realidades sociales; y, además, se apoya en el aparato de poder temporal más universal y más experimentado de que disponen hoy las clases todavía dominantes en el occidente capitalista: el aparato de la Iglesia de Roma, con su red de Universidades, seminarios, periódicos y revistas, emisoras de radio, organizaciones de masas, partidos de la Democracia Cristiana, con sus inmensos recursos económicos. Aparato seglar y religioso que, por otra parte, posee sus ramificaciones y su propia base de masas en algunos de los países socialistas.

Todos estos factores — enumerados con cierto esquematismo — explican el aludido fenómeno de difusión del neo-tomismo, que podría, a primera vista, parecer sorprendente. Y es que, en efecto, la filosofía burguesa se ha constituído como tal en una lucha sin cuartel con la escolástica, contra la *ancilla theologiae*. Signo de los tiempos, signo del declinar irreversible de la burguesía es precisamente este capitular suyo de hoy ante la ideología filosófica que antaño combatió e hizo añicos, y a la que actualmente se agarra, como a clavo ardiendo.

Pero, ¿y en España? ¿Cómo son las cosas en nuestro país, a este respecto?

Es evidente que las características de la época actual, como época de la transición del capitalismo al socialismo, de la desintegración del imperialismo, de las revoluciones y de la liquidación del sistema colonial, de la formación y reforzamiento del sistema mundial del socialismo, constituyen el marco general, determinante en última instancia, en que se desenvuelve el proceso histórico español. Pero este proceso posee sus características peculiares, sus rasgos específicos, que se reflejan tanto en el terreno de la política como en el de la ideología, y que se derivan, fundamentalmente, *de la pervivencia en nuestro país de un poder estatal fascista en descomposición.* (4).

En el terreno de la lucha ideológica, las consecuencias de este hecho son considerables, se manifiestan en todos y cada uno de los aspectos de esa lucha, diferenciando algunas de sus características de las que antes apuntaba en la esfera internacional, y más precisamente, europea. Así, por ejemplo, ¿qué ocurre con la escolástica tomista en España?

Si nos atenemos a los hechos superficiales, más aparentes, comprobaremos que en nuestro país, el neo-tomismo parece serlo todo. Domina las cátedras de

(4) Los dos aspectos, ***poder fascista y descomposición*** *de dicho poder son inseparables. Enfocar aisladamente uno de ellos, sin tomar en consideración el segundo, sólo puede llevar a errores y confusión. Por otra parte, la originalidad histórica de la situación de nuestro país (como parte o faceta de la nueva correlación de fuerzas en escala mundial) procede asimismo de esa realidad de la descomposición del franquismo. Hasta ahora (en Alemania e Italia, por ejemplo), el fascismo no se había descompuesto, sino que había sido eliminado por razones exteriores: victoria militar de la coalición anti-hitleriana. Lo cual no quiere decir que no hubiera en aquellos regímenes fascistas gérmenes de descomposición (en todo fascismo los hay, desde un comienzo, puesto que dicho régimen es un intento de «conciliación» violenta de intereses de clase antagónicos, bajo la hegemonía de la oligarquía monopolista). Sin embargo, y más particularmente en Alemania, aquellos gérmenes no llegaron a madurar históricamente y sólo desempeñaron un papel secundario.*

focar

Instituto y las de Universidad; impregna los manuales de enseñanza; abruma las Semanas de Filosofía; inspira los discursos de los ministros y de los jerarcas sindicales, etc. Pero, en realidad, por debajo de esa apariencia, de esa máscara oficial, el neo-tomismo no es casi nada. Sin duda alguna es España el país de la Europa capitalista en que el neo-tomismo tenga menos influencia *real* (5). Este hecho — todo lo paradójico que se quiera — se explica por el factor histórico, determinante y diferencial, a que ya se ha aludido: por la existencia de un poder estatal fascista en descomposición y por la íntima vinculación con él de las jerarquías eclesiásticas. En el hecho de que el neo-tomismo haya sido la doctrina filosófica *oficial* del franquismo, uno de los ingredientes consustanciales de la superestructura ideológica de dicho régimen, enfrentado con la inmensa mayoría del país, estriba su escasa influencia real. No le va a ser fácil a la burguesía reaccionaria española, en un porvenir inmediato, utilizar al neo-tomismo como valladar frente al desarrollo de las ideologías democráticas, y muy particularmente del marxismo, entre las promociones universitarias e intelectuales. Este es uno de los aspectos en que la situación española se diferencia, específicamente, de la del resto del occidente capitalista.

Ahora bien, entendámosnos. Este fenómeno actual de escasísima vigencia del neo-tomismo, en modo alguno significa que, como ideología filosófica, no pueda ya desempeñar ningún papel importante en nuestro país. Las raíces del neo-tomismo, sociales e ideológicas, — como, en general, las raíces del pensamiento católico, en sus múltiples manifestaciones — no van a desaparecer al ser eliminado el actual régimen de dictadura. Las raíces del pensamiento católico son mucho más profundas, más permanentes, y sólo en el curso de un largo y complicado proceso podrán ir extinguiéndose. Según sea el desarrollo de la revolución democrática en nuestro país, según cuál sea su ritmo de avance, sus posibles estancamientos, veremos acelerarse el actual proceso de liquidación de la influencia del neo-tomismo, o veremos cómo se convierte en el baluarte ideológico de una reagrupación de fuerzas sociales interesadas en frenar, y si fuera posible, en hacer retroceder el proceso democrático en nuestro país. Son problemas éstos que aquí sólo apunto, para situar en su verdadera perspectiva la actual comprobación del desprestigio de la escolástica tomista.

Por otra parte, conviene, en este contexto, aclarar otros dos puntos, para evitar confusiones, o malintencionadas interpretaciones. En primer lugar, lo que se dice sobre el neo-tomismo no equivale en modo alguno a negar el derecho histórico — y por tanto relativo — a que dicha filosofía se exprese e intente ganar adeptos, en una futura situación cultural democrática. Pero, eso sí, y eso *radicalmente*, en igualdad de condiciones para la lucha ideológica, libre y abierta, con las demás filosofías, sin «derecho de pernada» en el campo ideológico. Se trata, sencillamente, de que la lucha de clases en el dominio de las ideologías filosóficas se despliegue democráticamente, según la fuerza real, y no la impuesta administrativamente, de cada una. En segundo lugar, es evidente que no puede confundirse mecánicamente la escolástica neo-tomista, ideología de las fuerzas integristas más reaccionarias, con la filosofía cristiana en general. No es ésta un bloque monolítico; puede tener, y de hecho tiene ya en España, diversas corrientes, algunas de ellas menos herméticas, otras, incluso, progresivas. La difusión en nuestro país de la obra de Teilhard du Chardin, los trabajos de Fernández de Castro y de Aumente, pueden servir, pongamos por caso, para ejemplificar lo antedicho.

Pero hay otros rasgos diferenciales, específicos de nuestro país, en este mismo terreno de las ideologías filosóficas.

Por ejemplo: ese fenómeno europeo de agotamiento relativo, de progresivo agostamiento, de la filosofía burguesa — del idealismo subjetivo, así como de

---

(5) Mucho ojo, sin embargo; no se confunda la influencia del neo-tomismo, en tanto que doctrina filosófica, y muy especialmente entre los intelectuales y universitarios, con la influencia de las ideas religiosas en general. Esta es, naturalmente, mucho más amplia, más difusa.

los intentos de filosofías de « tercera vía », cuyo fracaso simboliza la obra de Sartre, en cierto modo — *la perduración en España del régimen fascista ha hecho que entre nosotros se retrase.* Escuelas como el existencialismo, como el neo-positivismo lógico, pueden objetivamente, en pleno desierto escolástico, aparecer como la « última palabra » en filosofía, para círculos especializados más o menos amplios de nuestro país. (Y esto, particularmente, en Cataluña, dónde, por una parte, la influencia de Ortega siempre ha sido escasa y, por otra, son más frecuentes y estables los lazos ideológicos con Francia e Italia).

Lo antedicho, sin embargo, se pone particularmente de manifiesto en lo que concierne a la filosofía de Ortega y Gasset. Con el orteguismo, la burguesía española dispone todavía de un cuerpo de doctrina que las peculiares circunstancias históricas de nuestro país han salvado, en considerable medida, de la decisiva crítica de la « praxis » social y cultural. Incluso más: el enrarecido ambiente ideológico del fascismo, la crítica formal y dogmática a que la fracción integrista ha sometido las ideas de Ortega y de su escuela, facilitan, objetivamente, que éstas cobren un aire progresivo. Es evidente, además, que entre la metafísica de González Alvarez, la escolástica del P. Ramírez, y los ensayos de Marías, Garagorri, Laín, o Aranguren, por ejemplo, no puede vacilar ningún universitario, en la medida en que aún no se haya acercado a las fuentes marxistas: los últimos se sitúan a un nivel de coherencia y de rigor teóricos infinitamente superior.

La vigencia actual del orteguismo, el auge de su influencia, en estos últimos años, es un hecho real, fácil de comprobar. Las ediciones, relativamente baratas, de obras de Ortega en la colección « El Arquero », sus trabajos póstumos, alcanzan cifras de tirada importantes, si se tiene en cuenta la estrechez del actual mercado cultural en nuestro país. El orteguismo orienta o dirige las labores de casas editoriales tan importantes como « Revista de Occidente » y « Taurus ». La escuela orteguiana comienza a disputarle al Opus las cátedras universitarias, y su prestigio y autoridad en algunos países hispano-americanos son considerables. Además, y esto es fundamental, algunas de las nociones cruciales del orteguismo (muy particularmente en el terreno sociológico) se han convertido en bienes mostrencos de la opinión pública española (o sea, hablando con rigor, de la opinión de las clases sociales dominantes, que impregna, precisamente porque son dominantes, de una manera más o menos difusa, la opinión en general). (6)

En realidad, este auge del orteguismo hay que entenderlo (si realmente uno se propone entenderlo) como uno de los fenómenos ideológicos en que se expresa la descomposición del fascismo en España; como uno de los fenómenos en que se expresan, a un tiempo, dialécticamente, la radicalización de extensas capas de la burguesía española y las confusiones, las vacilaciones, propias de dichas capas en un período en que lo que se impone, objetivamente, es afrontar las realidades de hoy, y también — casi podría decirse: y fundamentalmente — las de mañana.

*

La realidad que nos descubre esta breve ojeada al campo de la lucha ideológica en España — en su concreta proyección filosófica — implica, para el marxismo, para la orientación de los esfuerzos del marxismo a ese respecto, considerables consecuencias.

En efecto, es evidente que, dadas las circunstancias en que se desenvuelve en nuestro país la actividad de las fuerzas marxistas, en el terreno de la lucha

(6) En la prensa tenemos, a diario, ejemplos de esta impregnación. Así, «YA», en un editorial del 22 de agosto pasado, escribe: «En los editoriales que venimos dedicando al anticomunismo, hemos dicho que una de las armas más eficaces de éste es una libertad política bien dosificada, lo cual exige dos cosas: **que el pueblo sepa obedecer y que las minorías dirigentes sepan mandar ... el pueblo debe ser dócil y dejarse guiar por los hombres que, por su preparación intelectual y social, pueden llevar adelante con éxito los asuntos públicos ... Son, en efecto, las minorías dirigentes las llamadas a lograr la institucionalización de los regímenes políticos ...»** *Todas estas ideas, expresadas como evidencias, ¿no son, y algunas textualmente, ideas de Ortega?*

deológica, (circunstancias que no son especialmente cómodas, para decirlo con cierto eufemismo), conviene que concentremos esas fuerzas en los objetivos principales, lo cual exige claridad sobre éstos y elaboración sistemática de los trabajos, a lo largo del eje principal que se establezca.

En ese contexto, la cuestión fundamental a la que conviene dar respuesta es la que sigue: ¿Cuál ha de ser la orientación fundamental de la *crítica marxista*, en la actual coyuntura ideológica? ¿Hacia qué sector fundamental de las ideologías filosóficas de la burguesía orientar el grueso de nuestra polémica ideológica? Del marco objetivo que antes se ha expuesto se desprende la respuesta: *esa orientación principal debe consistir en la crítica sistemática del orteguismo*. Es de suponer, sin embargo, que esta afirmación elemental necesite ciertas aclaraciones.

Una primera objeción a esa línea general de la crítica filosófica marxista — línea que ha ido implícita en la actividad de «NUESTRAS IDEAS», desde su fundación, con mayor o menor acierto, eso es otra cuestión — ha sido formulada por algunos intelectuales de nuestro propio campo, o muy próximos a nosotros. Se basa en la tesis (justa, en abstracto) según la cual es necesario concentrar el esfuerzo ideológico principal contra el *enemigo político principal*. O sea, en España habríamos de concentrar la crítica hacia el neo-tomismo, el integrismo, el vitalismo falangista, puesto que son las ideologías *oficiales* del régimen. El defecto esencial de esta objeción estriba en su carácter abstracto, en que no tiene en cuenta la situación concreta, circunstanciada, la exacta correlación de fuerzas en el terreno ideológico, dentro de su expresión española específica, original. La crítica del vitalismo falangista, pongamos por caso, sólo tendría un interés histórico; en la práctica (y la práctica es el criterio y la fuente de toda actitud teórica acertada) no nos daría gran cosa, dada la nula vigencia de aquella ideología. Y esta conclusión viene a reforzarse si se toman en consideración nuestras posibilidades reales, la escasa circulación de nuestras publicaciones que impone la represión franquista, todo lo cual nos obliga a medir muy aquilatadamente cada paso dado en este terreno.

Ahora bien, no se interprete esta actitud como si hubiéramos de cruzarnos de brazos ante las ideologías filosóficas más retrógradas, dada su escasísima influencia. En el dominio de la crítica del integrismo, del neo-tomismo, y muy particularmente de la mistificación idealista-religiosa, profusa y difusamente extendida, es necesario, en verdad, que la actividad ideológica marxista se manifieste con mayor consecuencia. Es imprescindible, por ejemplo, (ya Lenin lo había subrayado como aspecto esencial del materialismo militante) una difusión sistemática de las ideas del ateísmo científico, y ello de una forma viva, polémica, concreta. La superación del anticlericalismo pequeño-burgués, la política de alianza con las fuerzas católicas antifranquistas, el respeto de las creencias religiosas, todo lo cual se expresa en el programa y en la actividad práctica del marxismo revolucionario en nuestro país — del Partido Comunista de España —, debe completarse con la exposición y propagación del ateísmo científico, del materialismo consecuente. Y esto es una necesidad, no sólo ahora, sino para una más larga perspectiva.

En realidad, la crítica del integrismo, de las ideologías filosóficas más reaccionarias, si la enfocamos en el marco del desarrollo de la lucha de clases en nuestro país (y sólo así puede enfocarse), tiene hoy que desenvolverse, fundamentalmente, en el terreno político, práctico. Y ello porque la difusión de aquellas ideologías es, en cuanto a lo esencial, administrativa, burocrática, porque dimana del actual poder político estatal. El derrocamiento de este poder es, pues, el objetivo primerísimo en la lucha contra aquellas ideologías filosóficas. Una vez conseguido este objetivo, restablecida una situación cultural democrática, el perfil de las influencias ideológicas se establecerá más clara y directamente en función de la correlación *real* de las fuerzas sociales de clase, y entonces podrán replantearse concretamente las tareas del marxismo en la lucha filosófica.

Una segunda objeción a nuestro planteamiento de la crítica del orteguismo como eje de la actividad filosófica del marxismo en España, procede de los círculos

liberales. Se nos ha dicho — se nos dice — que, puesto que estamos embarcados en la misma empresa antifranquista, sería conveniente, por razones tácticas, que suspendiéramos nuestra crítica a la escuela orteguiana, que la aplazáramos hasta otro momento, hasta después de la caída de la dictadura. Esta petición o propuesta, en verdad sea dicho, no tiene por qué escandalizarnos, ni sorprendernos. Es lógica, desde el punto de vista liberal; es coherente con toda la actitud política de las fuerzas liberales, dispuestas a aceptar el papel de las fuerzas obreras, revolucionarias, como mera «masa de maniobra» auxiliar, bajo su dirección política. Aquí, lo que se expresa, en el terreno ideológico, es la lucha por la hegemonía en el desarrollo de la revolución democrática española. Lo único grave de semejante propuesta sería que la aceptáramos, que abandonáramos nuestra posición independiente, de clase, en el terreno filosófico. Cosa que no ocurrirá, cabe asegurarlo.

Indudablemente, marxistas y liberales tenemos intereses comunes en la lucha contra la dictadura franquista, y ello en todos los terrenos: en el económico, en el político y en el cultural. Más aún: nadie más interesado que nosotros — precisamente por ser marxistas revolucionarios — en que esos intereses comunes cristalicen en sólidas alianzas; hemos hecho, hacemos y haremos todo lo que de nosotros dependa para que así sea. Si hasta ahora no se ha conseguido más, no será por falta de perseverancia o por estrechez mental de parte nuestra. Ahora bien, se trata de una *alianza* entre marxistas y liberales, en cuanto tales precisamente, o sea, en cuanto somos *diferentes*. Otra cosa — que los liberales dejaran de serlo o nosotros de ser marxistas — no sería una alianza; podría ser una *fusión* o, más verosímilmente, una *confusión*. El concepto de alianza, entre fuerzas sociales diferentes — o entre sus representaciones ideológicas — es, por tanto, un concepto dinámico, un concepto en que se dan, a un tiempo, la unidad y la lucha. De lo que se trata es de que esa unidad progrese y se refuerce, dentro de una básica aceptación de *lo diferente* en el otro elemento de la alianza; de que esa lucha se lleve a cabo *con rigor y sin estridencias demagógicas*. Resulta, además, — y es una lección de los hechos, no el resultado de una visión dogmática de éstos — que uno de los factores que han hecho progresar la unidad entre los liberales y nosotros reside precisamente en la crítica de las vacilaciones propias de las clases y capas sociales que son el sustento del pensamiento liberal, crítica que no sólo es teórica, claro está, sino que también se ejerce por mediación de la actividad práctica de las masas. En definitiva, la crítica marxista del orteguismo forma parte, indisolublemente, de la unidad con las fuerzas liberales que se mueven en la órbita del pensamiento orteguiano.

Llegados a este punto, conviene aclarar una cuestión (por otra parte evidente, pero lo evidente es a veces lo que más aclaración exige). Se trata de precisar que el derecho a la crítica (o acaso la obligación de criticar) es un derecho mutuo, no unilateral, un derecho que es tanto de los liberales como nuestro. Lo único que exigimos es que esa crítica sea *objetiva*, que se deslinde clara y tajantemente de las posiciones del anticomunismo político, y ello, no por susceptibilidad colectiva, sino porque el anticomunismo es un elemento de mistificación, de alienación ideológica, al servicio de los intereses más reaccionarios. Es lógico que los liberales sean adversarios del materialismo filosófico, y que lo profesen; es lamentable que puedan confundir esa posición de principio con un anticomunismo estéril y cerrado. Si así lo hicieran, se colocarían a remolque de las fuerzas de la oligarquía monopolista, entorpecerían el desarrollo de la actividad antifranquista, y por tanto, su propio desarrollo como fuerza independiente; pondrían en peligro su propio porvenir.

Es necesario, por otra parte, que en su crítica ideológica del marxismo, los liberales orteguianos tengan en cuenta la situación objetiva concreta de nuestro país. Y es que — en el terreno filosófico, al menos — ellos pueden expresarse legalmente, mientras la actividad ideológica del marxismo es clandestina, y rabiosamente perseguida. Esta situación lleva implícitas sus peculiares exigencias, tanto políticas como éticas. En cuanto a las primeras, es claro que, ante las masas,

toda crítica del marxismo que no se deslinde taxativamente del anticomunismo oficial y que no parta del reconocimiento de la legalidad histórica de nuestra ideología, pasará por una contribución *objetiva* al mantenimiento de las estructuras políticas actuales. En cuanto a las segundas, las exigencias, éticas, resulta improcedente (seamos corteses) atacar de forma alusiva o calumniosa las posiciones marxistas en la lucha ideológica, como en alguna ocasión han hecho Marías y Garagorri (en «INSULA», por ejemplo), refiriéndose concretamente a «NUESTRAS IDEAS». En realidad, tenemos bastante con la persecución de la policía franquista, con la prohibición de nuestra revista en Francia, con las presiones de toda índole en los demás países capitalistas; nos basta y sobra con que los colaboradores y difusores de «NUESTRAS IDEAS» arriesguen su situación personal o incluso su libertad, y de buen grado prescindiríamos de las tergiversaciones y de los ataques (tan inelegantes como alevosos) de nuestros amigos liberales.

Dicho esto, forzoso es ser sincero: ni por un momento se me ocurre que la crítica del marxismo por los orteguianos pueda ser *realmente rigorosa, realmente objetiva*, en un sentido estrictamente filosófico. Y esto no depende de la voluntad, buena o mala, de los orteguianos; depende de la significación y del contenido histórico-sociales de su ideología. De lo que se trataba, en los párrafos anteriores, era de establecer las normas generales — políticas, podría decirse — de la convivencia y de la discusión, de la unidad y de la lucha, una y otra necesarias, entre marxistas y orteguianos.

*

La crítica del racio-vitalismo orteguiano se sitúa, pues, en el eje de la actividad filosófica marxista por razones históricas objetivas. En el proceso de descomposición del fascismo en España la ideología orteguiana constituye (aunque, por otra parte, refleja una cierta radicalización y una actividad más independiente de extensas capas de la burguesía) uno de los obstáculos más importantes al desarrollo de las concepciones democráticas, tanto en el terreno de la cultura como en el de la política. De hecho, por su idealismo radical, por su interpretación de la historia como conflicto de generaciones, como lucha de masas y minorías dirigentes, por su aristocratismo corporativista, el orteguismo puede convertirse (y en cierto modo ya sucede así) en la *ideología de repliegue* que permita a las fuerzas más reaccionarias intentar neutralizar ideológicamente a extensos sectores sociales de la pequeña burguesía urbana y rural, y de la burguesía nacional. No es nada imposible, por ejemplo, que, pese a los anatemas actuales del P. Ramírez, e independientemente de las vicisitudes del neo-tomismo, las fuerzas católicas más reaccionarias utilicen al orteguismo para revestir con un ropaje más atrayente sus ideas mistificadoras. Operación que se vería sumamente facilitada por un hecho sobre el cual los marxistas no podemos dejar de llamar fuertemente la atención, a saber, que toda la descendencia filosófica de Ortega, toda su escuela actual, es católica (lo cual, sea dicho de paso, pone de manifiesto la sustancial ambigüedad de la ideología filosófica orteguiana).

Por otra parte, y desde un punto de vista más estrictamente filosófico, al concentrar nuestro esfuerzo fundamental de crítica sobre el orteguismo, de hecho, nos enfrentamos con una teoría que es algo así como un precipitado de todas las ideologías de las clases dominantes españolas. El racio-vitalismo de Ortega lo encontramos, en efecto, íntimamente vinculado con las raíces ideológicas del falangismo: tema éste que debería ser tratado por nosotros de una forma sistemática; lo encontramos, hoy como ayer, como ideología más importante de la burguesía liberal, ya sea mezclado con ingredientes religiosos o no; lo encontramos como expresión nacional, más asequible a las masas que las formas extranjeras, del existencialismo. En realidad, la crítica del orteguismo, si acertamos a desarrollarla con rigor, nos permitirá afrontar las cuestiones esenciales de la filosofía

burguesa, y ello de una forma viva ,polémica, concreta, muy alejada de la discusión escolástica para los solos especialistas.

Está claro, sin embargo, que la crítica del orteguismo sólo es un aspecto —negativo y desmistificador — del posible programa de trabajo del marxismo en el dominio de la lucha ideológica. Su aspecto positivo ha de centrarse en la difusión misma del marxismo, del materialismo dialéctico; en la elaboración, desde el punto de vista del marxismo, de todas las cuestiones de nuestra situación histórica, en su tradición y en su perspectiva. Y es que ha llegado el momento, tanto en lo que se refiere a las condiciones objetivas como a nuestras posibilidades reales, de que el marxismo irrumpa en la vida intelectual y cultural con la autoridad y la fuerza de que, realmente, dispone. Ha llegado el momento de la ofensiva en la lucha ideológica, porque, dicho con frase de Ortega, el marxismo es la única teoría que está «a la altura de los tiempos».

PROBLEMAS DE LA LITERATURA

En este número, NUESTRAS IDEAS abre un espacio en el que se trata de recoger algunos estudios sobre las circunstancias en que se desenvuelve la literatura progresista de nuestros días, y las variedades formales con que se presenta.

Los trabajos que siguen: **« La literatura tendenciosa »**, **« ¿Por qué novela objetiva? »** y **« La hora de la novela española »**, responden a tres enfoques distintos de la problemática literaria.

El primero de ellos plantea, de una manera general, la importancia de la conciencia y aprovechamiento de la obra literaria hacia un determinado fin, sin desdoro de sus calidades artísticas.

En los otros dos, los autores consideran que la literatura está condicionada por la estructura social dominante, que la novela evoluciona al compás del desarrollo ideológico, social y político de la sociedad española.

NUESTRAS IDEAS seguirá publicando aquellos trabajos que, referidos al mismo tema, sigan llegando a su redacción.

La literatura tendenciosa

En los países del mundo capitalista, la cultura, creada por ellos y enraizada en sus mismos postulados políticos, hace uso, en muchas de sus manifestaciones, de una terminología completamente equívoca. Dicho de otra manera: el capitalismo, a través de sus manifestaciones culturales, trata de explicar y justificar una indigna explotación del hombre por el hombre en nombre de los «grandes principios» — democracia, libertad, etc., etc. — cuando la misma esencia de su sistema le impide dotar a estos principios de un contenido real, auténtico.

Ciñéndonos al terreno literario vamos a examinar uno de los «grandes principios» — la literatura pura, justificada en su sola belleza artística o en la exaltación de unos valores abstractos — que esgrime la cultura capitalista y que, a fuerza de repetido, ha calado muy hondo en la mente de muchos escritores burgueses.

Detrás de toda actitud humana, detrás de toda actitud intelectual hay un condicionamiento económico, histórico y social que origina y determina, inevitablemente, esta actitud.

El hecho literario viene también determinado por la correlación de los factores nombrados anteriormente; es la resultante, el pulso de todos ellos en un tiempo concreto. Consciente o inconscientemente el escritor delata en su obra la clase social a que pertenece, su formación, etc., y por un elemental instinto de conservación justifica y defiende sus particulares intereses y privilegios. Como los intereses del escritor son los mismos que los de la clase social a que pertenece o en la cual se integra, la obra literaria justificará y defenderá, en suma, a una determinada clase social, pasando a ser entonces — además de un logro más o menos artístico — un elemento activo en la lucha de clases.

La actitud «pura» de muchos escritores burgueses es una fórmula idealista detrás de la cual se oculta una de estas dos cosas: la inconsciencia o la malicia. Vayamos por partes.

De la literatura podemos decir que no sirve únicamente para la consecución de un fin artístico; la literatura es también un arma. La inconsciencia a que aludo más arriba la refiero al desconocimiento, por muchos escritores, del valor y la importancia de la literatura como instrumento de lucha. Estos escritores son completamente inconscientes de la función social de su obra. De esto se vale el capitalismo, el cual sustentando en el escritor esta «pureza», haciéndole ver que la consigue mediante el ejercicio de una llamada «libertad creadora», utiliza el juego en su propio beneficio. Aparentemente, el escritor puro instala su obra al margen de la lucha planteada en la sociedad en que vive, considera su obra como un hecho extrasocial, como un hijo libre de su libertad. Fatalmente, las cosas no ocurren como él cree, y su obra, a la postre, frenará o impulsará alguna de las fuerzas sociales y políticas en lucha.

Ocurre también que el escritor llamado «puro» sea consciente de la importancia social de la obra literaria y, llevando siempre por delante el sagrado principio de la «pureza», arrime el ascua a su sardina teniendo buen cuidado de negar maliciosamente a su obra el calificativo de tendenciosa que podría empañar su brillo y sobre todo escamar a los «puros» de buena fe.

La polémica sobre la tendencia en la obra de arte ya se planteó el siglo pasado entre preclaros ingenios de las letras españolas. Uno de ellos, Clarín, escribió, con una claridad mental sorprendente en un hombre de su tiempo, estas palabras que pueden ser aceptadas sin reserva por un marxista de nuestros días: «El arte que presentándome bellezas sensibles me eleva a esas regiones y me hace sentir mucho y con pureza, pensar con rectitud y profundidad, o querer con energía y desinterés, a ese arte es al que yo llamo *tendencioso* cuando concreta a determinado propósito este poder que tiene sobre mi espíritu».

Hoy, cuando se conocen de una manera científica las leyes que rigen el desarrollo histórico, y el conocimiento de estas leyes permite a los escritores tener una visión clara de la función social de su arte, de su papel en el desarrollo y transformación de la sociedad, se considera oficialmente en nuestro país esta conciencia como una tara y nuestros mejores novelistas, nuestros mejores poetas son designados por el reaccionarismo intelectual con el latiguillo de «sociales», así, entrecomillado, para que se marque bien su aire peyorativo. Los intelectuales reaccionarios de nuestro país también son tendenciosos — de forma consciente o inconsciente — pero se avergüenzan de serlo. Nosotros, no, y en esta lucha de tendencias planteada hoy en todo el mundo saldrá vencedora la causa de la paz y de la justicia y, naturalmente, la literatura que la representa.

Avelino Rodri

¿ Por qué novela objetiva ?

El desarrollo de la nueva novela española se extiende a lo largo de estos siete u ocho últimos años paralelo, aunque en diferente gradación, al de la poesía. Si se compara esta novelística con la imperante desde el año 1939, es posible afirmar que se ha producido un giro de ciento ochenta grados en la literatura nacional. Un giro vivificador, puesto que, en primer lugar, ha provocado un interés antes inexistente. Comienza a hablarse de novela española, comienza a traducirse, a estudiarse, comienza a ser embrollada su problemática y atacada, cuando no sus propios autores.

Por muy variadas motivaciones, esta joven novela ha recibido su bautizo. Se ha puesto de moda un ambiguo término para definirla y, con una profusa imprecisión, se habla y se escribe de novelas objetivas, de objetivismo, de — en el mejor de los casos — realismo objetivo. El crítico Dámaso Santos (encargado, al parecer, del pontificado de las letras franquistas) viene calificando de objetivista toda literatura no reaccionaria. En el número 140 (agosto) de la revista «Indice», Castillo Puche elogia en Ernesto Sabato «el objetivismo bien subjetivado». Como en una crisis de crecimiento, la joven novela padece la bestia negra del objetivismo, tan cómodamente diagnosticada.

Conviene establecer algunas precisiones sobre la situación, social y literaria, del novelista joven español, para aclarar, en lo posible, la teoría — o teorías — literarias en que se basan sus novelas. A esta necesidad responden los trabajos críticos de José María Castellet y Juan Goytisolo, entre otros a quienes preocupa seria y honestamente perfeccionar su trabajo.

La confusión es propia de las circunstancias históricas del país y de la etapa de evolución en que se encuentra la nueva novela.

Sus autores, nacidos en los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera o en los primeros de la República, eran, por tanto, niños durante la guerra civil. Su adolescencia y parte de su juventud se han desarrollado en plena represión franquista, lo que ha determinado muy concretos caracteres en su formación humana y literaria.

Uno de ellos es la carencia de maestros inmediatos. Constituye regla general y conocida la falta de continuidad en la novela española. Al igual que en el teatro y como fenómeno opuesto al de la historia de la poesía, la de la novela ha transcurrido a saltos, con grandes espacios vacíos que aislan los períodos de esplendor como compartimentos estancos. Durante años las obras de Galdós y de Baroja — sus posibles maestros más cercanos — están prohibidas y sus nombres silenciados o malintencionadamente recordados. Nada hay que decir de la novela de los países socialistas. Para hacerse con algún libro publicado en ellos, el escritor español tendrá que recurrir a viejas ediciones en el mercado del libro prohibido y a precios de mercado negro o introducirlas clandestinamente, si es que ha podido salir al extranjero. Debe señalarse que el Régimen persiste hoy día en su consubstancial política de poca y cara cultura, sin duda para que nadie pueda dudar que vive en el mejor de los mundos. ¿Qué facilidades existen hoy para conocer, por ejemplo, la obra de Lukacs?.

Esta peculiar falta de tradición novelística y las especiales condiciones que imposibilitan el entronque con la novela realista española y extranjera convierten al escritor joven en un autodidacta. Tiene que buscarse e interpretarse sus propios maestros.

Cuando comienza a escribir, ha de salvar previamente unas rígidas barreras. Es obvia la situación represiva en que trabaja el escritor español. A la censura oficial, que, ejercida por las más retrógradas mentalidades de la nación, suprime, recorta o trata de modificar los manuscritos, ha de añadirse la censura social que se deriva de las estructuras españolas. La burguesía, que es casi la única clase lectora, no admite, por propia naturaleza, ni determinados temas, ni determinados tratamientos formales. Es más, impone determinadas técnicas, que el novelista consciente usará como tácticas. Así y a título de ejemplos concretos, el empleo de la «boutade», del «tremendismo», de «lo fuerte» (lo sexual), como especies que sazonen sus ocios.

Por último, la crítica literaria oficial ejerce una deliberada subversión de valores, una premeditada voluntad de confusionismo y, siempre que le es posible, el silencio como método de estudio e información.

Instintivamente la novela joven se vertió en cauces realistas. Este realismo instintivo trata de enlazar con la mejor novela nacional, superar el autodidactismo, eludir las prohibiciones oficiales y suprimir los tabús sociales. Sobre estos supuestos comienza a escribirse la novela realista española. Y todo ello, con urgencia, con el carácter de literatura de urgencia, que comporta elementalmente toda literatura comprometida.

Temáticamente no existe problema. Los novelistas quieren contar aquello que ven. La sola realidad española les basta para llenar sus novelas. Al realismo no se llega por capricho. Le hemos llamado realismo instintivo, porque instintivamente, urgentemente, el escritor quiere decir la verdad. Abrumado por las falsedades y deseoso de desmontar el sistema cotidiano de injusticia y esclavitud en que vive su pueblo, busca la verdad en la realidad. Por desgracia, es ésta tan rica en desigualdades, en estructuras sociales cerradas, en profundos dolores y en heroicas luchas, en complejas apariencias y en solemnes mentiras, que, además de bastarle, al novelista español, en ocasiones, le sobra; de este inagotable almacén de temas, no se atreve a tratar algunos de ellos por no ser considerado como un imaginativo.

Formalmente el problema es más complejo. Autodidacta, inhibido y lleno de urgencia, el novelista, que sabe qué quiere decir, se despreocupa de los problemas formales que, en cuanto adjetivos, le aparecen ociosos, estériles y propios de una literatura intimista-burguesa, de la que se considera polo opuesto. Sin facilidades para ejercer su oficio, aislado y empecinado en la urgencia de su tarea, no ha querido malgastar su tiempo, ni su esfuerzo, en la elaboración de una literatura «bien escrita». Considera que las cosas no están para andarse por las ramas, que es suficiente gritar — y lo más alto y ancho posible — la verdad. Su compromiso con la verdad le libera del enorme trabajo de fundamentar una teoría literaria.

Más de la mitad de los jóvenes novelistas han publicado solamente una novela hasta el día. No obstante, ya es posible señalar un cambio en esta actitud. La inquietud

por la adquisición de unas herramientas técnicas, que potencien la expresividad de sus obras, es creciente. El novelista se siente literariamente más seguro, quiere perfeccionar su oficio, desea ser más útil. La novela española intenta compatibilizar la urgencia de su compromiso con la verdad; su inmadurez, la falta de tradición y la represión en que crece con una mayor perfección formal. Un día el novelista piensa que siempre en nuestro país los escritores de «izquierda» fueron los mejores, y en esto no quiere romper la tradición.

En líneas generales pueden establecerse las influencias técnicas inmediatas de la novela realista española. Sus autores han leído a Gide, a Kafka, a Joyce, a Proust, han leído a los novelistas ingleses y franceses, clásicos y modernos. Y también las novelas americanas de la «generación perdida» y las italianas de los últimos treinta años. Son estas dos últimas las que más influirán en las primeras obras de los jóvenes españoles. Influencia formal, deliberada o no, pero patente en las varias y matizadas tendencias de las novelas aparecidas en España. (O en la Argentina, cuando así lo dispone la censura). Aparte su difusión y su más fácil conocimiento (en cierta medida, la novela americana llenó los escaparates en sustitución de la monopolística infraliteratura de los Zilahy y cía.), lógicamente su realismo social había de servir de vehículo de asimilación de las formas en que se expresaba.

Resulta paradójico que se denomine objetivista a esta novela realista, cuya fuente más cercana está en Dos Passos, en Steinbeck, en Hemingway, en Pavese, en Pratolini, en Levi. El objetivismo, en rigor, nace como teoría de cierta novelística francesa de última hora, concretada principalmente en Robbe-Grillet. Objetiva en cuanto el mundo se le aparece como un objeto, en él cosifica al hombre, le deshumaniza. En el complejo laberinto de la teoría objetivista — otro estertor de la moribunda novela individualista — el autor desaparece. Pero desaparece también, y principalmente, por las causas generales que en toda moderna literatura han provocado la eliminación del autor-dios. (Y que José María Castellet ha estudiado en «La hora del lector»). La paradoja de llamar objetivista a la novela social, comprometida, humanizada y caliente, que es la novela realista española, se explica por una cierta igualdad de procedimientos, por un cómodo mimetismo que identifica formas muy adjetivas y de diferente origen. Ahora bien, la novela actual española ni es objetivista, ni quiere serlo. Más exacto es considerarla como un realismo crítico que, en algunos casos, emplea medios objetivos de expresión. Pero nada más.

Y, sin embargo, ¿por qué este empleo de medios objetivos de expresión, de descarnamiento, en un sector de la actual novela española?

Queda ya dicho que la literatura americana de la «gran generación» (junto a la italiana) ha sido uno de los factores de mayor influencia formal. Pero es que, además, en la llamada técnica objetivista ciertos autores han hallado una doble apoyatura para la expresión de sus ideas.

Primeramente, la técnica objetiva (descripción lo más fidedigna posible de la realidad, a través del diálogo de los personajes y de unas formas gramaticales asépticas en las que el autor se invisibiliza) facilita la lucha del escritor contra las trabas oficiales y sociales. Una transposición periodística de la realidad — previamente elegida y acotada — facilitará en algunos casos y en otros posibilitará el relato de determinados hechos y de concretas situaciones de la vida actual española

En segundo lugar, existen una serie de razones literarias a favor de esta técnica de expresión. Estas pretendidas novelas objetivas alcanzan una mayor resonancia, al resultarles a la burguesía si no enteramente inteligibles, sí, al menos, insólitas. Como novela-espejo que es, cabe atribuirle distintas intenciones y, en el supuesto de una correcta interpretación de su contenido, alcanzan a despertar el descontento de las clases burguesas, su mala conciencia. En la contradictoria y aparencial vida española, esta forma de narrar puede lograr una mayor expresividad, al suprimir un apasionamiento descontrolado y cargar el libro de razón ponderada. Si llega a «examinar como un objeto de estudio lo que hay de subjetivo en nuestras percepciones», como definía la objetividad el diccionario antes de Robbe-Grillet.

Algunas objeciones se formulan comúnmente a esta reelaboración de técnicas objetivas. ¿Es la sociedad española la única autora de estas novelas, ya que el novelista, sintiendo la inutilidad de su interpretación, se limita a ser testigo o fotógrafo de las contradicciones, las apariencias, las injusticias y las desigualdades cotidianas? Ello no es así. La previa elección de una parcela concreta de la realidad social — como se indicaba antes — lleva implícita una toma de conciencia, cuando no de partido. El realismo consiste precisamente en una peculiar transformación de la realidad. Y el que transforma es el novelista, aunque explícitamente no aparezca en la novela.

Podría temerse que estos novelistas, por excesiva preocupación formal, llegasen a disminuir en el futuro el contenido realista-crítico. Quizá algún que otro autor deserte de la novela social, obsesionado por la técnica o voluntariamente amparado en ella. Pero no es presumible un peligro general de esteticismo, si consideramos las circunstancias en que la novela se desarrolla y pretende testimoniar.

El máximo valor de la novela española joven radica en su realismo crítico-social. Las preocupaciones meramente formales, aunque válidas, interesantes y en auge, no dejan de ser secundarias. La variedad de la vida española permite — e incluso exige — un amplio campo de posibilidades técnicas. El realismo es sumamente maleable y no pide un solo molde. Como toda literatura resistente, la española busca válvulas de escape. Una de ellas es el llamado objetivismo. (Otra forma, interesante y escasamente cultivada, es la novela realista con tratamientos simbólicos).

Pero más importante que estas disquisiciones de ajustes novelísticos es la problemática que, en sí, presenta el realismo-crítico. Una continuidad cerrada en el análisis de la sociedad española puede quedarse en la crítica negativa, simplemente acusatoria.

Las novelas de estos últimos años han denunciado las condiciones misérrimas en que vive el obrero español, el hambre y el terror, han testimoniado la vida en las pequeñas ciudades, en las minas, en las centrales eléctricas, las desigualdades feudales del campo, la emigración del campesino a la miseria de los suburbios y su existencia en ellos, el cansancio de la burguesía, la indiferencia y la vacuidad de ciertos sectores de la juventud, el atrincheramiento feroz del capitalismo en sus métodos de explotación, las mentiras y los odios que se sostienen y propalan oficialmente. Sobre la guerra civil, estos autores no pueden sino ofrecer una novela de recuerdos infantiles y eso han hecho, pero expresando, al tiempo, sus convicciones de paz y convivencia. De esta varia temática se deduce una dolorosa agresividad, una clarísima ansia de transformación. Pero la novela española se ha limitado.

Escritores conscientes del futuro de la literatura en nuestro país y de la tarea a que se debe la novela, han clamado ya por una literatura distinta. La preocupación por alejar el peligro de un estancamiento en la crítica negativa de la vida, por llegar a un realismo positivo, se generaliza. Se desea una literatura que sea, por su contenido y por su forma, para el pueblo. Estos redobles de conciencia indican que la novela actual conoce sus limitaciones. Claro está que es difícil narrar la lucha del pueblo y su progresiva toma de conciencia histórica. En un segundo o tercer plano de estas novelas aparecen los obreros españoles en su rebelión esperanzada o en su pasividad.

El pueblo, que necesita y quiere diariamente un cambio, lucha y amplía su lucha contra la apatía, el indiferentismo, el miedo o la fatiga. La joven literatura española ha de expresar esta lucha, puesto que la conoce y, en cierto modo, la comparte. Los medios para hacer viables estas novelas constituyen los gajes del oficio.

Ahora bien, la apertura de la novela ha de llegar por los caminos del realismo crítico-social. No cabe esperar que el formalismo literario resuelva un problema de fondo. Bien está que el novelista — y más, cuando joven — se inquiete por hacer mejor su oficio, por adquirir más y mejores útiles de trabajo. Pero transcender estas preocupaciones formales es estéril, ya que derivan inevitablemente hacia una novela burguesa. Vivos ejemplos hay en España de una literatura que, bajo su realismo estilista, mantiene la inoperancia del arte por el arte o es (a lo mejor, sin saberlo)

sencillamente reaccionaria. La aparencialidad, raíz de la actual vida española, confunde también el problema de las formas literarias.

Analizado el conjunto de la novela realista, resulta esperanzador. A través de innumerables obstáculos externos y de propias limitaciones, existe en España un grupo de escritores con clara conciencia histórica. Después de muchas superaciones, se encuentran ya en situación de evolucionar con el país, de testimoniarle más ampliamente en sus obras, para colaborar en su transformación. En una palabra, la novela social española aún no es revolucionaria.

Gabriel Ruiz

La hora de la novela española

El momento por el que atraviesa la novela en España parece especialmente propicio. Sería preciso intentar un análisis histórico de los últimos veinte años de novela española para darnos cuenta de cómo fué surgiendo una novela que ignoraba los postulados del llamado Movimiento Nacional, y cómo esta novela terminó por revolverse, desde bien diferentes campos, contra la dictadura. No pretendemos aquí análisis tan completo y vamos a limitarnos a echar una ojeada sobre el momento por el que atraviesa la más joven novela en nuestro país.

En lo que se refiere a los últimos veinte años de poesía — bueno parece señalarlo aquí — un ensayista de la categoría de José María Castellet, en su libro «Antología. Veinte años de poesía 1939—1959. Seix-Barral. Barcelona 1960», nos ha mostrado valientemente lo que han supuesto estos veinte años y, por ende, lo que fué para la cultura española el Movimiento Nacional. Como dice el mismo Castellet en su libro: «*Hoy no es posible ya intentar seriamente un estudio crítico, filosófico, literario o artístico si no es partiendo de una base histórica, construyendo la interpretación de los fenómenos culturales, sobre un análisis de los hechos sociales, económicos y políticos que han rodeado, determinándola, la gestación de la obra*».

La novela, aunque es género de gestación más lenta, va mostrando el valor insurgente de las nuevas generaciones. Pasando revista a alguno de los libros últimamente publicados en España, no cabe ya duda de cómo escritores de muy diferente formación, aflorando desde muy distintas raíces ideológicas reaccionan frente a la dictadura.

Las cosas no ocurren por casualidad, y si esto ocurre tiene que ser por algo.

Sin remontarnos mucho, leyendo, aunque no fuera más, los libros publicados en los últimos meses, nos encontramos con que una escritora consagrada en la España actual, Ana María Matute, publica el primer libro de una trilogía que va a llamarse «Los mercaderes». Esta novela, «Primera Memoria», cuenta los primeros recuerdos, la primera memoria de una muchachita de la clase acomodada, que descubre el mundo falso que la rodea y que coincide, precisamente, con la Guerra Civil vivida en «zona nacional». La novela está escrita desde la casa de una familia rica — diríamos mejor — sin salir apenas de esa casa solariega. (*Y desde allí* — la abuela — *con sus viejos prismáticos de teatro incrustados de zafiros falsos escudriñaba las casas blancas del declive, donde habitaban los colonos ...* — podemos leer). Pero

la niña que cuenta su primera memoria nos muestra muchas cosas: los crímenes de los falangistas (*... en esos momentos de espera resonaban en las callujas las pisadas de los hermanos Taronjí. Los Taronjí con sus botas altas, sus guerreras a medio abotonar ... La isla, el pueblo, los sombríos carboneros, apenas se atrevían a mirarles un poco más arriba de los tobillos, cuando andaban a su lado ... Los Taronjí llevaban a los sospechosos a la cuneta ... Los Taronjí tenían las listas ... Se llevaron a Pepe el padre de madrugada*). Nos muestra las hipócritas misas de acción de gracias por la «liberación». *(Fuimos al salir de la iglesia: Estaban los dos hermanos Taronjí, aunque el pequeño — el chino lo dijo — no tenía propiamente cargo oficial).*

Cosas todas ellas que hasta ahora nadie había visto escritas en España, como tampoco nadie había visto escrita una denuncia por malos tratos a la policía ni menos habría esperado siquiera ver este hecho planteado en el más escondido rincón de un periódico, en los tiempos dorados del franquismo, cuando la represión era desde luego mucho más feroz y criminal que ahora.

En «Primera Memoria», el realismo no es directo, pero trasciende bajo la narración en primera persona de la niña-mujer. El libro comienza con una cita del libro de Jeremías «A tí el Señor no te ha enviado y, sin embargo, tomando su nombre, has hecho que el pueblo confíase en la mentira», y termina, maduro ya de desencanto, de desilusión, hablando de un gallo que clamaba «por alguna misteriosa causa perdida».

Toda esta trilogía que A. M. M. llama «Los Mercaderes» y cuyos títulos de los libros siguientes son también significativos: «Los soldados lloran en el frente» y «La Trampa», se nos anuncia sobre un tema de los años de la guerra civil y quizá de los que resultaron como consecuencia de la guerra civil, enfocados de manera que no será desde luego nada grata a la dictadura franquista. No creemos descubrir nada nuevo, ni tampoco levantar ninguna liebre, estudiando la novela de A. M. M. Estamos convencidos de cuales serán las corrientes de la novela española a pesar de la censura, y creemos sinceramente que a una escritora consagrada lo mejor que puede pasarle es que mantenga su clara postura frente al franquismo.

Pero si hemos estudiado la referida novela en primer lugar, ha sido, sobre todo, porque es un libro escrito desde la burguesía.

Aunque el alzamiento nacional no fuera exactamente inventado por la pequeña burguesía, sino fomentado por el gran capital y los latifundistas, de acuerdo con una parte del Ejército, no hay que olvidar que por muy diversos motivos se alinearon en él fuerzas suficientemente representativas de la burguesía nacional, e incluso de las clases medias y campesinas acomodadas, engañadas por el fascismo. Lo que sí parece bien cierto es que la oposición burguesa a la dictadura es reciente. La burguesía nacional española aparece siempre como una clase sin demasiada vitalidad, hasta el extremo que la revolución burguesa se había dado sólo en contadas regiones, que parte de la burguesía nacional catalana había desertado en tal medida frente al franquismo que algunos de sus miembros prefirieron su tranquilidad, y no digamos sus fábricas, a conservar su propia esencia nacional o incluso su lengua, el idioma en que habían aprendido a rezar. Algo ocurre, pues, cuando la oposición a la dictadura trasciende hasta la burguesía, y decimos esto sin encasillar desde luego, ni cargar con ninguna culpa de la burguesía a A. M. M.

Otros escritores más próximos, en tiempos, al Movimiento Nacional, van pasando al campo contrario. El llamado Movimiento Nacional ya no representa a casi nadie. Y sobre todo esa entrada en la oposición — aunque sea lentamente — de la burguesía señala y confirma la descomposición del régimen. Hacia dónde quieren o pueden ir las fuerzas políticas representativas de la burguesía, es otro problema. Pero que la descomposición del régimen trasciende hasta la literatura es algo patente.

Podemos continuar nuestra rápida revista sobre la novela actual para tropezarnos con casos, algunos de los cuales señalan incluso otra casuística que la

simple descomposición del franquismo. Aparte de la descomposición del franquismo, hay otros vientos que corren por el mundo. Y sobre esto es preciso hacer hincapié. Desde una postura que se adivina más clara tenemos — por ejemplo — el testimonio de un nuevo escritor, Juan García Hortelano, en su novela «Nuevas Amistades». Dicha novela supone una cala en la vida inútil de un grupo muy representativo de jóvenes de la alta burguesía. La novela de García Hortelano es una novela sobre la burguesía, pero no una novela desde la burguesía. Ya había podido señalarse este punto de vista en otros escritores anteriores, aunque casi tan nuevos como García Hortelano; por ejemplo, Luis Goytisolo en «Las Afueras» nos presenta algunos capítulos o narraciones desde ángulo muy premeditado y el libro en su totalidad resalta por su intención sociológica. Los dotes de observación de Luis Goytisolo no son quizá superados por García Hortelano, pero sí este último escritor, en una novela más densa y uniforme, empleando una técnica distinta, consigue que la crítica a la burguesía adquiera un valor muy rotundo. Pese a estar escrita «Nuevas Amistades» con una técnica objetivista, su intención es bien patente. Un grupo de muchachos burgueses es presentado al desnudo, no desde dentro del propio ambiente novelesco, sino desde una cámara cinematográfica que se enfoca premeditada y casi siempre acertadamente. Nos gustaría entrecomillar algún trozo significativo de «Nuevas Amistades», como lo hemos hecho con la otra novela reseñada, pero es difícil encontrar este trozo. Es el ambiente, el tedio y la inutilidad lo que prenden. El personaje más inquieto de la panda de muchachos llega a decir en un momento: *«Escúchame, las fiestas, los libros, las mujeres y el dinero me aburren. Me voy a largar a Italia o a cualquier otro puerco lugar. Es eso lo que voy a hacer. Si no, terminaré asesinando a Felicidad o a mi propia madre. Como Raskolnikov (Raskolnikov no mató a su madre) porque no la cogió a mano. Además tampoco intento imitarle. Quiero librarme de esta agresividad, para poder mandarlo todo pacíficamente a la maldita mierda».*

Tampoco descubrimos nada diciendo que el enfoque de García Hortelano es premeditado. No queremos descubrir, sino subrayar hechos. En la revista INDICE hemos leído la crítica conjunta de esta novela y de «La Piqueta», de Antonio Ferres — otro nuevo novelista — y aunque el artículo crítico que abarca ambas novelas no contenga demasiados aciertos, sí es verdad que García Hortelano y Ferres, desde temas opuestos, toman una clara posición.

La anécdota que se narra en la novela de Antonio Ferres abarca solamente un hecho concreto: el derribo de una chabola. Sin embargo, este hecho agrupa a las masas, al pueblo, y sirve para pulsar el grado de desarrollo que ha alcanzado la conciencia social. Al final de la novela, en una nota que parece como arrancada de un diario del escritor, se dice: *«Ya no quedaba ni un alma pero cabía preguntarse, sin embargo, qué fue de la oscura multitud de por la mañana. En apariencia no ocurría absolutamente nada, sólo el sol caía sobre las arenas del mioceno, por los campos donde termina una triste y pobre ciudad».*

Hay en el párrafo anterior planteada una pregunta cuya respuesta se intuye, aunque no esté suficientemente explícita, quizá porque el escritor pensó que las circunstancias del momento lo impedían.

En otro párrafo de la novela el autor se pregunta quién tiene la culpa de la tragedia. Evidentemente la pregunta se hace en falso. El personaje sabe perfectamente, tan perfectamente como el novelista, quién tiene la culpa, pero no lo dice.

Así otro joven novelista, dando un paso más en la lucha contra la cerrazón de la censura, nos hace conocer la respuesta, parece contestar a esa pregunta de quién es el culpable de la situación de la clase obrera. En «La mina» de Armando López Salinas el único culpable de las desgracias de la clase trabajadora es el capitalismo. Una mina se derrumba y los hombres son aplastados. Hay un descuido, pero es el sistema de explotación, la explotación del hombre por el hombre que se realiza, en grado sumo, lo que tiene la culpa *(Una marea de gritos y de protestas fluye y refluye. Luego, como si toda la muchedumbre formara un solo cuerpo*

y una sola voz, un grito único y continuado rasga el aire de la tarde ... ¡Hay que pedirles cuenta de las vidas!)

Podríamos seguir reseñando novelas, pero preferimos terminar con «La mina». Se alcanza, tal vez, con esta novela el punto más alto de una gradación. Nos parece que, además de la evidente descomposición de la dictadura, puede observarse —a través de la novela joven española — otro fenómeno que de forma paralela y en escala mundial percibimos con sólo abrir las páginas de un diario o hablar con un hombre en la encrucijada de una calle: la descomposición de las viejas estructuras del capitalismo.

No es aventurado suponer que a pesar de todos los pesares, muchos de los escritores ya conocidos y otros que surgirán en los próximos años irán tomando una postura más resuelta. La dictadura será desterrada de España. Pero aun antes de ese feliz día, los hechos sociales, económicos y políticos han de influir positivamente en la gestación de la nueva novela española. Nadie debe tener ya en cuenta a la censura para escribir. Los escritores españoles, desde dentro de España, están en la obligación de tomar la palabra, y muchos lo harán. Y cada uno llegará hasta donde tenga que llegar.

Insistimos que se percibe en España un doble fenómeno: por un lado la consunción del régimen franquista, pero por otro — con mucha más claridad que en ciertos países europeos — la desintegración de las estructuras del capitalismo. Simone de Beauvoir en su libro, «El pensamiento político de la derecha» ha dicho: «En el siglo pasado, e incluso a principios de éste, la literatura constituyó a menudo una auténtica rebelión contra la burguesía: basta con citar a Rimbaud, a Mallarmé, a los surrealistas», «una insurrección en el orden intelectual, moral o estético, tenía un sentido, una proyección. Hoy ya no es posible estar contra la burguesía sin aliarse positivamente con sus adversarios: de buen o mal grado el artista comprueba que ha terminado por alistarse en una lucha. Si quiere preservar su independencia anárquica, la burguesía se lo anexa en el acto, acepta sus insolencias, sus exageraciones, con una indulgencia maternal con lo que demuestra cuanta libertad se da a la cultura. Retrospectivamente la burguesía ha recuperado a Rimbaud y a Mallarmé. El insurgente de hoy no puede ignorar este estado de cosas: o se entrega a la revolución o consiente en servir a la causa de la civilización occidental».

Y los escritores españoles también habrán de elegir, de hecho están eligiendo ya.

Antonio Fernández

REVOLUCION EN AFRICA

por Juan BERENGUER

En los antiguos mapas medievales, sobre las zonas en blanco, desconocidas, se leían estas palabras: « *Hic sunt leones* ». Lo mismo podía leerse todavía en los atlas del siglo pasado sobre la gran mancha en blanco que cubría el interior del continente africano. Han pasado menos de cien años, y hoy Africa ocupa la primera página de los grandes periódicos de todo el mundo. Los leones han cedido su lugar a la Historia.

Durante el pasado mes de enero, el « Premier » Macmillan realizó un largo viaje por Africa. Fue la primera vez que un jefe de gobierno británico emprendió semejante periplo. Casi todos los oradores del último congreso laborista de Blackpool tenían la palabra Africa en los labios; la asamblea general de la Iglesia escocesa se ha ocupado largamente de problemas africanos; en la City de Londres, centenares de consejos de administración de las grandes compañías examinan las posibilidades de sus inversiones africanas. ¿ Y qué decir de la multiplicidad de las conferencias internacionales? En enero, conferencia de los pueblos africanos en Túnez, en febrero la comision ecónomica de las Naciones Unidas para Africa se reúne en Tánger, en marzo la comisión para la cooperación técnica en Africa se reúne en Tananarive, en junio se celebra la conferencia de los países africanos independientes en Addis-Abeba, etc., etc.

Las gentes, mantenidas en la ignorancia por las « fuentes de información » imperialistas se preguntan con asombro: ¿ Qué pasa? Pasa que los pueblos africanos se encuentran en el primer plano de la lucha contra el imperialismo que los ha explotado durante casi un siglo, después de que durante otros tres siglos fueron las víctimas de la odiosa trata de esclavos. A fines de 1960 habrá 120 millones de africanos independientes. He aquí la verdadera causa de las preocupaciones de los imperialistas y de la alarma que refleja la prensa a su servicio.

Las gentes que habían creído ingenuamente que la colonización llevaba los beneficios de la civilización a los pueblos atrasados, las gentes « que no han conocido de Africa otra cosa que la imagen del explorador blanco cociéndose a fuego lento bajo un cocotero, mientras un grupo de negros bailan una zarabanda en torno a la olla » — según la gráfica expresión del propio presidente de Guinea Sekú Turé —, se preguntan desorientados: ¿Cómo es posible tanta ingratitud con quienes fueron a sacarlos de la barbarie? Y las fuentes de « información » del imperialismo y

la prensa «libre» se apresuran a dar sospechosas contestaciones: es el fruto de la actividad de un puñado de agitadores, los negros son como niños grandes, esos países no están preparados para la independencia, tras todo ello hay la mano de Moscú.

Para tener una idea clara de los acontecimentos actuales, hay que saber cuál era el desarrollo de las sociedades africanas antes de la colonización (y antes de la «trata»), en qué ha consistido el sistema colonial, cuáles han sido las profundas transformaciones sociales motivadas por la explotación colonial, y cuáles son los expedientes a que recurren ahora los imperialistas para seguir exprimiendo los beneficios de la colonización bajo una nueva fachada.

África antes de la colonización

Los grandes Imperios negros

Los autores árabes, a partir del siglo VIII, mencionan el imperio de Ghana, al sur del desierto del Sáhara, como el país del oro. Este imperio, fundado en el siglo VI, llegó a abarcar en su época de máximo apogeo todos los territorios comprendidos entre el Atlántico y los lagos situados al E. de Tombuctú. Los primeros detalles seguros nos los proporciona un escritor árabe del siglo XI llamado El Bekri, cuya *Descripción geográfica de España y de Africa* se guarda hoy en la Biblioteca Nacional de París. Gracias a El Bekri sabemos que, en su tiempo, al S. del Sáhara florecía una civilización armoniosa. Que el próspero Imperio de Ghana vivía en paz, bajo el gobierno de un monarca que protegía las letras, visitaba personalmente los barrios pobres de su capital para recibir las quejas de sus súbditos, y distribuía diariamente dos mil raciones a los indigentes. El emplazamiento de la capital de Ghana fue localizado en 1914 por el administrador de las colonias Bonel de Mezières, a 330 km. al N. de Bamako.

Tres siglos más tarde, el geógrafo árabe Ibn Batuta se dirigió al S. del Sáhara en cumplimiento de una misión que le encargó el sultán de Fez. Era el año 1352. Visitó el Imperio del Mali, bajo el reinado de Mansa Suleimán, y redactó un informe en el que lo designa con las palabras de *Bled-es-Sudán*, que en árabe significan «País de los Negros». Ibn Batuta nos dejó la descripción de un país rico y feliz: «los actos de injusticia son muy raros; de todos los pueblos que conozco es el mejor en ese sentido. En toda la extensión del país reina una seguridad perfecta; se puede vivir allí y viajar sin temor al robo o a la rapiña» (1). Kánkan Mussa, predecesor en el trono del Mali del emperador que conoció Ibn Batuta, tenía representantes plenipotenciarios en los principales países árabes, especialmente en Africa del Norte y en Egipto, y cuando hizo su viaje a La Meca, en 1324, repartió oro con tal profusión que alteró durante años la cotización de este metal en la ciudad de El Cairo. Por cierto que, al regresar de ese viaje, se hizo acompañar por un arquitecto originario de Granada, Ibrahim-es-Sahelí, que fue el creador de la arquitectura sudanesa.

Desde el siglo XIV al XVI, el Imperio Sonrhai de Gao (a orillas del Níger) conoció un gran esplendor. El Askia Mamadú organizó las municipalidades a lo largo de todo el imperio, unificó los pesos y medidas, y realizó trabajos de canalización del Níger. En su época, la Universidad de Tombuctú atraía escritores de todo el mundo árabe, y Mahamud Koti, autor del *Tarikh el Fettah*, cuenta que cuando Ahmed Baba, doctor de la Universidad de Tombuctú, fué condenado a muerte, se desesperaba por tener que abandonar la vida sin haber podido coleccionar tantos libros como algunos de sus amigos, ¡y su biblioteca contenía mil doscientos volúmenes!

(1) IBN BATOUTA: *Voyage dans le Soudan*. Traduction Slane, París 1843.

Hoy resulta evidente que una buena parte del Africa Negra había alcanzado en un momento dado, un grado de evolución y de cultura semejante al de los países europeos del mismo período. Concretamente, en lo que se refiere a la época de Ghana, en el siglo XI, puede afirmarse que la Europa occidental de ese período es la que aparece como un conjunto de países atrasados y sumidos en la anarquía. Naturalmente, los manuales escolares «de occidente» no dicen ni una palabra de todo esto, ya que los países colonialistas necesitan tranquilizar la conciencia de sus pueblos. Pues si no, ¿cómo explicar que un país civilizado tome las armas para imponerse a otro país con una civilización propia?

Ahora bien, ¿cuál era la estructura económico-social de estos pueblos? En estos últimos años, las sociedades y las civilizaciones del Africa Negra han sido objeto de una abundante literatura etnográfica. Aun cuando esta literatura ha acumulado gran cantidad de informaciones interesantes, se ha mostrado incapaz de dar una explicación satisfactoria de los propios datos recogidos. Bajo la influencia de las corrientes idealistas, preponderantes en la sociología burguesa, intenta explicar la organización social a partir de las concepciones religiosas de estos pueblos, o bien — afectando un carácter más «científico» — pretende explicar las sociedades africanas a base de un simple determinismo geográfico. Cualquiera de los dos métodos conducen a generalizaciones confusas y en las se que mezclan en pie de igualdad lo accesorio y lo esencial, y se llega a conclusiones que se adaptan cómodamente a la ideología colonial: se atribuye todo lo positivo a «influencias exteriores» y todo lo malo (incluídos los desastres de la explotación colonial) a la «mentalidad primitiva del negro» o a las condiciones desfavorables de la naturaleza.

El planteamiento científico del problema, partiendo de las condiciones materiales de la producción, muestra que el desarrollo original de las civilizaciones africanas se basaba sobre una estructura social correspondiente a la descomposición de la comunidad primitiva, con la aparición simultánea de rasgos esclavistas y de relaciones de producción que bien pueden calificarse de feudales. En efecto, a partir del momento en que el desarrollo de las fuerzas productivas permitió que el trabajo humano pudiese producir más de lo necesario para subsistir, apareció la posibilidad de que alguien se apropiase del trabajo sobrante del productor en beneficio propio. Esto es lo que sucede con la esclavitud o con las diferentes formas de dependencia que dejan una relativa autonomía al individuo pero que le imponen en beneficio del dueño o señor la entrega de una parte del producto de su trabajo.

El Africa anterior a la llegada de los europeos no conoció las formas *absolutas* de la esclavitud que caracterizaron a la antigüedad mediterránea o a la América colonial moderna. Hasta ese momento, la esclavitud en Africa revistió un carácter de *esclavitud patriarcal* (el esclavo era incorporado a la familia o al grupo como propiedad colectiva, no podía ser vendido, disfrutaba de derechos personales, y sus hijos o nietos terminaban siendo pura y simplemente absorbidos en la familia). El sobreproducto confiscado en beneficio de las clases dirigentes recibía destinos diversos: o bien era consumido directamente, lo cual permitía a estas clases liberarse total o parcialmente del trabajo productivo y mantener personal a su servicio, o bien era atesorado para utilizarlo en esa forma — si llegaba el caso — para comprar productos exóticos o de lujo. Por eso el desarrollo del comercio es inseparable de la división de la sociedad en clases. Este atesoramiento explica los recursos excepcionales acumulados por algunos reyes (así la sorprendente prodigalidad de Kánkan Mussa, a que antes nos hemos referido, es más bien un reflejo del estado social del país que no de la riqueza de las minas del Mali).

Son falsas las versiones colonialistas que presentan Africa como escenario de guerras y razzias constantes y en un estado de anarquía permanente, antes de la llegada de los colonizadores. Tales versiones son una generalización abusiva de la situación que se produjo a partir del siglo XVI, precisamente a causa de los contactos con europeos (luego veremos porqué). Si se compara la historia del

África Negra desde el principio de Ghana (siglo IV) hasta el siglo XVI, con la historia de Europa durante el mismo período, es más bien ésta la que produce una impresión de inestabilidad y de caos.

Esa estabilidad de las estructuras africanas hasta el siglo XVI, en que las civilizaciones negras fueron súbitamente estranguladas, se explica precisamente por el carácter moderado de la explotación de clase. El comercio exterior tenía poca importancia, el cambio dominante era el de oro contra sal (todavía no habían llegado los europeos ofreciendo armas de fuego contra esclavos), y las clases dominantes no exigían más que su manutención y apenas consumían más que sus súbditos. Marx se refiere a ese tipo de sociedad en *El Capital* y subraya cómo sólo la circulación, el comercio, lleva al exceso el grado de explotación de los trabajadores (2). Por eso Ibn Batuta se refería, en el siglo XIV, al Imperio del Mali en los términos que hemos citado.

Este desarrollo autónomo del Africa Negra es evidente que presentaba también aspectos contradictorios. Así, por ejemplo, la aparición de los grandes imperios, basados en una diferenciación creciente entre clases antagónicas, agravó la situación de las masas campesinas en beneficio de las aristocracias guerreras y de los mercaderes de las ciudades. Pero este fenómeno es normal, y precisamente el desarrollo de esas minorías explotadoras, liberadas de la preocupación constante de la lucha por la vida y de las cargas del trabajo manual, es el que en todas las civilizaciones ha permitido los progresos intelectuales y ha preparado el paso a modos de producción más evolucionados. Si los contactos con la civilización europea se hubiesen desarrollado sobre un pie de igualdad, los resultados hubiesen sido positivos y la humanidad habría contado con el desarrollo de una gran civilización original: la civilización negra.

Pero las circunstancias históricas hicieron que esos contactos tuvieran un carácter esencialmente negativo. Es el carácter que corresponde a la nueva etapa que se conoce con el nombre de la trata de esclavos.

El período de la trata de esclavos

Durante la Edad Media se produjo en Europa la substitución del trabajo del esclavo por el del siervo feudal. El feudalismo, al permitir cierta independencia económica al campesino, hizo que éste se interesase en el progreso de su propia producción. Esto determinó la aparición de progresos técnicos que se tradujeron en la liberación de las fuerzas productivas encadenadas por el antiguo sistema social esclavista. Así, sobre todo a partir de las Cruzadas, se asiste al renacimiento de la economía mercantil y al progresivo desarrollo de la producción artesana independiente. Los mercaderes de las ciudades se enriquecieron cada vez más y — a partir del siglo XV — se inicia el período de la acumulación primitiva que hará posible la aparición del capitalismo industrial en Europa.

La acumulación primitiva, indispensable para el arranque del capitalismo, se realizó dentro de Europa a base de la expropiación del pequeño campesino independiente (Inglaterra ofrece un ejemplo impresionante en ese sentido) y del reforzamiento de su explotación mediante el impuesto y la deuda pública (muy visible en la Francia de los *fermiers généraux*), pero el papel esencial en la acumulación primitiva corresponde a la colonización mercantil emprendida a raíz de los grandes descubrimientos geográficos del siglo XV.

Los portugueses, utilizando el cuadrante y el astrolabio, recorrieron las costas africanas hacia el sur. En 1488 alcanzaron el Cabo de Buena Esperanza,

(2) «Cuando la forma de una sociedad es tal, desde el punto de vista económico, que no es el valor en cambio sino el valor en uso el que predomina, el sobretrabajo queda más o menos circunscrito por el círculo de necesidades determinadas; pero el carácter de la producción en sí misma no hace aparecer un apetito devorador». (KARL MARX: *Le Capital* L. 1 t. 1, p. 232. Editions Sociales, París)

y más tarde lo doblaron y llegaron a la India (Vasco de Gama: 1497—1498). Estos primeros contactos no aportaron cambios de importancia en el Africa Negra. Los portugueses se dieron cuenta rápidamente de que la explotación «directa» de los recursos africanos ofrecía pocas perspectivas y prefirieron dedicarse al comercio entre la India y los países europeos. Esta intrusión portuguesa en el Océano Indico tuvo graves consecuencias para el mundo árabe que perdió su fructífero papel de intermediario. Los portugueses arruinaron los imperios marítimos árabes de la costa oriental de Africa, y en 1509 destruyeron la flota egipcia y cerraron el acceso al Mar Rojo y al golfo Pérsico. Ocho años más tarde, Egipto cae en manos de los turcos.

Pero pronto empezó a desarrollarse sobre la costa occidental de Africa un tráfico nuevo, basado en una mercancía hasta entonces inédita: la carne humana en vivo. ¿Por qué?

El desarrollo, en las colonias españolas y portuguesas de América, de las plantaciones y de las minas se tradujo en la destrucción masiva de las poblaciones autóctonas. En las Antillas la población indígena resultó totalmente exterminada. Esto creó una intensa demanda de mano de obra que empezó a importarse del continente africano. Los negros conocían los métodos convenientes para la agricultura tropical (cosa que ignoraban los indígenas americanos y los colonos europeos).

Los portugueses conservaron el monopolio de la trata de esclavos hasta 1580. A partir de este momento, la unión provisional de Portugal y España abrió el tráfico a todas las potencias marítimas europeas. Primero fueron los holandeses, después ingleses y franceses, finalmente intervinieron los daneses y los alemanes. La trata de esclavos fue adquiriendo en el comercio europeo una importancia creciente, relativa y absoluta, y alcanzó su apogeo en el siglo XVIII. La Iglesia no elevó protesta alguna contra este comercio odioso. Al contrario, los teólogos invocaron el Antiguo Testamento y la necesidad de convertir a los paganos, para legitimar la esclavitud. Incluso se proclamó que el color de la piel de los africanos era un signo evidente del destino que les había sido reservado, y se declaró la esclavitud de los negros conforme con los designios de la Providencia.

Resulta muy difícil apreciar la importancia de la sangría sufrida por el Africa Negra. El padre Dieudonné Rinchon, capuchino, dice: «¿Cómo se explica que los negros transportados a las Indias (América) en tan gran número no llegasen a reproducirse suficientemente para que hubiese necesidad de seguir recurriendo a la trata? Sólo en la isla de Santo Domingo, se importaron en cincuenta años 2.200.000 esclavos, y hoy no hay más que 600.000 negros» (3). En el mismo sentido, Gaston Martin cita el testimonio de Hilliard d'Auberteil, en 1776, según el cual «el tercio de los negros de Guinea muere normalmente durante los primeros tres años de su trasplante y la vida productiva de un negro no puede calcularse en más de quince años» (4).

Los datos estadísticos sobre la trata son desgraciadamente muy fragmentarios. A fines del siglo XVIII, la cantidad de «transportados» hacia América era de unos 100.000 al año. El P. Rinchon calcula en 13.250.000 el número de transportados sólo desde el Congo. W. E. B. Du Bois da las cifras siguientes de exportación llegada a América: 900.000 en el siglo XVI, 2.750.000 en el XVII, 7 millones en el XVIII y 4 millones en el XIX. Es decir, 15 millones en total. Ch. de la Roncière calcula un total de 15 millones para los siglos XVII y XVIII, y otros 5 millones para el período 1798—1848 (según los documentos del Parlamento británico); es decir 20 millones *como mínimo* (5).

(3) P. DIEUDONNÉ RINCHON: *La traite et l'esclavage des Congolais par les Européens*. Vanelsche, París 1929, pag. 97.

(4) GASTON MARTIN: *Histoire de l'esclavage dans les colonies françaises*. P. U. F. París 1948.

(5) CH. DE LA RONCIÈRE: *Nègres et négriers*. Editions des Portiques, París 1933.

A estas cifras hay que añadir las bajas producidas por la trata. W. E. B. Du Bois estima que para cada esclavo llegado a América hay que contar 5 hombres muertos en Africa o fallecidos en los navíos negreros, y llega a la conclusión de que la trata de esclavos costó 60 millones de seres humanos al continente africano.

Es notable la superficialidad con que los manuales de historia burgueses refieren este episodio, cuando no lo ignoran totalmente. Sin embargo, como puede verse, las cifras son literalmente monstruosas. Maurice Halbwachs calcula que la raza negra representaba en los siglos XVII—XVIII la quinta parte de la humanidad (en la misma época Europa representaba también 1/5 y Asia poco más de la mitad). Ahora la raza negra representa 1/13 de la población humana. Creemos que esas cifras son suficientemente explícitas respecto a la trata de negros y que nos ahorran toda clase de comentarios.

Nos queda solamente referirnos a los procedimientos de la trata y a los resultados de la misma sobre las estructuras sociales africanas.

A cambio de los esclavos, los europeos llevaron a Africa mercancías de valor nulo (baratijas que los africanos valoraban a causa de su rareza y de su carácter «exótico»), pólvora y armas de fuego (esencialmente destinadas a la caza de esclavos) y alcohol de la más baja calidad. Esas eran las «mercancías de trata». De esta manera, los europeos no necesitaron dedicarse personalmente a la caza de esclavos. Los compraban a los mismos africanos, lo cual era mucho más cómodo y suponía menos riesgos. Por su parte, los africanos tuvieron que abandonar sus antiguas ocupaciones productivas; ya que los europeos no aceptaban otra moneda que la carne humana viva, no tuvieron otro remedio que dedicarse progresivamente al único «trabajo» que puede producir esa mercancía: la guerra. Es, pues, a partir de ese momento que se desarrolla la inseguridad permanente; las guerras y las razzias incesantes, generadoras de miseria y de hambre, se convirtieron en características del Africa Negra gracias al contacto con la civilización europea.

Las antiguas comunidades agrarias se empobrecieron a causa de la pérdida de su propia sustancia: los hombres. Los imperios negros, cuya estabilidad hemos señalado, se disolvieron en tiranías efímeras fundadas por aventureros. En el Sudán central, las guerras y las invasiones sucesivas crearon en muchas regiones una confusión inextricable (hay poblados vecinos que pertenecen a grupos étnicos diferentes; unos son descendientes de los primeros ocupantes, otros de los conquistadores, otros de los refugiados que habían sido expulsados de su país, y otros de los cautivos concentrados por los vencedores). Los europeos no se interesaban ni por la pimienta, ni por el marfil, ni por el oro. A cambio de sus mercancías exigían hombres. La misma fuerza de trabajo, el ser humano, se convirtió en patrón monetario. La única industria fructífera era la guerra: la caza del hombre.

La conquista colonial

El último cuarto del siglo XVIII vio el apogeo de la trata de esclavos y el principio del siglo XIX marcó su decadencia. Ello no fue debido a la acción de los escasos filántropos adversarios de la esclavitud, sino al desarrollo del capitalismo industrial, nuevo modo de producción que condenaba económicamente las antiguas formas de explotación del hombre por el hombre.

La trata fue prohibida en Inglaterra, en 1807. En Francia la prohibió el decreto imperial de 29 de marzo de 1815, confirmado por la ley de 15 de abril de 1818. A ello siguió la abolición de la esclavitud en las colonias inglesas (1833) y en las colonias francesas (1844). En los Estados Unidos y en el Brasil la esclavitud persistió hasta fines del siglo XIX.

A partir de principios del siglo XIX y hasta su último cuarto (es decir, hasta el advenimiento del imperialismo) se desarrolló el capitalismo de «libre concurrencia», es decir el sistema en el que el capital comercial pierde su situación privilegiada y pasa a depender del capital industrial. Es la época en que los industriales ingleses, que reducían a sus obreros a un estado de miseria, agotamiento y degradación inimaginables, condenaban en nombre de la humanidad la abominación de la esclavitud. Con el mismo «desinterés», los industriales de New York y de Boston subvencionaron la guerra de Secesión para aplastar a los Estados esclavistas del Sur.

El primer efecto que tuvo la decadencia de la trata fue un retroceso de las posiciones que los europeos habían logrado en Africa. Muchos establecimientos abandonados durante las guerras napoleónicas no volvieron a ocuparse. Cierto que Europa tenía entonces más mercancías que nunca para colocar, pero Africa no podía proporcionar gran cosa a cambio, después de los tres siglos de trata, y por otra parte la carne humana había perdido su valor comercial. Los mercados que presentaban mayores atractivos eran la India, China y Méjico.

No obstante, algunas casas comerciales europeas se plantearon el siguiente problema: Ya que el litoral africano sólo ofrece perspectivas miserables, ¿por qué no abrir un acceso directo a los mercados del interior que tal vez presenten mejores posibilidades? Así fue como los ingleses mandaron los primeros exploradores: Houghton y, sobre todo, Mungo Park. En esa época Inglaterra desempeñaba una indiscutible hegemonía sobre el mercado mundial en formación y jugó un papel de primer orden en las prospecciones africanas: Clapperton salió de Trípoli y alcanzó el Tchad en 1823 y más tarde el Níger (1825—1827); el francés René Caillé (1828) aportó el primer testimonio directo sobre Tombuctú. Richard Lander descendió por el Níger desde Boussa hasta el mar, demostrando que el Níger y el Tchad no se comunicaban. Finalmente, el alemán Barth, operando a cuenta de los ingleses, recorrió durante cinco años (1850—1855) el Sudán.

Poco más tarde, los comerciantes de Burdeos y de Marsella empezaron a interesarse respectivamente por el cacahuete del Senegal y por el aceite de palma de Guinea. Después veremos que las posiciones adquiridas hace cien años por bordeleses y marselleses explican muchos de los aparentes misterios de la política interior francesa de hoy. La casa Régis, de Marsella, se interesaba por las aplicaciones del aceite de palma de Guinea (fabricación de jabones y como lubrificante), y el mismo interés se despertó entre los alemanes: así los Victor, de Bremen, que combinaron el comercio y las misiones evangélicas en el Togo, y Karl Woermann, de Hamburgo, que con sus factorías comerciales en la bahía de Corisco creó el punto de partida para la futura penetración alemana en el Camerún.

Pero todo esto fueron ensayos tímidos que prepararon la nueva etapa — desde los años 1876—1880 a fin de siglo — que en veinte años llevó al reparto total de Africa entre ingleses, franceses, alemanes, belgas y portugueses. Tiene interés subrayar que en esa época el raquítico capitalismo español, inspirado por los industriales y comerciantes de Barcelona, también intentó su aventura colonialista con la expedición a Marruecos de 1860. Pero el ejército español demostró una lamentable incapacidad y los generales de aquella época hicieron gala de una incompetencia increíble, y la aventura se saldó con un fracaso sonado.

Este nuevo período es el de la colonización *imperialista*, obra del *capital monopolista* de las grandes potencias industriales. Es perfectamente conocido, después del análisis hecho por Lenin (6), cómo la concentración de la producción (consecuencia del desarrollo de la técnica) entrega a algunos grupos capitalistas el control de ramas enteras de la producción, y en particular el monopolio de hecho de los sectores-clave (minas de carbón, petróleo, siderurgia). Los monopolios realizan la fusión del capital industrial y del capital bancario bajo la forma del

(6) V. I. LENIN: *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916)

capital financiero. A consecuencia de la aparición de los monopolios, se termina la etapa del capitalismo de « libre competencia » y se entra en la fase imperialista en la que la contradicción entre los intereses de monopolios rivales reviste caracteres todavía más brutales y explosivos.

Lenin, en la obra citada, refiere estas palabras de Cecil Rhodes, millonario, rey financiero y principal inspirador de la guerra anglo-boer: « Ayer estuve en el East End londinense (barriada obrera) y asistí a una asamblea de los sin-trabajo. Al oir, en dicha reunión, discursos exaltados cuya nota dominante era: ¡pan! ¡pan!, y al reflexionar, cuando regresaba a casa, sobre lo que había oído, me convencí, más que nunca, de la importancia del imperialismo ... La idea que yo acaricio representa la solución del problema social, a saber: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una guerra civil funesta, nosotros, los políticos coloniales, debemos posesionarnos de nuevos territorios para colocar en ellos el exceso de población, para encontrar nuevos mercados en los cuales colocar los productos de nuestras fábricas y de nuestras minas. El imperio, lo he dicho siempre, es una cuestión de estómago. Si no queréis la guerra civil, debéis convertiros en imperialistas » (7).

La definición del imperialismo por sus propios epígonos quedará completa si añadimos este fragmento del discurso de Jules Ferry en la Cámara de Diputados francesa, el 28 de julio de 1885: « La primera forma de colonización es la que ofrece un asilo y trabajo al sobrante de población de los países pobres o de los que contienen una población exuberante. Pero hay otra forma de colonización, es la que corresponde a los pueblos que tienen o bien un excedente de capitales o bien un excedente de productos. Esa es la forma moderna... Las colonias son para los países ricos una de las inversiones de capitales más ventajosas; el ilustre Stuart Mill consagró un capítulo de su obra a demostrarlo, y lo resume así: « Para los países viejos y ricos, la colonización es uno de los mejores negocios a los que puedan dedicarse »... Yo digo que Francia donde siempre han sobrado capitales y se han exportado en cantidades considerables al extranjero, porque en efecto se pueden contar por miles de millones las exportaciones de capitales hechas por este gran país, yo digo que Francia que es tan rica, tiene interés en considerar este aspecto de la cuestión colonial. Pero, señores, hay otro aspecto aún más importante de esta cuestión y que supera en mucho el que acabo de tocar. La cuestión colonial es, para los países dedicados por la naturaleza misma de su industria a una gran exportación, la cuestión misma de los mercados. En la crisis que atraviesan todas las industras europeas, la fundación de una colonia es la creación de un mercado » (8).

Hay que reconocer que los imperialistas de 1890 tenían por lo menos la virtud de hablar claro, cosa que no ocurre con sus sucesores de 1960 que hablan de « ayuda económica a los países subdesarrollados », palabras nuevas que pretenden encubrir una realidad que sigue siendo esencialmente la misma. Pero esto es otra historia sobre la que volveremos más adelante.

La conquista colonial de Africa se realizó con gran rapidez y relativa facilidad. Los colonizadores disponían de una superioridad aplastante. Contra los fusiles de tiro rápido y la artillería, los africanos no pudieron oponer más que el arco, las flechas, la lanza y el fusil de pistón de uno o dos tiros. Superioridad política, además; ya hemos descrito cómo los tres siglos de trata de esclavos habían extendido la anarquía en el continente negro. Jamás conquistador alguno se había encontrado ante semejante frente dividido por las rivalidades étnicas y las disputas entre las diferentes familias reinantes.

Las expediciones despachadas por imperialismos rivales llevaron a choques graves (especialmente en el Congo, entre Brazza, que actuaba por cuenta de

(7) V. I. LENIN: Op. cit. Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú 1947, p. 103.

(8) Discurso de Jules Ferry citado por J. SURET-CANALE: *Afrique Noire*. Editions Sociales, París 1958, págs. 191—192.

Francia, y Stanley, que representaba los intereses belgas). Por ello se convocó la Conferencia de Berlín (noviembre 1884—febrero 1885) que consagró el reparto de Africa. Bismarck, que hasta poco antes no había comprendido el interés de la política colonial, presionado por las grandes compañías alemanas, envió al Dr. Nachtigall a tomar posesión del litoral del Togo y del Camerún, cosa que se realizó en pocas semanas (de julio a septiembre de 1884), llegando justo a tiempo para reivindicar dichos territorios en la Conferencia de Berlín.

Jean Suret-Canale, en la obra citada, realiza un análisis bastante completo de los métodos de guerra empleados en la conquista. Allí se explica lo que significaba en la terminología militar francesa la expresión *romper un poblado*. Para no alargar excesivamente el artículo, nos limitaremos a copiar el relato de un oficial francés que tomó parte en la conquista de Sikasso: «Después del sitio, el asalto. Ba Bemba se suicida. Se da la orden de saqueo. Todo fue tomado o matado. Los cautivos, unos 4.000, fueron agrupados en rebaño. El coronel comenzó la distribución. Al principio escribía él mismo en una lista, luego renunció diciendo: «Repartíos eso». El reparto tuvo lugar con disputas y golpes. Luego, ¡en marcha! Cada europeo recibió una mujer a su elección... El regreso se hizo a base de etapas de cuarenta kilómetros con esos cautivos. Los niños y los que estaban demasiado cansados para seguir fueron liquidados a golpes de culata y de bayoneta... Los cadáveres eran abandonados al borde del camino... Los hombres requisados durante la marcha para transportar las provisiones, estuvieron cinco días sin recibir ración; recibían cincuenta golpes de cuerda si tomaban un puñado del mijo que transportaban» (9). No se crea que se trata de un relato excepcional, al contrario, resulta coincidente con docenas de otros testimonios y hay que tener en cuenta que las únicas fuentes de que disponen los historiadores son los documentos de la propia colonización. Los vencidos, los negros, no tuvieron oportunidad de dejar relatos escritos de la conquista.

El sistema colonial y sus resultados

Ahora que conocemos de qué forma se ha llegado a la implantación territorial de la colonización, veamos en qué consiste la explotación económica colonial y su organización política.

Como la historia la han contado los colonizadores, y éstos no explican más que lo que pretenden que sea su apariencia exterior, resulta muy difícil comprender cómo han nacido estos movimientos nacionales de liberación y por qué han aparecido precisamente en la década 1950—1960. Nada sucede por casualidad, pero para tener ideas claras en este asunto, es preciso estudiar: 1) Cómo la agudización de la competencia económica ha llevado a las potencias colonialistas a explotar al máximo los recursos naturales de su Imperio. 2) Cómo el desarrollo del capitalismo financiero, que en las colonias encuentra sus inversiones más ventajosas y que ha tenido que replegar sobre Africa una gran parte de sus capitales antes colocados en Asia sud-oriental, ha llevado al máximo esa explotación, creando con ello las condiciones objetivas que han motivado los movimientos nacionales de liberación.

El funcionamiento del mercado colonial

La primera etapa de la explotación colonial (aproximadamente de 1890 a 1914) se redujo a lo que los economistas alemanes han llamado *Raubwirtschaft*, economía de pillaje, economía de depredación. Un buen ejemplo lo constituye

(9) Cita de Vignée d'Octon por SURET-CANALE: Op. cit., pág. 215.

la era del caucho en Guinea francesa. La extraordinaria demanda de caucho que se produjo a principios de siglo (progresos de la bicicleta y del automóvil) hizo que las sociedades coloniales establecidas en Guinea se interesasen por el llamado «caucho de hierbas», producto mediocre pero lo suficientemente barato para hacer buenos negocios. La busca del caucho se convirtió en una explotación agotadora que esterilizaba las sabanas herbáceas, obligando a las poblaciones africanas — una vez agotadas las zonas próximas a los poblados — a buscar el caucho cada vez más lejos. El campesino africano no podía escapar a este deber: a la presión administrativa directa (cada demarcación debía proporcionar una cuota fijada) se añadía la presión indirecta de los impuestos. Aún después de la guerra europea, H. Cosnier escribía: «La explotación del caucho es todavía en muchos territorios... el único medio de que dispone el indígena para procurarse el dinero que necesita» (10).

La etapa moderna se ha caracterizado por la explotación de los productos agrícolas obtenidos en plantaciones y por la extracción de minerales. Como veremos enseguida, esto ha hecho que la antigua economía cerrada, fundada sobre el aislamiento del grupo, en que cada poblado producía todo lo necesario mediante el trabajo de la familia (choza, vestidos, alimentos) y de los artesanos locales (ceramistas, herreros), haya sido substituída, gracias a las carreteras, ferrocarriles, comerciantes y presión administrativa, por una economía de mercado.

El cultivador africano se ha visto obligado a dedicarse a los productos comercializables, a los que las potencias europeas necesitan para su industria: cacao, aceite de palma, sisal, fibras duras, café; y también materias primas minerales: diamantes, cobre, manganeso, uranio, cobalto, cromo, etc. Estas producciones son las únicas que le pueden proporcionar el dinero necesario para pagar los impuestos y para adquirir los productos de importación que necesita: telas de algodón, ferretería, jabón, máquinas de coser, bicicletas, etc. Si tenemos en cuenta que estas importaciones matan al artesanado local, se comprenderá mejor que hoy ya no haya otra forma de procurarse tales objetos.

Así se ha constituído un mercado que drena hacia los puertos las materias primas en bruto y distribuye hacia el interior los productos fabricados, de importación. Este mercado tan especial está dominado por unas pocas grandes compañías especialistas. Estas compañías fijan el precio de las materias primas que exportan y el de los productos manufacturados que importan y venden (ya sea a través de sus propios establecimientos comerciales o a través del comercio al detall que está en manos de griegos, portugueses, sirio-libaneses, hindús y árabes). Como se ve, el negocio es redondo.

Algunas compañías poseen un cuasi-monopolio de importación y exportación en determinados territorios: C.F.A.O. (Compagnie Française de l'Afrique Occidentale) y S.C.O.A. (Société Commerciale de l'Ouest Africain) actúan en Africa francesa; C.F.H.B.C. (Compagnie des Haut et Bas Congo); UNILEVER (el gran trust anglo-germano-holandés con sus innumerables filiales «John Holt, Hatton and Cookson», «Niger Français», etc., siempre el mismo perro con distintos collares); U.A.C. (United Africa Company, también filial de Unilever); NOSOCO (Nouvelle Société Commerciale); Société KING (especializada en el Camerún); S.C.K.N. (Société Commerciale du Kouilou Niari); etc. Las más importantes son C.F.A.O. (cuyo núcleo central son los capitales marselleses), S.C.O.A. (que empezó hacia 1900 como una modesta sociedad suiza con el nombre de Ryff et Roth), U.A.C. y las demás filiales de UNILEVER.

La concentración de capitales toma formas monstruosas, desconocidas por su importancia incluso en los Estados Unidos. Así, en el Congo belga, la «Société Générale de Belgique» posee a través de 65 filiales (entre las que se cuenta, nada menos, que la «Union Minière du Haut Katanga») un monopolio que se extiende

(10) H. COSNIER: *L'Ouest africain français*. París, Larosse 1921, pág. 7.

a la mayor parte de las ramas de la explotación colonial: transportes por mar, aire, carretera, ferrocarriles, vías fluviales, minas, fuerzas motrices. Por sus concesiones y préstamos controla decenas de miles de hectáreas sobre provincias enteras. Más adelante volveremos sobre este gigante financiero.

El ejemplo más ilustrativo es quizás Liberia, como se sabe el país «independiente» más antiguo de Africa. Allí, la «*Firestone Rubber Plantations Company*» de Akron (Ohio, U.S.A.) obtuvo en 1926 y por 99 años una concesión de un millón de acres *a elegir* (a un precio de arrendamiento de 6 cents por acre). Naturalmente, los eligió en la región de las mejores tierras. Así resulta que el caucho se ha convertido en un monocultivo que cubre el 90% del valor de las exportaciones de Liberia. En cambio, Liberia se ve obligada a importar la mayor parte de lo que consume. Pero ahí está la «Firestone» para solucionar este pequeño problema. La «Firestone» importa arroz para alimentar a sus 25.000 obreros indígenas; allí desde el tomate hasta la carne, todo es conserva americana. La «Firestone» es la que importa el 50% de lo que recibe Liberia, a través de una de sus filiales: la «*U.S.Trading Company*».

Algunos aspectos de la colonización

A) El papel de las vías de comunicación

Las vías de comunicación al facilitar los desplazamientos, han hecho entrar en una agitada vida de intercambios los rincones más alejados de Africa. Por la carretera y el tren llega el dinero (bajo forma de salarios individuales) y el comerciante que proporciona la manera de gastarlo.

Un ejemplo notable del papel revolucionario que puede llegar a jugar una vía de comunicación, lo ofrece el ferrocarril Bajo Congo-Katanga (B.C.K.) que se construyó entre Port-Franqui y Bukama desde 1921 a 1928. En menos de diez años la afluencia de población fué tal que hoy $^1/_4$ de los habitantes de la provincia se concentra en la proximidad de la vía sobre el 5% de la superficie total; pueblos enteros se trasladaron de lugar, las masas de población se mezclaron; la vieja economía indígena fue sacudida por las ganancias que provocaba la construcción, el funcionamiento de la línea (salarios, gastos de los obreros, etc.) y por los nuevos cultivos (cacahuete, algodón, manioc, maíz) que sustituyeron la antigua agricultura. Los bosques, utilizados como combustible y roídos por las roturaciones, han retrocedido y son explotados metódicamente por una filial de la B.C.K., la *Exforca* (Explotation Forestière du Kassaï) que ha recibido una concesión de 33.000 has. (11).

B) El agotamiento de las tierras

Una de las consecuencias de la extensión de las producciones agrícolas destinadas a la exportación ha sido el rápido agotamiento de las tierras, deforestadas y quemadas sin ninguna consideración. Se ha roto el equilibrio antes existente entre la calidad de las tierras y las técnicas agrícolas tradicionales adaptadas al régimen de lluvias y al ritmo de las estaciones. Las consecuencias son graves: en el Senegal la impulsión dada al cultivo del cacahuete ha arruinado las regiones de Louga y del Cayor; en Ghana (antigua Costa de Oro inglesa) la extensión del *heveas* del caucho ha hecho retroceder los bosques de manera inquietante; la introducción de arados de gran profundidad ha superexplotado la tierra, favoreciendo el agotamiento y la erosión. El trabajo continuo de la tierra, sin hacer barbechos, la tala de los bosques y la destrucción de la vegetación herbácea han provocado la extensión de costras ferruginosas estériles, según el clásico proceso de *laterización*.

(11) Pueden verse estos y más datos en; H. NICOLAI ET J. JACQUES: *La transformation des paysages congolais par le chemin de fer: l'exemple du B. C. K.* Institut royal colonial belge, Bruxelles 1954.

Auguste Chevalier, recorriendo el Sudán (Mali), que había visitado por primera vez cincuenta años antes, ha expresado su espanto ante la ruina de la vegetación y los progresos de la arena del desierto.

C) El régimen de reservas y el trabajo forzado

En Kenya, en 1950, 42.000 kms.2 de las mejores tierras fueron atribuídas a 23.000 colonos europeos; 3.300.000 indígenas están concentrados sobre 108.000 km.2 de reservas parcialmente estériles. Cada europeo dispone de 240 has. de buenas tierras con buenas vías de comunicación, mientras cada familia indígena no tiene más que 3 has. de tierras mediocres.

En Rodhesia del Sur, 65.000 europeos tienen 185.000 kms.2 y 1.500.000 indígenas 115.000; en Tanganyka los $^2/_3$ de la población indígena vive sobre $^1/_{10}$ de las tierras.

El régimen de reservas tiene por objeto procurar mano de obra a las empresas privadas. Las poblaciones negras, desprovistas de recursos suficientes y obligadas a pagar impuestos en metálico, tienen que trabajar en las plantaciones europeas como mano de obra asalariada, y producir sobre sus propias tierras mercancías destinadas a la exportación. Es lo que explicaba en 1913 el gobernador de Kenya con estas palabras: «El impuesto es el único medio de obligar al indígena a buscar trabajo ... es en efecto el único medio de elevar el coste de la vida para el indígena y de esto depende la abundancia de mano de obra y el tipo de salario. Aumentando los salarios disminuiría la mano de obra, puesto que salarios más elevados permitirían a los indígenas pagar los impuestos trabajando menos».

El trabajo forzado cumple la misma finalidad, ya sea bajo la forma de cultivos impuestos «para fines de enseñanza agrícola experimental» como hacían los franceses en el A. E. F., o «a título educativo» (en el Congo belga en 1933), o mediante requisas de la administración para obras públicas, carreteras, ferrocarriles, etc. El trabajo forzado fue prohibido por el Acta de Ginebra de 1930, incluso para los trabajos de interés general, pero muchos años más tarde todavía seguía utilizándose. En las colonias francesas sólo se prohibió definitivamente en 1946, y en las colonias portuguesas todavía subsiste.

D) La movilidad de la población

Las nuevas condiciones de vida económica, implantadas por la colonización, han sido la causa de impresionantes alteraciones en el reparto de la población.

En general puede afirmarse que la población ha aumentado sensiblemente, sin que sea posible saber en qué proporción. Las investigaciones en medecina tropical han hecho retroceder el paludismo, la lepra, el cólera, la enfermedad del sueño, la disentería amibiana, la fiebre amarilla, las filarias y la anquilostomiasis. En muchas zonas, no obstante, estos avances son poco sensibles debido a la débil vitalidad de las poblaciones mal alimentadas y a la emigración de los varones jóvenes hacia las ciudades (lo cual hace descender peligrosamente los porcentajes de natalidad). Por otra parte, los colonizadores han importado ciertas enfermedades (tuberculosis, venéreas, desarrollo brutal del alcoholismo) que tienden a hacer crecer de nuevo los índices de mortalidad.

Los trabajadores negros circulan de un lado a otro en busca de subsistencias y se dirigen a las plantaciones de las compañías o a las ciudades. Las grandes obras públicas (como el ferrocarril Congo-Océan que en 1920—1940 ha estado empleando 20.000 hombres simultáneamente) han vaciado regiones enteras. La emigración se dirige hacia los países donde el trabajo está mejor pagado: de las colonias francesas hacia Ghana y Nigeria, de Mozambique y del Congo hacia Rodhesia. Finalmente, hay que señalar la atracción de las ciudades, donde los jóvenes negros pueden aprender, evadirse de la situación inferior que tienen en la familia campe-

sina y escapar a la autoridad de los jefes tradicionales (que se han convertido en los agentes ejecutivos de los colonialistas).

El éxodo rural en algunas zonas reviste caracteres impresionantes: en el Senegal hay 500.000 habitantes de ciudades por una población total de 2.100.000 habs., en el Congo francés 1/8 de la población vive en los centros urbanos, en el Katanga el 28%, en Ghana el 14%. Naturalmente, esto conduce a la desorganización de la antigua sociedad rural y la regresión brutal de la economía indígena.

El crecimiento de las ciudades africanas no tiene precedentes en la historia de la humanidad. Bamako (Sudán) pasa de 22.000 habitantes en 1939 a 82.000 en 1950; Abidján (Costa de Marfil) de 17.000 a 56.000; Dakar (Senegal) de 30.000 en 1930 a 273.000 en 1955; Brazzaville (Congo francés) progresa de 3.800 en 1912 a 75.000 en 1951 (hay que subrayar que el 90% no ha nacido allí y que 70.000 habitantes tienen menos de 30 años de edad). Leopoldville (Congo belga) salta de 40.000 habitantes en 1939 a 190.000 en 1950, ¡y a 283.000 en 1954!

Destrucción de las estructuras sociales antiguas

El funcionamiento del mercado colonial y los aspectos de la colonización que acabamos de examinar han tenido como principal consecuencia la disgregación de los marcos sociales tradicionales. Las agrupaciones tribales y la familia patriarcal (célula base hasta hace cincuenta años) se disuelven rápidamente. Incluso en las regiones donde la presencia europea es menos aparente, se hace evidente el papel desorganizador de la colonización. Los jóvenes se resisten a aceptar la disciplina patriarcal y las tradiciones en materia de matrimonio.

El bloque tradicional rígido de la antigua familia se disgrega; la familia ampliada se fracciona en matrimonios independientes. En estas condiciones, es lógico que la vieja disciplina familiar sea discutida en nombre del derecho de cada una a disponer como quiera de sus propios recursos.

En todas partes, el hecho esencial es el papel cada vez más importante que juega el dinero. Las autoridades coloniales han presionado intensamente en este sentido y han hecho todo lo posible para difundir la explotación y la propiedad privadas de la tierra (p. ej. el decreto de 1936 aboliendo en A.O.F. los cultivos colectivos). No siempre han obtenido los resultados que esperaban; en general, los bienes de la tribu siguen siendo colectivos aun cuando la explotación ha dejado de serlo: cada uno cultiva el campo a su cargo como quiere. La tierra se ha convertido en fuente de beneficios individuales y, por consiguiente, en objeto de transacción. Los jefes (únicos africanos beneficiarios de la colonización) han plantado vastas extensiones de algodón, cacao y cacahuete, y se han enriquecido. Como en el Próximo Oriente y en África del Norte, los niveles de vida que eran uniformes, se han diferenciado y han aparecido nuevas clases fundadas sobre la riqueza agraria. Más adelante veremos cómo estas «élites» son utilizadas por los nuevos sistemas neocolonialistas.

También hay que tener en cuenta otros factores que no son ni mucho menos secundarios: en las escuelas, los niños adquieren otras necesidades y otras ideas que las de sus padres; en las ciudades, el deporte, el cine y las salas de baile estilo europeo reemplazan las diversiones tradicionales.

La consecuencia de todo ello es la aparición de una sociedad nueva, fundada sobre la riqueza individual y sobre las concepciones importadas por los europeos. De momento, los resultados más visibles de este cambio residen en la aparición de dos elementos sociales nuevos: una pequeña burguesía a la que los autores franceses designan con el nombre de «los evolucionados», y un proletariado negro.

Los «evolucionados» son una capa social procedente de los millones de negros que han ido a las ciudades (donde han aprendido inglés o francés) y que actualmente son comerciantes, médicos, profesores, empleados o funcionarios. Esta

capa pequeño-burguesa experimenta la atracción de la cultura europea y sufre la contradicción que se plantea entre su aspiración a vivir como los blancos y las condiciones de vida, todavía arcaicas, que existen en los barrios africanos. En conjunto forman una verdadera *intelligentsia* que, por la modestia de sus orígenes, por su ambición de suprimir las desigualdades de estatuto político, económico y social, y por su influencia sobre sus hermanos de raza, recuerda mucho ciertas fracciones de la sociedad rusa de los años 1860—1900.

El proletariado, constituído por los obreros industriales asalariados, es todavía poco numeroso (unos 2 millones sobre una población de 140 millones de habitantes del África Negra). Pero esta nueva clase social crece rápidamente y constituye una de las fuerzas importantes que se oponen al mantenimiento de la economía colonial. De momento ha creado ya una central sindical africana independiente: la U.G.T.A.N. (Union Générale des Travailleurs de l'Afrique Noire) y es sabido el papel dirigente que juegan los militantes sindicales en los movimientos nacionalistas negros.

Este proletariado africano representa el 3% de la población total de Ghana, 1% en Nigeria, 7% en Tanganyka, 8% en Kenya, pero 17% en Rhodesia del Sur y 18% en la del Norte. Comparado con el total de varones adultos es el 42% en Rhodesia del Norte, el 53% en la provincia de Leopoldville y el 47% en la de Katanga. En todas partes, la situación de los obreros es mala. El débil rendimiento de su trabajo (1/2 y hasta 1/4 del de los blancos, según las estadísticas de los colonialistas) se explica por la desnutrición, por las pésimas condiciones de vida material y por la falta de instrucción técnica. En los centros urbanos es donde las condiciones son peores. De los 50.000 trabajadores industriales del Senegal, 61% son peones, 21,5% son obreros calificados, 17,2% empleados; en el Gabón, 83% son peones por un 13% de obreros calificados. En todas partes los salarios son bajos: en el Congo belga la media diaria era de 16,60 francos belgas en 1949; en el Camerún de 45 frs. C.F.A.; en el Togo, de 30 a 60 frs. C.F.A.; en el Níger de 42 frs. C.F.A.; en Ghana, (cuando todavía era Costa de Oro), de 2 a 3 shillings; en Nigeria de 9 peniques a 3 shillings. En el Copper Belt de Rhodesia del Norte el minero africano tiene un salario medio de 46 libras esterlinas por año, mientras que el minero blanco percibe 920, es decir, 20 veces más. Las escasas encuestas practicadas sobre las condiciones de vida presentan siempre el mismo cuadro: en 1950, en la «ciudad vieja» de Monbasa (donde las condiciones son superiores a las de muchas ciudades coloniales), el 26% de las casas tenían más de 5 personas por habitación, el 43% de 4 a 5, sólo en el 5% existía una habitación por habitante.

La explotación colonial se incrementa a partir de 1945

El sistema de las requisas y del trabajo forzado entró en una nueva fase de paroxismo durante la segunda guerra mundial. En nombre del «esfuerzo de guerra» las exigencias más extravagantes se abatieron sobre los campesinos, obligándoles a comprar a precios elevados productos que no cultivaban y exigiéndoles que los entregasen al comercio colonial a un precio que, en ocasiones, llegó a 1/10 del que habían pagado al comprarlos. En Conakry (República de Guinea) es muy conocida la anécdota del administrador al que se ordenó que proporcionase una cantidad impresionante de kilos de miel (en una zona en la que no se produce) y que contestó por telegrama: «De acuerdo con la miel. Envíen abejas». Naturalmente, fue castigado por esta insolencia.

Terminada la guerra, a partir de 1945, África ha visto una fantástica afluencia de capitales. En esta nueva etapa, los imperios coloniales son casi exclusivamente africanos. Al ser expulsados de Asia, los colonialistas han tenido que resolver el problema de colocar sus capitales y técnicos en otros lugares. Por esta razón lo primero que han tenido que hacer es equipar los territorios africanos

con puertos, ferrocarriles, carreteras, y también ocuparse del material humano mejorando su estado sanitario, su instrucción, etc., a fin de crear una economía sana estimulando y diversificando la producción agrícola e industrial.

Ya en 1940 el gobierno británico hizo votar un primer *Colonial development welfare Act*, que fue seguido de otros en 1945 y 1950, el *Overseas ressources development Act* de 1948, y en 1953 la *Commonwealth development finance Company* que se dedica a inversiones industriales en diversos territorios. Los franceses, por su parte, elaboraron en 1946 el *Plan décennal* que creó el FIDES (Fonds d'investissement pour le développement économique et social des territoires d'outremer) que se alimenta con subvenciones metropolitanas. Los belgas, en 1949, publicaron el *Plan décennal pour le développement économique et social du Congo belge*. Y hasta los portugueses, cuyo sistema colonial sigue basado en la « Raubwirtschaft », publicaron un *Plan quinquenal* para el período 1953—1958 que no es más que un simple programa de obras públicas.

Pese a ciertos fracasos importantes, como el Plan del Cacahuete para el Tanganyka, en 1947, y el Plan Avícola de Gambia, en 1948, se han creado muchas industrias de transformación, cultivos, pesquerías, explotaciones forestales, etc. Pero estas inversiones y mejoras económicas han desarrollado los inconvenientes del monocultivo y han atado más estrechamente las economías locales a las economías dominantes. En pocas palabras: los llamados planes de inversión y « ayuda » han agravado la dependencia de los países coloniales. He aquí algunas cifras que pueden pasarse de todo comentario: el café y el cacahuete eran en 1950, los 2/3 de las exportaciones del A.O.F.; el café y el cacao el 62% de las del Camerún; el algodón y la madera el 65% de las del A.E.F.; en 1951 el cacahuete representaba el 99% de las exportaciones de Gambia, el tabaco y el té el 78% de las de Nyassalandia, el cacao el 69% de las de Gold Coast (actual Ghana), el sisal el 55% de las de Tanganyka, y los metales y minerales el 95% de las de Rhodesia del Norte.

Así resulta que en lugar de tender a bastarse a sí mismos económicamente, los territorios coloniales dependen cada vez más estrechamente de las metrópolis europeas y de los negocios fabulosos de las grandes compañías. Esto sucede porque las inversiones de los gobiernos metropolitanos — a causa de su sumisión a los intereses de los grandes monopolios — se orientan hacia los sectores que producen un crecimiento rápido de beneficios. Se trata de uno de los más gigantescos ejemplos que pueden ofrecerse del carácter clasista de los Estados del llamado « mundo libre » y de la rapaz voracidad del moderno imperialismo. Los gobiernos de „Occidente" consideran Africa como la gran base mundial de resistencia contra los países socialistas y la convierten en un apéndice de las metrópolis, sin la menor preocupación por su desarrollo armónico.

Sekú Turé, presidente de Guinea, decía en uno de sus discursos: « Sabemos que, en 1956, Costa de Marfil ha importadó 1.308 millones de alcohol y bebidas diversas contra 93 millones de abonos, y el Alto Volta 33 millones de fertilizantes contra 1.450 millones de francos de alcohol. Tratándose de países esencialmente agrícolas, estas cifras no necesitan comentario. Pero no estamos animados por ningún sentimiento de venganza al hacer este balance inverosímil. Sólo queremos demostrar que no seguiremos dejándonos engañar por slogans mentirosos » (12).

El problema religioso

Creemos que un análisis del sistema colonial en Africa no sería completo si dejásemos de referirnos a la actitud de la Iglesia Católica, a la influencia del Islam y a la situación actual de las antiguas religiones autóctonas.

(12) SEKOU TOURÉ: *Expérience guinéenne et unité africaine*. Présence Africaine, París, [illegible]s, s. f., pág. 166.

La ideología religiosa es un reflejo del estado social, pese a que evolucione de una forma, hasta cierto punto, autónoma, y no pueda deducirse *mecánicamente* del mismo. Como reflejo que es del estado social, no es un reflejo inerte, puramente pasivo: al reflejar *todos* los aspectos del estado social, refleja también sus contradicciones, es decir, el fermento mismo de su evolución. Por esta razón, aunque generalmente conservadora, la religión puede expresar — en ciertas circunstancias históricas — fuerzas de tipo progresivo.

Las religiones autóctonas del Africa Negra pertenecen a las múltiples variantes del animismo. No entraremos aquí en la exposición de sus formas diversas, pero diremos que el animismo es local porque refleja la autonomía de cada pueblo viviendo en la economía cerrada propia del estadio tribal. Cuando los marcos tribales empiezan a disolverse, el animismo evoluciona hacia ciertas formas de sincretismo religioso que se esfuerzan por superar el marco local de su concepción del mundo (éste es el sentido que tiene el politeísmo antiguo y, en Africa, el animismo evolucionado del Dahomey).

La disolución completa de los marcos tradicionales heredados de la época tribal, al dejar al individuo aislado frente a los demás, conduce a las religiones de carácter universalista, monoteísta. En Africa estas religiones fueron importadas del exterior (Islam y Cristianismo) y llegaron junto con el comercio, ese fermento disolvente de los viejos marcos sociales comunitarios.

Pero antes de referirnos al Islam y al Cristianismo, creemos interesante detenernos en las dos posiciones sucesivas de los ideólogos europeos frente al animismo africano. Al principio, los ideólogos europeos consideraban condescendientemente las creencias animistas como un cúmulo de supersticiones «groseras» y «bárbaras», demostrativas de una *mentalidad primitiva* y de la incapacidad intelectual africana. Esos señores que se arrodillaban seriamente ante la cruz y que hacían bautizar a sus hijos para lavarlos del pecado original, estallaban en carcajadas ante el «fetichismo» y ante la «magia» africana. Hoy, en cambio, han variado de canción hasta el punto de que el desprecio ha sido substituído por un concierto de alabanzas. El R.P. Tempels estudiando los bantús y el profesor Griaule estudiando los dogon, demuestran que sus creencias no son en absoluto «primitivas» e incluso insinúan que en dichas religiones se encuentra una prefiguración de las concepciones cristianas. Otras voces melífluas elogian el «alma negra», ¡tan religiosa y poética!, para oponerla al abominable materialismo de los blancos. Y aconsejan a los africanos: «Sed fieles a vosotros mismos, apartaos del deplorable modo de vida europeo y de los engañosos atractivos de la ciencia y de la técnica». En conjunto recuerdan sospechosamente a los que hace unos años no encontraban suficientes elogios para la civilización, la filosofía y el alma orientales, oponiendo Lao-Tsé y Confucio al «materialismo» occidental, pero que hoy gritan rabiosamente ante la China de Mao Tse Tung. Por lo visto, la China que amaban era la de los mandarines, de la corrupción de las concesiones extranjeras.

Si hay que creer a las antiguas crónicas bereberes, la penetración del Islam en el Africa Negra se inició hacia el siglo IX. Pero es seguro que sólo a partir del siglo XVIII se inició su difusión entre las masas. Como ya se ha dicho antes, en esa época la evolución social había preparado el terreno para la absorción de las religiones monoteístas. Los primeros conversos fueron los comerciantes (especialmente sarakolés y haussas) que se convirtieron en los propagandistas del Islam hacia el Sur.

Actualmente, el Islam predomina sin discusión al N. del paralelo 10 y progresa hacia el S. de esta línea a la velocidad fulminante de 500.000 conversiones anuales, según el R. P. Bouchard. En el Africa Oriental, las radios del Cairo y de Karachi, los estudiantes formados en Egipto y en el Pakistán, los comerciantes y los misioneros enviados por el movimiento Ahmadiya introducen el Corán «que

frente al Cristianismo gana la plaza inmediatamente» (13). El porcentaje de musulmanes que, en 1946, era el 90% en el Níger, el 85% en el Senegal y el 80% en Guinea, alcanza ahora el 60% en el Sudán y Alto Volta (a pesar de que allí tropieza con el bloque Mossi), el 45% en Nigeria, el 15% en Costa de Marfil, 7% en el Dahomey y Congo, y casi el 20% en Madagascar. En Ghana el número ha crecido en más de un tercio entre 1930 y 1945, en Gambia en más del 25%, y en Guinea portuguesa (donde ya son el 20%) en casi la mitad. En toda el África occidental francesa, británica, portuguesa y Liberia son más de 15 millones de musulmanes para una población de 36 millones de habitantes. En general, para las poblaciones más atrasadas, el Islam aparece como una religión liberadora frente al Cristianismo, al que se le reprochan sus relaciones con la colonización y la sumisión de sus iglesias a una autoridad extranjera (Roma o Londres).

En lo que se refiere a la Iglesia Católica, es muy instructivo hacer un resumen de sus actividades en el Congo belga, su feudo principal.

La Conferencia de Berlín, que como hemos indicado realizó el reparto de África, aprobó estas cuatro líneas en el artículo 6 de su Acta general (febrero 1885): «Las potencias expresan su voluntad de hacer de los territorios de la cuenca convencional del Congo un campo de evangelización cristiana, donde todas las confesiones cristianas disfruten de una protección especial». Con cierto retraso, el 11 de mayo de 1888, el Papa creó el Vicariato Apostólico del Congo belga.

En 1906 una Convención firmada entre la Santa Sede y el «Estado Independiente del Congo» (sic) establece que éste se compromete a conceder a las misiones católicas «las tierras necesarias para sus obras religiosas». A partir de este momento se asiste a una proliferación extraordinaria de las misiones, destinadas a aumentar la importancia de su patrimonio. Hay que señalar que las grandes compañías coloniales aun habían sido más rápidas y habían comenzado a instalarse en 1896. Finalmente, el 28 de noviembre de 1959, a proposición de la Congregación *de propaganda Fide* y de la comisión cardenalicia, el Vaticano ha creado la jerarquía episcopal del Congo belga y del Ruanda-Urundi: todos los Vicariatos Apostólicos han sido transformados en Obispados y se han creado seis Arzobispados.

Esta importante innovación refleja los esfuerzos desplegados por el Vaticano para adaptarse al curso de los acontecimientos. En efecto, en 1908 el cardenal Mercier, primado de Bélgica, publicaba una carta pastoral en la que se cantaban las excelencias de la colonización con estas palabras: «La colonización aparece así, en el plano providencial, como un acto colectivo de caridad que en un momento dado una nación superior debe a las razas desheredadas, y que es como una obligación corolario de la superioridad de su cultura». En cambio, cincuenta años más tarde, concretamente en enero de 1959 (poco después de la explosión de la cólera popular en el Congo), Monseñor Kerkhof, obispo de Lieja, declaraba: «El mundo evoluciona cada vez más deprisa; incluso si fuésemos insensibles desde el punto de vista moral, nuestro interés bien entendido exige que avancemos por la vía de la descolonización». Se ve claramente que entre las dos alocuciones pastorales han soplado nuevos vientos, que el colonialismo está condenado y que la Iglesia quiere sobrevivirlo. Y es que en el Congo belga la Iglesia Católica, además de sus cuatro millones de bautizados, ¡dispone de 216.000 hectáreas de tierra! Si la Iglesia apareciese ligada a las potencias colonialistas (como en los días del Cardenal Mercier) correría el riesgo de ver barridas sus inmensas riquezas «temporales» y su influencia espiritual.

He aquí el fragmento de un relato negro: «Primero llega un blanco con largas barbas y llevando una cruz. Habla con unción del amor, de la paciencia, y de la obediencia. Después viene otro blanco armado con una verga de buey, que te hace trabajar para él. Tú puedes protestar y rebelarte. Pero el blanco

(13) A. GOUILLY: *L'Islam en A. O. F.* Larosse, París 1952.

barbudo te retiene, te promete una recompensa para después de la muerte, y el blanco de la verga de buey se embolsa el fruto de tu trabajo ».

Precisamente eso es lo que se intenta hacer olvidar.

Claro que semejante salto acrobático es de difícil ejecución y, en ocasiones, un tropiezo impide realizarlo con la limpieza necesaria. Por ejemplo: la Iglesia Católica en Guinea. Allí, como en casi toda el Africa Occidental, las misiones católicas han chocado con las masas islamizadas y se han esforzado en desarrollar su acción en las regiones animistas: la costa y la selva. Los resultados han sido flojos. De hecho, la mayor parte de lo conseguido se reduce a las concesiones de terrenos por parte de la potencia colonizadora. Ello ha permitido la creación de empresas industriales y comerciales (imprentas, fábricas de muebles, serrerías) y una especie de negocio bancario basado en la « gestion de fondos » de los catecúmenos y de las pensiones de militares y ferroviarios. Claro, estas bases económicas indujeron a los misioneros a gritar contra el *Rassemblement Démocratique Africain* (R.D.A.) al que estuvieron tachando de « agente del comunismo internacional » hasta 1955. Pero el R.D.A., profundamente enraizado en las masas, llegó al gobierno y poco más tarde consiguió la independencia de la República de Guinea. En estas condiciones, resultan muy poco convincentes las protestas de devoción a la causa africana que se han apresurado a hacer los misioneros de Conakry. El desprestigio de la Iglesia Católica en Guinea es muy grave.

Las cifras conocidas son las siguientes: la Delegación Apostólica del Africa francesa cuenta con 4 millones de católicos para un total de 50 millones de habitantes, la del Africa austral 804.000 por 14.700.000 habs., la de Africa central y oriental 4,5 millones por 67 millones de individuos, y la del Congo belga y Ruanda-Urundi 4.660.000 sobre 15.500.000.

Las misiones protestantes, que progresan rápidamente bajo la influencia americana, que se ha intensificado desde 1936, cuentan con 1.500.000 fieles.

Los movimientos de liberación nacional

El análisis que acabamos de hacer del sistema colonial y de sus resultados permite deducir una conclusión fundamental: el desarrollo de las contradicciones del propio sistema colonial ha creado las condiciones objetivas para que sea posible su caída.

En efecto: los progresos de la economía de mercado, el desarrollo de las vías de comunicación, las diversas formas de superexplotación colonial que van desde el régimen de reservas al trabajo forzado, las impresionantes alteraciones en el reparto de la población que han fundido grupos humanos de diversas procedencias, la agravación de la suerte de los campesinos en las zonas más alejadas, etc., etc., han destruído las antiguas estructuras sociales y las economías locales cerradas y han modelado una nueva sociedad africana con sus grupos dirigentes en la intelectualidad de las ciudades y en el proletariado.

La misma difusión de la enseñanza europea, por reducida y limitada que haya sido, y aun reservada a una minoría, ha dado a algunos africanos la posibilidad de analizar las causas de su propia condición y de encontrar los medios para liberarse de ella. Los colonialistas hubieran querido prescindir de la enseñanza, y así lo manifestaron en diversas ocasiones. Pero no podían evitar este « mal necesario » para procurarse un mínimo de cuadros subalternos, indispensables para el funcionamiento de su máquina administrativa y económica. El propio envío de soldados negros a los frentes de la última guerra abrió los ojos de muchos africanos sobre el mundo exterior.

Un factor importante, que no hay que olvidar, ha sido el reforzamiento de la explotación colonial a partir de 1945. Al forzarse el ritmo de la colonización,

todas las contradicciones que venían desarrollándose más o menos lentamente, se agudizaron al extremo y motivaron la toma de conciencia nacional por parte de las masas explotadas. Es precisamente por esta razón que los años 1946—1950 han visto la aparición de partidos políticos y sindicatos que agrupan multitudes entusiastas: son el *Rassemblement Démocratique Africain (R.D.A.)* en la antigua A.O.F., el *Bloque Democrático Senegalés*, el *Partido Togolés del Progreso*, el *Partido Progresista Sudanés*, el *Movimiento Democrático de Renovación Malgache*, la *Unión de las Poblaciones Camerunesas (U.P.C.)*, el *Partido de la Convención del Pueblo* del Dr. Kwame N'Krumah que ha llevado la antigua Costa de Oro a convertirse en el actual Ghana, el *National Congress of Nigeria and Cameroons (N.C.N.C.)* del Dr. Azikiwé, y el *Grupo de Acción* de Awolowo en la Nigeria occidental. El sindicalismo africano ha encontrado graves dificultades; todavía hoy está prohibido en Africa del Sur, y en el Congo belga ha estado sometido a una estrecha vigilancia policíaca hasta la independencia. En cambio, en Nigeria, desde 1938, están autorizados los sindicatos y reconocido el derecho de huelga. En Costa de Oro, la *Trade Union Congress* se creó en 1946, y en 1947 se autorizó la formación de sindicatos en los territorios franceses y en Rhodesia del Norte.

Más adelante nos referiremos a algunas de estas organizaciones políticas, pero ahora creemos que tiene especial interés fijar la atención en dos cuestiones concretas: el panafricanismo y la experiencia de Guinea.

El movimiento panafricano

La etapa de los movimientos de liberación nacional comprendida entre 1946 y 1956 se caracterizó por una serie de luchas, muchas de ellas durísimas, pero absolutamente aisladas unas de otras. El potente levantamiento nacional que tuvo lugar en 1949, después del ametrallamiento de los mineros de las minas de carbón de Enugu, se limitó esencialmente a Nigeria. La vasta campaña de 1950 a favor del «autogobierno inmediato» dirigida por el Dr. N'Krumah encontró muy poco eco en las demás regiones de Africa. El estado de alarma declarado en Kenya en 1952 y los métodos crueles de represión, incluída la condena de Jomo Kenyatta, el admirable dirigente del movimiento de liberación nacional, apenas lograron levantar más que un débil movimiento de solidaridad en Africa.

En cambio, una situación nueva se ha creado a partir de la conquista de la independencia de Ghana, en 1957. Ahora la liberación de Jomo Kenyatta es una reivindicación que encuentra eco a través de todo el continente. El boicot a las mercancías sudafricanas, dirigido contra los métodos racistas de aquel país, se practica con entusiasmo en todas partes. Cuando en marzo de 1959 el Gobierno británico emprendió la represión del movimiento nacional de Nyassalandia, el Partido de la Convención del Pueblo de Ghana hizo un donativo de 10.000 libras para ayudar a las familias de los presos.

Es evidente que la lucha por la liberación se desarrolla en los diferentes territorios con formas diversas, pero todas constituyen los elementos de una vasta lucha panafricana consciente, para la liberación del yugo del imperialismo. Todavía es más significativa la aparición de una conciencia común a todas las naciones del continente africano. Su expresión más clara se formuló en la resolución de la Conferencia de Accra, de diciembre de 1958, a la que asistieron representantes de 62 organizaciones de 28 países que propusieron la consigna: «Pueblos de Africa, uníos. No tenéis nada que perder más que vuestras cadenas, en cambio tenéis un continente que ganar».

La experiencia de Guinea

Al referirnos a los movimientos de liberación nacional, resulta obligado un examen, aunque sea sumario, de la experiencia de Guinea. Guinea es, de todos los países africanos independientes, el que hoy se encuentra a la cabeza del movi-

miento, por haber roto decididamente todos los compromisos con el imperialismo. Después veremos que esto no ha sucedido en todas partes y porqué. La causa fundamental de este carácter tan destacado de Guinea no consiste sólo en la calidad de sus dirigentes, sino en haber puesto en pie un organismo político (el Partido Democrático de Guinea) enérgicamente enraizado en las masas, extraordinariamente sensible a los intereses del pueblo africano, y sólidamente estructurado sobre los principios del centralismo democrático.

En 1946 tuvo lugar la histórica Conferencia de Bamako a la que acudieron representantes de todos los territorios coloniales franceses de la A.O.F. Cuidó de la organización el *Parti Démocratique de Côte d'Ivoire*, dirigido por Houphouët Boigny. La Conferencia de Bamako sentó las bases del movimiento anticolonialista, fundó el *Rassemblement Démocratique Africain (RDA)* y definió sus tres principios básicos: democracia, igualdad de los hombres y libertad de los pueblos. Con estos tres principios, el R.D.A. se oponía a la antigua jerarquía social de la vida africana, dominada por el espíritu de casta, de clan o de religión, que ya no correspondía a las nuevas condiciones de la sociedad africana y frenaba su voluntad de progreso. Al regresar de la Conferencia, los dirigentes guineanos, entre ellos Sekú Turé, crearon la sección guineana del R.D.A. que después se convertiría en el *Partido Democrático de Guinea (P.D.G.)*.

La etapa siguiente se desarrolló bajo el sistema de la *Loi Cadre*. Los colonialistas franceses al observar la organización del R.D.A. que plasmaba la realidad del movimiento unitario africano, y sacando consecuencias de su fracaso en Indochina y en África del Norte, promulgaron la *Loi Cadre* con el propósito de dividir las estructuras unitarias de la A.O.F. y de la A.E.F. en una serie de pequeños territorios sabiamente recortados, a los que se concedía cierta autonomía interna, con el objeto de crear oposiciones entre ellos y romper así su frente unido. La *Loi Cadre* era para los colonialistas una aplicación práctica del viejo principio «divide y vencerás», pero para los pueblos africanos era un primer paso en la conquista de la autonomía interior, en espera de dar otros pasos más importantes.

Dentro de los marcos de la *Loi Cadre*, el P.D.G. llevó a cabo una lucha difícil, soportando una represión salvaje (decenas de militantes asesinados, cientos de presos, funcionarios destituídos, etc.), pero en las elecciones a la Asamblea Territorial de marzo-mayo de 1957, logró una gran victoria conquistando 57 de los 60 puestos que salieron a votación. Ello le permitió reforzar extraordinariamente sus lazos con las masas. Con motivo de esta victoria, el 12 de mayo de 1957, Sekú Turé soltó desde la tribuna oficial de Donka un halcón que él mismo había cazado en Siguiri, durante la campaña electoral. Dijo que ese halcón simbolizaba la libertad de Guinea y que llevaría el grito de la libertad a todas las regiones de África sobre las que volase.

En septiembre de 1957 se reunió en Bamako el segundo Congreso del R.D.A., donde Houphouët Boigny, como presidente del mismo, propuso transformar cada territorio de la *Loi Cadre* en una República ligada directamente con Francia. En aquella época todavía todos los delegados admitían la idea de la Comunidad franco-africana (después se han dado cuenta de que la palabra comunidad para los colonialistas significa la comunidad de intereses del jinete y del caballo), pero ya entonces se daban cuenta de que consagrar la división de la antigua unidad anticolonialista era dar un fatal paso atrás. Así fue como Houphouët Boigny abandonó la revolución africana y comenzó a marchar en la línea del compromiso con los imperialistas, tal como los hechos posteriores lo han demostrado. Leopold Senghor que en agosto de 1960, con motivo de los acontecimientos del Mali, pasaría también a traicionar la revolución africana) calificó entonces exactamente la tentativa de Houphouët Boigny: se trataba de la «balkanización» de la A.O.F. y de la A.E.F. En los debates se distinguió especialmente Sekú Turé por sus firmes posiciones resueltamente anticolonialistas y en favor de la unidad africana.

Llegó el golpe de Estado del 13 de mayo en Argel y la ascensión del general De Gaulle al poder. Aun antes de ser conocido el proyecto de constitución de la *Communauté*, Houphouët Boigny inició la campaña en favor del «sí» al referéndum. Cuando fué conocido el proyecto de constitución, resultó claro que se trataba de profundizar la división de la *Loi Cadre*, de romper la unidad africana y de reducir a la impotencia la lucha política de los pueblos africanos. Sekú Turé se expresó con toda claridad: «Consideramos eso como una tentativa de reconquista colonial» (14). Y unos días más tarde, denunciaba en Conakry las cínicas palabras de un artículo de Michel Debré (conocido entonces como confidente del general De Gaulle), en el que decía: «El efecto psicológico, y por tanto la aceptación de las fórmulas propuestas, es más importante que su valor propiamente jurídico, político o lógico ... Jurídicamente, para los territorios de Ultramar, el referéndum significará renunciar a la independencia» (15).

Por todas estas razones, cuando el general De Gaulle visitó Conakry en su «tournée» de preparación del referéndum, y pronunció un amenazador discurso para el caso de que Guinea votase «no», Sekú Turé le contestó con gran valentía las palabras que se han hecho célebres hasta en el último rincón de Guinea: «Nosotros tenemos una primera e indispensable necesidad, la de nuestra dignidad. Y como no hay dignidad sin libertad ... preferimos la pobreza en la libertad a la riqueza en la esclavitud».

La difusión de estas palabras como consigna, y la intensa labor del P.D.G. explicando a las masas el significado del referéndum, fueron las causas del éxito extraordinario de la votación del 28 de septiembre de 1958: 1.130.292 «no» por 56.959 «si». En la circunscripción de Guéckedou hubo 1 «sí» frente a 57.070 «no», y en la de Faranah no hubo ni un solo «sí» frente a los 33.194 «no». Al día siguiente, sin haberse derramado ni una gota de sangre, Guinea era un país independiente.

Para dar una idea de la vitalidad del P.D.G., creemos que bastará transcribir estos datos, relativos al trabajo prestado voluntariamente por los guineanos, y recogidos por el V Congreso del P.D.G. (Conakry 14-17 septiembre de 1959): 8.060 kms. de carreteras — ¡más en un solo año que en los 60 años de dominación colonial! —, 335 escuelas, 672 puentes, 2.440 campos colectivos, 227 almacenes, etc.. Y hay que añadir que desde octubre de 1958 a marzo de 1959 se percibieron en su casi totalidad los atrasos de impuestos del período 1955—1958, y el impuesto de 1959 fue recaudado en más del 90% durante el primer trimestre del año. Difícilmente podría encontrarse una demostración más concluyente a las palabras de Sekú Turé: «No hay pueblos más o menos maduros para regir sus propios destinos. Todos los pueblos son capaces en cualquier momento de administrarse a sí mismos, de desarrollar su personalidad. No hay pueblos menores, sino bajo la esclavitud o la opresión extranjera» (16).

Las diversas políticas coloniales

Las dos políticas británicas

Los territorios británicos están regidos por el sistema del *Indirect rule* practicado de una manera empírica desde hace mucho tiempo, y sistematizado por Lord Ludgard en su *Political Memoranda* de 1918 y en su *Dual Mandate in British Tropical Africa* (1922). Este sistema, basado en la idea de conceder una cierta autonomía a las autoridades tradicionales, ha producido de hecho dos políticas radicalmente distintas según sus modalidades de aplicación práctica.

(14) Conferencia de Sekú Turé en Dakar el 28 de agosto de 1958.

(15) Artículo de Michel Debré en el número del 7 de agosto de 1958 de «*Le Courrier de la Nation*»

(16) SEKOU TOURÉ: Op. cit., pág. 172.

A) En el Africa occidental británica

En la Nigeria del Norte, los emires conservan sus poderes autónomos y están dotados de recursos regulares y de tribunales. En Costa de Oro (actual Ghana), los jefes indígenas vieron restituída una parte de su autoridad y de su prestigio cuando en 1921 se restableció el Trono de Oro del pueblo Ashanti, y en 1925 fueron reconocidos los poderes de los 63 principales jefes de la colonia.

En esa época y en los años que siguieron, Costa de Oro aparecía como el territorio más evolucionado. La mayoría de sus habitantes eran pequeños productores de cacao, pero también se extraía oro, diamantes y bauxita. Nigeria era ya entonces el territorio más poblado de Africa (actualmente cuenta de 35 a 40 millones de habitantes), ricas minas de estaño y carbón y gran exportador de copra, aceite de palma y cacao. Un campesinado abundante y relativamente próspero le daba un nivel de vida excepcionalmente elevado para la media de Africa, y había también una capa de comerciantes activa y dinámica. En las ciudades apareció muy pronto una « intelligentsia » de médicos, abogados y funcionarios que habían estudiado en Inglaterra o en Estados Unidos y que reclamaban la emancipación. En el interior, no obstante, los jefes tradicionales (en su mayoría musulmanes) intentaban preservar y desarrollar su poder burocrático sobre las masas campesinas. La administración británica ha jugado mucho tiempo oponiendo unos a otros.

La situación varió rápidamente al terminar la guerra, por las causas que ya conocemos y por el retorno de los 80.000 soldados reclutados en Costa de Oro y de los 100.000 de Nigeria, cosa que planteó problemas serios y provocó una nueva ola de agitación que ya no se reducía solamente a los « evolucionados ». Se crearon partidos políticos que, gracias a la radio y a la prensa, crecieron rápidamente. En 1947 se fundó la *United Gold Coast Convention*, teniendo como secretario al Dr. N'Krumah, el cual, en 1950, se separó de sus aliados y fundó el Partido de la Convención del Pueblo (C.C.P.) con el programa de transformar Costa de Oro en un *dominion* británico con el antiguo nombre de Ghana. Se trata de un partido popular que prescinde de las diversidades étnicas, tribales y religiosas, a pesar de que en esa época aún se manifestaban vigorosas en el Norte y en el país de Ashanti. En Nigeria, como ya se ha dicho, hay el N.C.N.C. *(National Congress of Nigeria and Cameruns)* que dirige el Dr. Azikiwé y que realiza una violenta campaña antibritánica a base de cinco diarios y semanarios nacionalistas, a través de los cuales recluta militantes hasta en el Dahomey.

Los proyectos de constitución se suceden unos a otros En Costa de Oro: Constitución Burns (del nombre del gobernador) de 1946, proyecto preparado por la comisión Coussey que N'Krumah rechazó en 1950 e hizo substituir por otro que preveía la autonomía completa. En Nigeria: Constitución Richards en 1946, Constitución McPherson en 1952 (ambos textos pretendían dividir Nigeria en 3 regiones: Norte, Este y Oeste) y finalmente Constitución federativa de 1954. En 1956 nuevo texto para Costa de Oro (la cuarta constitución de este territorio en diez años) que preparó la independencia instituyendo un régimen descentralizador. N'Krumah salió de la cárcel para ocupar el cargo de primer ministro.

Ghana conquistó finalmente su independencia en marzo de 1957, como *dominion* británico, y se ha transformado en 1960 en República ligada al Commonwealth. Con este motivo, la tarde del pasado día 30 de junio, el último gobernador general británico, Lord Listowell, fue conducido con gran pompa al avión que salía para Inglaterra. El Dr. N'Krumah, con una idea muy clara de la situación y una notable humildad, declaró el pasado mes de abril ante la Conferencia africana reunida en Accra: « Estoy dispuesto a seguir las directrices de cualquier líder africano que sea capaz de guiarnos hacia el gran objetivo de nuestro tiempo: la unidad ».

La independencia de Ghana proporcionó inmediatamente un gran impulso a la lucha por la liberación de Nigeria, país casi cinco veces mayor que Ghana y cuya población es más de siete veces más importante. En 1958 se llegó a un acuerdo con el gobierno de Londres, mediante el cual la independencia de Nigeria será un hecho en octubre de 1960.

Así pues, vemos que a partir de 1945 (las constituciones de Sierra Leona y de Gambia de 1951 y 1954 también tienden a la autonomía), Gran Bretaña ha abandonado progressivamente el régimen del *indirect rule* en sus territorios del occidente africano y ha adoptado una política que consiste en «marcharse para quedarse con más seguridad», con lo cual se consigue mantener las relaciones económicas que son las que cuentan.

B) En el Africa oriental británica

Desde la Unión Sudafricana al Sudán se extienden los territorios británicos con colonos blancos permanentes, sobre altiplanos muy elevados donde, en plena zona tropical, la colonización europea es posible. Este es el caso de las dos Rhodesias, Nyassalandia, Tanganyka, Uganda y Kenya. Aquí es donde se plantean los problemas racistas y donde la aplicación del *indirect rule*, con un criterio completamente distinto, ha dado lugar a una política totalmente diferente de la seguida en los territorios occidentales.

En Rhodesia del Sur, los blancos han pasado de 40.000 en 1934 a 65.000 en 1953; se han adjudicado 185.000 km², mientras que 1.500.000 africanos sólo disponen de 115.000; además no aceptan más que inmigrantes ricos para evitar que se forme un proletariado blanco como en Sudafrica. El conjunto de las dos Rhodesias y Nyassalandia fue transformado a fines de septiembre de 1953 en la «Federación Centroafricana» con una población total de 6.500.000 habs. (contando africanos y europeos). El objetivo que se persigue con esta «federación» es poner a disposición de la Rhodesia del Sur, bastión de la influencia europea en Africa central y donde hay 1 europeo por cada 14 africanos, la mano de obra de Nyassalandia (que cuenta 350 veces más africanos que europeos) y las materias primas, sobre todo el cobre, de la Rhodesia del Norte.

En 1958, el regreso a Nyassalandia de uno de los principales dirigentes africanos, el Dr. Banda, provocó manifestaciones de entusiasmo que fueron reprimidas salvajemente. El movimiento se extendió a Rhodesia y se cometieron tales excesos que una comisión investigadora — la comisión Devlin — se vio obligada a reconocerlos y a condenarlos. Ha sido designada una nueva comisión, presidida por Lord Monkton (casualmente presidente de la *Irak Petroleum*), con el fin de resolver sobre el futuro de la «federación». El partido africano, pese a que casi todos sus dirigentes están en la cárcel, lleva a cabo una lucha más ardiente que nunca contra el principio de la federación.

Más al Norte, en Tanganyka, Uganda y Kenya, Inglaterra que ha perdido parte de sus bases militares en el Mediterráneo, ha creado aquí un reducto potente que pueda servir de eventual plataforma de operaciones sobre Asia Menor, Próximo Oriente y Océano Indico (no hay que olvidar la proximidad de la base de Aden y de las regiones petrolíferas del Golfo Pérsico).

En Kenya, donde los colonos blancos son más numerosos, y donde el comercio está en manos de blancos y de hindús, la tensión racial entre los tres grupos es muy grave. La *colour bar* es tan rigurosa como en Sudáfrica. Se calcula que en Kenya viven unos 180.000 hindús, la mayor parte en Nairobi, ciudad que a veces toma un sorprendente aspecto asiático cuando aparecen letreros en urdú y en bengalí. Los blancos reclaman el *self-government* para agudizar la tensión racial y expulsar a los asiáticos. Los africanos más exigentes en pedir la devolución de las tierras son los kikuyu, obligados a una densidad de 200 habi-

tantes por km² sobre tierras prácticamente estériles. Ellos fueron los organizadores del movimiento Mau-Mau a fines de 1948. En noviembre de 1959, el ministro británico de colonias Mac Leod, anunció el fin del estado de excepción, pero concedió al gobernador británico poderes especiales idénticos a los que le atribuía el estado de excepción que ha durado desde 1949 a 1959. El *Partido de la Unidad* (que agrupa al 70% de los colonos europeos) considera demasiado blanda la política del gobierno y preconiza medidas todavía más reaccionarias. El *Partido Nacional de Kenya* (al que pertenecen la mayoría de los asiáticos y algunos europeos) propone un plan de diez años para llegar a la independencia. El *Movimiento para la Independencia de Kenya* (que agrupa a los africanos) y que dirige Tom Mboya, no está legalmente reconocido por los ingleses, bajo pretexto de que no admite a todas las razas, pues en el no hay europeos. El 18 de enero de 1960 debía tener lugar en Londres una Conferencia para tratar del futuro estatuto de Kenya, pero las reuniones se interrumpieron el primer día a causa de que los ingleses no quisieron admitir como consejero de la delegación africana a un antiguo dirigente del movimiento Mau-Mau.

En Tanganyka también hay una población asiática importante. Se calcula en unos 100.000 hindús (de los cuales 20.000 residen en Dar-es-Salam, considerado como uno de los feudos de los adeptos del Aga Khan). Las elecciones de 1959 fueron cuidadosamente preparadas para impedir que la *Unión Nacional Africana* dirigida por Julius Nyerere, lograse la mayoría. No obstante, la política acertada de Nyerere que pactó la unidad con los elementos progresistas europeos y asiáticos, logró una gran victoria en las elecciones. A pesar de todo, en Tanganyka, donde los africanos son 400 veces más numerosos que los europeos, éstos controlan nueve ministerios de un total de doce.

La política francesa

En los territorios franceses, la vida económica está dominada — como hemos visto — por algunas potentes compañías y sus filiales que realizan negocios excelentes (« en bonnes années leurs bénéfices se rapprochent du capital nominal » dice René Dumond). Aquí se notaron especialmente los efectos de la segunda guerra mundial que obligaron a la población negra a un esfuerzo sin precedentes: régimen de trabajo forzado, entrega obligatoria de productos (especialmente caucho) que agotó rápidamente las tierras, requisas, fuertes presiones fiscales, etc.

La Conferencia de Brazzaville (1944) tuvo por objeto elaborar la doctrina colonial francesa para después de la liberación. La Conferencia recomendó un régimen de estatutos particulares para cada territorio, que los conducirían gradualmente a una autonomía del tipo de los *dominions* ingleses, pero la Asamblea Constituyente de París se decidió por otra solución y estableció la *Union française* en octubre de 1946. El derecho electoral, primero muy limitado, se fue extendiendo y el número de electores pasó entre 1946 y 1952, de 131.000 a 425.000 en Guinea, de 9.571 a 50.000 en Togo, de 38.000 a 566.000 en el Camerún, de 192.000 a 660.000 en el Senegal, de 176.000 a 906.000 en el Sudán.

Los acontecimientos posteriores (constitución del R.D.A., *Loi cadre*, triunfo electoral del R.D.A. en 1957, papel jugado por Houphouët-Boigny, establecimiento de la *Communauté* gaullista) ya han sido referidos al tratar de la experiencia de Guinea.

Pese a la estructura de la *Communauté*, cada vez se desarrolla con más potencia la idea panafricana. El Senegal y el Sudán se unieron en enero de 1959 constituyendo la Federación del Mali. Costa de Marfil, Alto Volta, Níger y Dahomey, en abril de 1959, formando el Consejo de la Entente. La Unión de Repúblicas del Africa Central (U.R.A.C.) ha sido creada en abril de 1960 agrupando al Tchad, República Centroafricana (antiguo territorio de Ubangui-Chari) y Congo francés. Frente al incontenible movimiento unitario, los colonialistas franceses desarrollan

toda clase de intrigas para dividir entre sí a esos países, a fin de dominar más cómodamente el mecanismo de la *Communauté*. Los recientes acontecimientos del Mali (agosto-septiembre 1960) muestran hasta qué punto los colonialistas son todavía capaces de utilizar a ciertos líderes africanos (en este caso Mammadú Dia y Leopold Senghor) para obtener la secesión del Senegal.

Más adelante nos ocupamos de las diversas « técnicas » neocolonialistas.

La política belga

La explotación de los recursos del Congo fue metódicamente organizada bajo la dirección de potentes compañías privadas que dependen de grandes grupos financieros como la *Banque Empain*, la *Societé Commerciale et Minière du Congo*, *Unilever* y sobre todo la *Societé Générale de Belgique*, ya mencionada. Esta última, gigantesca organización monopolista, controla 65 filiales entre las que figuran: la *Union Minière du Haut Katanga* (cuyo agente Moisés Tschombe figura como jefe del pretendido « gobierno » de Katanga), el *Comité National du Kivu*, el *Chemin de Fer du Bas Congo au Katanga*, la *Forminière* (Compagnie Forestière et Minière), las *Huileries du Congo Belge*, la *Compagnie du Kassai*, etc.

Estas compañías poseen concesiones extensas y su actividad se basa en la exportación de los productos mineros y agrícolas destinados a los mercados exteriores. La explotación aumentó enormemente durante la guerra, a causa de los pedidos aliados de caucho, wolframio, estaño, uranio, cobre, cobalto, etc. Esta explotación que no se ocupa en absoluto de la producción de alimentos para la población, no dispone de mercado interior. El tercio del presupuesto congolés de 1952 se alimentaba de los impuestos pagados por la *Union Minière du Haut Katanga*, dato que ilustra suficientemente hasta qué punto las finanzas del Congo dependen de los monopolios internacionales.

Las autoridades belgas han mantenido un régimen entre policíaco y paternalista en todos los terrenos. Enseñanza en lengua vernácula encargada a las misiones subvencionadas por el Estado (de las que el 85% son católicas), las cuales se niegan a proporcionar conocimientos superiores. Su objetivo se limita « a la disciplina moral, las ideas de higiene, de progreso, de respeto y de simpatía por nuestra empresa colonial ». Para impedir la promoción de la juventud, incluso estaba prohibido a los congoleños ir a efectuar estudios en Bélgica. Actualmente no hay todavía en el Congo ni un solo médico negro.

La misma situación en los terrenos político y administrativo: no había derecho de voto, el africano estaba considerado incapaz para defender sus derechos por sí mismo, no había vida sindical ni libertad de expresión. El Código del Trabajo castigaba con penas de prisión las infracciones a la «disciplina del trabajo ». La *colour bar* no estaba establecida legalmente, pero una ley de 1952 hacía imposible el matrimonio entre africanos y europeos. En las ciudades separadas de Leopoldville los negros no podían entrar en los barrios europeos a partir de las 9 de la noche. La divisa del Ministerio de Colonias belga resume perfectamente la situación: « sin élites no hay molestias », y estas cifras la ilustran prácticamente: en los escalones superiores y medios de la administración había 3 funcionarios africanos por 4.600 europeos, los 25.000 hombres que constituían el ejército estaban encuadrados por 1.000 oficiales belgas y sólo había 30 mandos negros, el más elevado de los cuales era sargento mayor.

En 1952 se inició un esfuerzo muy tímido para levantar la *colour bar* real: admisión de los niños negros « que ofrezcan garantías de educación y de buen carácter » en las escuelas para europeos, obligación para las compañías de transporte de admitir en primera clase a los viajeros negros que puedan pagar el precio, y — finalmente — creación en Leopoldville, en 1954, de una *Universitè Lovanium*, dependiente de los jesuítas de Lovaina, para los africanos que deseasen cursar estudios « de medicina y de agricultura ».

Con estas medidas, los belgas estaban tranquilos y satisfechos de haber convertido el Congo en uno de los grandes negocios del siglo: de 1949 a 1959 las sociedades monopolistas obtuvieron 60 mil millones de francos belgas de beneficios (más de 700 mil millones de pesetas). Solamente la *Union Minière du Haut Katanga* produce el 8% de cobre de todo el mundo, el 75% del cobalto y casi el 90% de la producción mundial de radio.

No obstante, por las mismas razones que en todas partes, aquí también se empezó a desarrollar el nacionalismo y el deseo de reformas políticas. Los primeros síntomas aparecieron en 1956. En 1958 se fundó el *Mouvement National Congolais (M.N.C.)*, entre cuyos principales líderes estaba Patrice Lumumba. Consciente de la situación, el gobierno belga anunció que preparaba un proyecto de reformas que llevaría el Congo a la independencia ¡en un plazo de treinta años! Días antes de la publicación del proyecto, el 4 de enero de 1959, en Leopoldville, donde el 50% de los trabajadores se encontraban en paro forzoso, tuvo lugar una reunión que fue ametrallada por las fuerzas belgas. Es cierto que durante los tres días siguientes fueron asaltados almacenes, misiones y comisarías de policía y que hubo algunos heridos europeos, pero, según el comunicado del propio gobierno belga, todos los muertos (no se sabe si 200 o 400) fueron negros. Entonces, en Bruselas, se elaboró una nueva constitución para conceder la independencia en un plazo de cuatro años. Como se ve, se trataba de ganar tiempo. En octubre de 1959, en Stanleyville, se repitieron los acontecimientos de enero y Lumumba fue detenido y condenado. Pero en enero de 1960 el gobierno belga se vio obligado a liberar a su prisionero ... para que tomase parte en la Mesa Redonda que, en Bruselas, tenía que decidir sobre el porvenir del Congo. La reunión de Mesa Redonda pasó por momentos difíciles, sobre todo cuando los congoleños plantearon preguntas tan delicadas como la del uranio vendido por los belgas a los norteamericanos por un precio demasiado amistoso; pero se decidió que el Congo sería independiente el día 30 de junio.

La República del Congo nació con las manos atadas. Dividida en provincias autónomas por una constitución federalista, endeudada en unos 50 mil millones de pesetas a causa de la huída de capitales, carente de Banco Nacional, y con una sangría anual de unos 15 mil millones de pesetas por exportación de dividendos de las grandes compañías. Pero esto no es todo. Los colonialistas prepararon las cosas para recuperar enseguida el mejor bocado del pastel: el Katanga (nada más y nada menos que el 60% de los recursos del ex-Congo belga). Para colocar a Moisés Tschombe a la cabeza del gobierno provincial del Katanga, se hizo una modificación de la ley electoral y, once días después de la independencia, Tschombe (que contaba con sólo 8 diputados de los 15 del Parlamento provincial) declaró la independencia de su provincia, solicitó la ayuda de «nuestros colaboradores belgas» y acusó de «obediencia comunista» al gobierno central de Lumumba. Falta revelar un pequeño detalle: el *día antes* de la secesión del Katanga, las acciones de la *Union Minière* empezaron a subir en flecha en las bolsas de Bruselas y de Londres. Todo había sido cuidadosamente preparado.

La política portuguesa

Durante mucho tiempo las colonias africanas de Portugal han sido calificadas como la «zona de silencio del colonialismo». Esto se debe al atraso del desarrollo económico (todavía en el estadio pre-industrial) y al muro de silencio levantado por la dictadura fascista de Oliveira Salazar. Oficialmente, estos territorios no son colonias ni protectorados, sino provincias del Estado portugués regidas por los mismos métodos que la metrópoli. La realidad, como vamos a ver, es muy distinta.

El 70% de la producción agrícola de Angola procede directamente de la agricultura indígena practicada en las tierras tribales. La administración colonial

fija oficialmente los precios a que los africanos deben vender la producción a las compañías monopolistas encargadas de la exportación. La miseria a que se ven así reducidos los cultivadores negros se agrava a causa del sistema de monocultivos: en 1953, más de 570.000 campesinos de Angola y de Mozambique fueron obligados a plantar algodón sobre una extensión superior a las 320.000 hectáreas. Estos cultivos obligatorios, aparte de que agotan las tierras, suponen la reducción de las zonas dedicadas a cultivos para la alimentación en unos países donde el hambre es crónica.

El trabajo forzado está en pleno desarrollo. El procedimiento utilizado es el siguiente: la ley local exige que todos los hombres y mujeres prueben que han trabajado durante seis meses del año anterior a la declaración; los que no pueden probarlo son enviados al trabajo obligatorio y se convierten en *contratados*, es decir, que los empresarios portugueses a los que son proporcionados, firman por ellos. Hace unos años, el arzobispo de Luanda en una memoria dirigida al gobernador de Angola manifestaba que este sistema de trabajo forzado era responsable de los escasos progresos del cristianismo entre las masas campesinas. En ese documento, el arzobispo revelaba que las autoridades administrativas venden cada trabajador *contratado* a un precio que varía entre los 1.000 y los 1.200 escudos. El sistema de trabajo forzado es la causa de la desintegración de millones de familias africanas, del desarrollo de la prostitución entre las mujeres, del descenso de la natalidad y de la continua elevación de la mortalidad infantil.

Las compañías coloniales, como en toda Africa, disponen del cuasi-monopolio del comercio de importación. En 1958, el 10% de las importaciones de Angola ha correspondido a la partida de alcoholes y bebidas. El mismo año, el total de maquinaria industrial y agrícola y medicamentos importados fue inferior en 80 millones de escudos al valor de los vinos importados. En Mozambique, entre 1951 y 1955, cada africano consumía *anualmente* 1 kg. de carne y 1 litro de leche, mientras que el consumo de vinos portugueses en 1958 ha sido de 5 litros por habitante (incluyendo los niños de todas las edades).

En cambio, los negocios de las compañías coloniales son excelentes: la *Sociedade de Agriculture Colonial*, la *Banca de Angola*, la *Diamang* (Companhia dos Diamantes de Angola), la *Comgeral*, la *Purfina*, la *Companhia Agricola do Cassequel* y la *Sena Sugar States Ltd.*, llamadas «los siete grandes», han elevado en 1957 sus beneficios netos anuales a una media del 49% del capital invertido.

Respecto a la situación sanitaria de la población, dan una idea estas cifras: en Angola, el territorio más poblado de colonos portugueses, en 1957 había un hospital por 280.000 habitantes, una enfermería con menos de 30 camas para cada 10.000 personas, un médico para cada 20.000 y un enfermero para cada 10.000.

Dada la situación política, las organizaciones nacionalistas de las colonias portuguesas tienen carácter clandestino. Son: el *Partido Africano de la Independencia (P.A.I.)* que actúa en la Guinea portuguesa, el *Movimiento Popular de Liberación de Angola (M.P.L.A.)* y la *Unión de las Poblaciones de Angola (U.P.A.)*. Recientemente el P.A.I. y el M.P.L.A. se han unido en el *Frente Revolucionario Africano para la Independencia Nacional (F.R.A.I.N.)*. Sus representantes en la Segunda Conferencia de los Pueblos Africanos manifestaron su identificación con los principios de la unidad africana y su propósito de luchar hasta el fin contra los colonialistas portugueses, sin aceptar soluciones de compromiso.

El neocolonialismo

Las potencias colonialistas han aprendido la lección de su fracaso en Asia y han cambiado de actitud. Las palabras «imperio» y «colonia» han dejado de usarse, y han sido substituídas por «Union française», «Communauté», «territorio» y «Commonwealth». Hasta en la Constitución portuguesa de 1951, el «Imperio Colonial Portugués» se ha convertido en el «ultramar portugués» y en las «provincias de ultramar».

No obstante, las grandes potencias occidentales, cuya posición dominante está fundada sobre la explotación de las colonias y de los países semicoloniales de Europa y América del Sur, tienen más necesidad que nunca de conservar sus territorios dependientes, ya que su espacio económico se ha reducido por el cierre casi total de un mercado de 900 millones de habitantes, formado por la Unión Soviética, China y las democracias populares.

Por esta razón, la política imperialista ha abandonado las prácticas clásicas de tutela colonial directa y ha adoptado una serie de técnicas nuevas que acostumbran a designarse con el nombre de neocolonialismo. Está claro que se trata sólo de un cambio de fachada que permita proseguir más discretamente las actividades consubstanciales a la esencia del imperialismo.

En general, el neocolonialismo intenta apoyarse en los «nacionalistas conservadores» (U Aung San, en Birmania; Rojas y Quirino, en Filipinas; Bao Dai, en el Viet-Nam; Dato Oun, en Malasia; el *abbé* Youlou, en el Congo francés; Ahidjo en el Camerún). El método, descubierto por los anglosajones, consiste en reconocer la independencia o la autonomía de esos gobiernos, reservándose bases militares, aéreas y navales, ventajas económicas y misiones de consejeros y técnicos que siguen dirigiendo el país. Renunciando al pacto colonial, se utilizan procedimientos menos llamativos y más sutiles: exportación de capitales e inversiones en los sectores clave de la economía. A cambio de esta *ayuda económica* se exigen ciertas concesiones: privilegios fiscales o aduaneros, compromiso de no proceder a nacionalizaciones, libertad de exportar capitales y beneficios, concesión de bases navales, aéreas, etc.

Para justificar teóricamente el neocolonialismo, diversos intelectuales eminentes y «científicos» respetados, y respetables en otros terrenos, han levantado toda una construcción ideológica, fijando la teoría de la madurez y estableciendo los criterios que deben presidir toda concesión de independencia. Se considera, así, que todo país dependiente no puede exigir la libertad si no reune previamente ciertas condiciones determinadas. Entre esas condiciones se mencionan en primer lugar: un gobierno estable, instituciones democráticas y una economía estable. Frecuentemente se añade otra condición: el nuevo Estado debe representar un elemento positivo en el orden internacional.

Es evidente que dichas condiciones no son más que el disfraz de los medios que permiten — bajo una nueva apariencia — la exportación de capitales, característica esencial del imperialismo.

El criterio del gobierno estable y de las instituciones democráticas sirve para colocar, en los Estados nuevos, unas instituciones y un personal político favorables a los intereses de la antigua metrópoli o de lo que se llama el «Mundo Libre». La noción de la economía estable no resiste el más ligero examen, puesto que las estructuras económicas coloniales se caracterizan precisamente por un desequilibrio que sólo puede remediarse con medidas radicales contra los intereses adquiridos. Finalmente, el tercer criterio, el de la contribución al orden internacional, consiste en erigir en regla teórica los intereses estratégicos militares y políticos de los Estados imperialistas.

El presidente Sekú Turé ha respondido admirablemente a los defensores de las tesis que acabamos de exponer: «el problema africano no viene determinado

por la palabra independencia, sino por el grado y las condiciones de accesión a esa independencia ».

En Ghana, las empresas monopolistas británicas siguen conservando su dominio sobre los Bancos, las compañías de navegación y de comercio y las minas de oro y de diamantes. Un tercio del comercio exterior de Ghana está en manos de la *United Africa Company*, filial del enorme trust *Unilever*. Hay que señalar que 4/5 del costo del plan quinquenal de Ghana son financiados por préstamos e inversiones extranjeras, ya que Ghana, con sus riquezas en manos de los imperialistas, sólo puede proporcionar 90 millones de libras.

En lo relativo a Liberia, respecto a la cual ya hemos citado las sólidas posiciones de *Firestone*, hay que añadir que estos últimos años han sido concedidos contratos para una duración de setenta y ochenta años a la *Compañía Americana de Minerales de Liberia*, a la *B. F. Goodrich Society* y a la *Compañía Minera Americana para Liberia*.

Un ejemplo muy interesante lo constituyen las técnicas neocolonialistas de la oligarquía financiera francesa. Ya nos hemos referido a los capitales marselleses interesados en Guinea y a los capitales bordeleses seducidos por el Senegal, desde las lejanas fechas de 1850. Pues bien, fue Gaston Deferre (alcalde de Marsella y representante de los intereses de las empresas de aceites, jabones y transportes marítimos del Sur de Francia) quien puso en marcha la *Loi Cadre* desde su puesto de ministro de la *France d'Outremer*, y hoy es Chaban-Delmas (alcalde de Burdeos y estrella de primera magnitud en el firmamento de la V República) el que reclama las modificaciones necesarias para « salvar en Africa lo que pueda ser salvado » y para « canalizar la energía torrencial de la voluntad de independencia ».

Los Estados de la *Communauté* que reclaman su independencia, o más exactamente su « soberanía internacional » (ya que la palabra « independencia » causa una profunda aprensión al general De Gaulle), son complacidos a condición de que admitan el total dominio de Francia en las esferas de la diplomacia, de la defensa militar y de la economía. Francia se reserva la representación diplomática de esos Estados frente a las grandes potencias (en especial en lo referente a USA, Inglaterra y URSS). En materia estratégica, el gobierno francés hace firmar acuerdos bilaterales que le conceden el derecho de defensa militar y la libre instalación de las bases que estime necesarias (la importante base de Dakar, por ejemplo). En el plano económico, el paso del viejo colonialismo al neocolonialismo se ha traducido, en el curso de 1959, por la transformación del F.I.D.E.S., ya citado, en el F.A.C. *(Fonds d'Aide et de Coopération)*. El FIDES repartía los créditos metropolitanos entre los diferentes territorios, el FAC funciona sobre la base de acuerdos económicos bilaterales con los diferentes Estados de la *Communauté*. Este nuevo sistema permite dosificar la ayuda económica y técnica en función de la fidelidad y de la docilidad política que se obtiene de cada uno.

En los casos especialmente difíciles, se acude a la intervención en la vida interior de los nuevos Estados, para provocar en ellos oportunas revoluciones. La vida política agitada de los países jóvenes, donde todo está por organizar, y la inexperiencia del nuevo personal dirigente, facilitan la tarea. Un buen ejemplo de ello lo constituyen los acontecimientos del Congo y, en un terreno incruento, la secesión del Senegal.

El punto IV y la ayuda a los países subdesarrollados

En 1949, bajo la administración Truman, se elaboró el primer plan americano de ayuda a los países subdesarrollados. La ayuda financiera y técnica no era una novedad: el presidente Roosevelt la había practicado en amplia escala en lo referente a los países de América Latina. La novedad aportada por la administración Truman fue su extensión a todo el mundo, creando un plan de conunto. Ahora bien, el Congreso norteamericano, poco favorable a esta iniciativa,

englobó los créditos para la aplicación del Punto IV dentro del programa de seguridad mutua, bajo la dirección de la *Mutual Security Agency*, de espíritu y fines muy alejados del proyecto primitivo. Nacida de «una coalición respetable del interés bien entendido y del idealismo» (según frase de François Perroux), la ayuda económica y técnica americana ha quedado reducida a cantidades relativamente débiles que sólo pueden ser obtenidas si la concesión de ayuda va ligada a la firma de acuerdos de tipo más o menos militar. A partir de la guerra de Corea, en 1951, los acuerdos bilaterales de ayuda sólo se han concertado con los países que se han sometido a la obligación de asistencia militar en caso de guerra. En 1952, más del 50% de los préstamos del *Import Export Bank* han sido consagrados al desarrollo de la producción de materias primas estratégicas y a la defensa.

En lo que respecta a Africa, los capitales americanos no han ido hacia los países con campesinado abundante, sino a los lugares donde hay minerales estratégicos: cobre de Rhodesia y del Congo, manganeso de Ghana, diamante y cobalto del Africa central. A esto es a lo que se llama «ayuda a los países subdesarrollados». De los diez mil millones de dólares invertidos en Africa entre 1947 y 1957, más de dos mil millones han ido a la Unión Sudafricana, casi dos mil millones al Congo y mil millones a Rhodesia. Los préstamos concedidos por el *Banco Mundial de Reconstrucción y Desarrollo* se reparten de forma semejante: 40 millones al Congo para carreteras, 180 a la Unión Sudafricana para transportes, 80 millones para la presa de Kariba y 120 millones para la red de carreteras de la Federación del Africa Central. En resumen, más de la mitad del total de las inversiones se ha dirigido a territorios ocupados por 33 millones de habitantes, sobre un total de 140 millones. Como se ve, se trata de una selección altamente reveladora.

Uno de los fenómenos más interesantes del neocolonialismo es el desplazamiento de las viejas potencias coloniales europeas por los super-monopolios americanos y germano-occidentales. El comercio entre Estados Unidos y Africa ha aumentado el 80% en pocos años, mientras que el desarrollado entre Alemania Occidental y Africa se ha duplicado.

En todos los casos juega un papel muy importante la doctrina de la «ayuda económica a los países subdesarrollados». Así, por ejemplo, el *Fondo de Inversiones para los Territorios de Ultramar*, creado en el marco de la OECE, prevé un total de inversiones de 512 millones de dólares para los próximos cinco años. Alemania Occidental ha anunciado que depositará 200 millones de dólares en esta caja para la explotación de las colonias de los países miembros del Mercado Común. Otro ejemplo: el señor Krupp propuso ampliar el Punto IV americano a un llamado «Punto IV y medio» que consistiría en fundar un consorcio de monopolios para acentuar la «ayuda» a los países subdesarrollados. El mismo Krupp se ofreció generosamente para jugar el papel principal en dicho consorcio.

Lo que los países africanos pueden esperar de la «ayuda» del imperialismo alemán aparece claramente en el proyecto de «convención para la protección recíproca de los derechos de la propiedad privada en el extranjero» que fue publicado el 14 de noviembre de 1957 por la *Gesellschaft zur Förderung des Schutzes von Auslandinvestitionen* (Sociedad para el fomento de la protección de las inversiones en el extranjero). En dicha convención se prevé la renuncia a ejercer nacionalizaciones por parte del Estado «ayudado» y se esgrime la amenaza de diversas sanciones en caso de *delito* contra la convención. Hay que añadir que el presidente de la *Gesellschaft zur Förderung...* es al mismo tiempo director del *Deutsche Bank* y consejero íntimo del canciller Adenauer. Y que el *Deutsche Bank* es uno de los bancos más activos en negocios africanos, con substanciosas participaciones en la *Deutsch Ostafrikanische Gesellschaft* y en la *Westafrikanische Pflanzungsgesellschaft Victoria*, dos de las más antiguas sociedades coloniales del imperialismo alemán.

Conclusiones

El propio desarrollo del colonialismo ha creado las condiciones objetivas que han determinado la consolidación de las naciones africanas y la aparición de los movimientos de liberación nacional. El antiguo mosaico étnico y las innumerables economías cerradas se han fundido, debido a la explotación colonial, en un bloque de pueblos, conscientes de su unidad, que exigen la independencia. Se trata de un gigantesco ejemplo de las leyes de unidad de los contrarios y de la negación dialéctica, puesto que la lucha de los pueblos coloniales por su liberación nacional no adviene desde fuera a la explotación colonialista, sino que es inherente a su propia esencia; los movimientos de liberación nacional son un aspecto inmanente, o sea internamente necesario, del desarrollo del colonialismo.

El movimiento africano se desarrolla, como todo movimiento revolucionario típico, hacia posiciones cada vez más conscientes y más radicales. Los agentes del imperialismo (Moisés Tschombe, el *abbé* Youlou, Ahidjo) se oponen a esta evolución, y también juegan un papel de freno los líderes «conservadores» que, después de haber impulsado el movimiento revolucionario hasta una cierta etapa, traicionan la revolución y se van integrando en las filas del compromiso con los imperialistas (son los casos de Houphouët- Boigny, Leopold Senghor, Kasavubu). Pero las organizaciones políticas y los líderes sólidamente ligados a las masas (P.D.G., Patrice Lumumba, Sekú Turé) representan el movimiento histórico y siguen encabezando la revolución africana, al tiempo que ésta alcanza una potencia y un nivel consciente cada vez mas altos.

Los imperialistas, por su parte, intentan resistir en sus posiciones y adquirir otras nuevas mediante las tácticas neocolonialistas, pero su dominio sobre Africa empieza a hundirse con más o menos rapidez, según las zonas.

El movimiento de liberación nacional de los pueblos coloniales reviste una importancia excepcional en la lucha por la democracia y por el socialismo, ya que el retroceso de los imperialistas implica la pérdida de las bases económicas más sólidas del sistema capitalista. Los grandes monopolios se verán progresivamente reducidos a la explotación de las masas trabajadoras de su propia metrópoli, con todas las consecuencias que esto supone para la inevitable extensión mundial del sistema socialista.

POESIA

¡ALERTA!

(HIMNO PARA LAS JUVENTUDES DEPORTISTAS Y MILITARES)

La prosa y el verso que escribió Antonio Machado durante la guerra civil son conocidos. Siguen vivos esos textos en los que el poeta identifica la lucha popular con la más alta valoración humana. Sus versos a los combatientes y su célebre poema a Líster no han sido olvidados. Sin embargo, es muy poco conocido — prácticamente es casi inédito — este poema que hoy reproducimos y que él mismo subtituló **himno**; editado en Valencia (1937) como tarjeta postal, en la que asimismo se reproducía un célebre cartel de guerra, sirvió para la propaganda de la organización **paramilitar** «Alerta», muy popular entre los jóvenes de la España republicana.

Hoy, al cabo de los años, lo que destaca más de estos versos es la madurez política de su contenido. NUESTRAS IDEAS cree que el conocimiento de este poema de Machado ayuda, todavía más, a identificar la obra de nuestro primer poeta con la causa del pueblo español.

¡ALERTA!

Día es de alerta, día
de plena vigilancia en plena guerra
todo día del año. ¡Ay, del dormido,
del que cierra los ojos, del que ciega!
No basta despertar cuando amanece:
hay que mirar al horizonte. ¡Alerta!
Los que bañáis los cuerpos juveniles
en las aguas más frías de la alberca;
y el pecho dáis desnudo al viento helado
de la montaña, ¡alerta!

Alerta, deportistas y guerreros,
hoy es el día de la España vuestra.
Fortaleced los brazos,
agilitad las piernas,
los músculos despierten al combate,
cuando la sangre roja grita: ¡Alerta!
Alerta, el cuerpo vigoroso es santo,
sagrado el juego cuando el alma vela
y aprende el golpe recto
al pecho de la infamia, ¡alerta, alerta!

Alerta, amigos, porque el tiempo es malo,
el cielo se ennegrece, el mar se encrespa,
alerta al gobernalle,
al remo y a la vela,
patrón y marineros
todos de pie en la nave alerta, ¡alerta!
En las encrucijadas del camino
crueles enemigos nos acechan;
dentro de casa la traición se esconde,
fuera de casa la codicia espera.

Vendida fué la puerta de los mares,
y las sendas del viento entre las sierras,
y el suelo que se labra,
y la arena del campo en que se juega,
y la roca en que yace el hierro duro;
sólo la tierra en que se muere es nuestra.
Alerta al sol que nace,
y al rojo parto de la madre vieja.
Con el arco tendido hacia el mañana
hay que velar. ¡¡¡Alerta, alerta, alerta!!!

ANTONIO MACHADO
1937

DISCUSION

Arte

LAS ARTES PLASTICAS EN SU TIEMPO Y LUGAR

por José NAVARRO

En los números anteriores de « NUESTRAS IDEAS » se han tratado, por nuestro colaborador Pascual García, algunas cuestiones relacionadas con el realismo y el abstraccionismo en la pintura actual. Cuestiones éstas que han despertado interés, anunciándosenos desde varios puntos el envío de opiniones, discrepantes o coincidentes con las tesis sustentadas en nuestras páginas. En espera de recibirlas — y de publicarlas — ya que consideramos como esencial la discusión y el esclarecimiento de los problemas del realismo artístico, damos a conocer en este número un nuevo material para el « expediente » de la discusión en curso. Se trata de un ensayo de nuestro colaborador José Navarro sobre la situación y la perspectiva de las artes plásticas en la Unión Soviética.

Material de discusión quiere decir, por definición, material discutible. Así, en la redacción de nuestra revista, nos ha parecido que algunos de los juicios, algunos de los planteamientos, de José Navarro, eran discutibles, como, por ejemplo, su valoración, exclusivamente formal, de la obra de Riepin y Súrikov. Pero nos ha parecido también que, puesto que de discutir se trata, y de discutir fuera de todo límite dogmático, es oportuno publicar este ensayo, lleno de ideas sugestivas, interesantes.

I

El pensamiento marxista no se rige por dogmas sino por principios orientadores. Si estos principios constituyen una sólida base común, las opiniones sobre las artes plásticas y las maneras de realizarlas varían con el tiempo y el lugar.

No hay que achacar a los principios la culpa de que ciertas gentes los repitan literal y mecánicamente, utilizándolos a manera de cómodas recetas para «estar en la línea».

Nos proponemos mostrar aquí cómo, sobre la base común de los principios generales, los marxistas de distintos países manifiestan sobre las artes plásticas opiniones varias que abren grandes perspectivas a la creación.

Aquí tomamos el concepto **tiempo** en su sentido histórico, de la sucesión de las formaciones económico-sociales y políticas.

Hoy coexisten en el mundo países que se hallan en distintas etapas de su desarrollo: desde la etapa de la comuna primitiva hasta la de la edificación del comunismo.

Por eso las artes plásticas de los distintos países no son hoy, ni pueden ser, idénticas entre sí, ni por su forma ni por su contenido.

Aquí consideramos el concepto **lugar** no en su sentido reducido (de lugar de emplazamiento de la obra de arte, que también desempeña su papel aunque no sea éste el momento de examinarlo) sino en el de su acepción geográfico-histórica.

En este sentido, las artes plásticas de cada país reflejan inevitablemente la peculiar herencia histórica de éste, las influencias exteriores, los períodos de guerra o de paz, etc., circunstancias afectadas de uno u otro modo por la situación geográfica.

Declarado nuestro propósito y puntualizado el sentido que aquí damos a los conceptos de tiempo y de lugar, vamos a examinar ideas y hechos referentes a las artes plásticas tal como hoy, a nuestro ver, se manifiestan en varios países.

Advirtamos previamente que, con demasiada frecuencia, nos referiremos a la literatura. Eso no es casual. Eso se debe a que las artes del tiempo (como por ejemplo la literatura, el teatro, el cine) constituyen para la lucha política e ideológica un arma mucho más eficaz, más perfecta y de mayor alcance y fuerza expansiva que las artes del espacio (pintura, escultura y arquitectura).

No sólo entre marxistas sino entre las gentes en general hay muchísimas más personas interesadas — y por lo tanto entendidas — en las artes del tiempo que en las del espacio. Lo cual tiene sumo interés al tratar del arte para las masas y para las minorías.

II

Las artes plásticas en la Unión Soviética

A — Un artículo de Lenin

Una de las obras que la literatura marxista ha tomado como base para fundamentar principios teóricos de la literatura y el arte es el artículo de Lenin titulado «La organización del Partido y la literatura del Partido», aparecido el 13 de noviembre de 1905.

Lenin tranquiliza a los alarmados intelectuales liberales diciéndoles que no se trata de la literatura en genéral sino de la literatura del Partido (del Partido Comunista, entonces denominado Socialdemócrata). Y declara que, en las publicaciones del Partido, la literatura ha de ser una parte de la causa proletaria, «rueda y tornillo» de un solo y gran mecanismo socialdemócrata.

El artículo de Lenin apareció después del «Domingo sangriento», cuando el zarismo, presionado por los grandes movimientos de masas, se vio obligado por cierto tiempo a hacer algunas concesiones democráticas. El Partido, naciente a la sazón, necesitaba utilizar todos los medios accesibles para fortalecerse y reforzar su estructura. Tenía que usar todas las armas disponibles, la literatura entre ellas.

Algunos camaradas, en ciertos períodos, han olvidado o mal entendido otras ideas que Lenin expone en su artículo; como, por ejemplo, cuando dice: «Sin duda la labor literaria es la que menos se presta a la igualación mecánica, a la nivelación, al dominio de la mayoría sobre la minoría. Sin duda en esta labor es absolutamente necesario asegurar mayor campo a la iniciativa individual, a las inclinaciones individuales, al pensamiento y a la imaginación, a la forma y al contenido».

El olvido de esas palabras de Lenin ha traído consigo a veces, y sigue trayendo, en nuestra literatura, una reducción y empequeñecimiento de sus medios de expresión y de las perspectivas de su alcance; y, consecuentemente, de su fuerza y de sus posibilidades de penetración ideológica.

Lenin afirma en su artículo que la literatura del Partido será una literatura libre: Primero, porque no estará animada del afán de lucro. Segundo, porque «no servirá a damiselas hastiadas ni a los «diez mil de arriba» sino a millones y decenas de millones de trabajadores». He aquí la proclamación terminante de una literatura, la literatura del Partido, al servicio de las grandes masas trabajadoras.

Aunque Lenin, en este artículo, añade alguna vez la palabra «arte», en general, desde el título hasta el fin, se refiere sobre todo a la literatura.

Luego veremos cómo, en el transcurso de los tiempos, con el cambio de las circunstancias y de correlación de fuerzas, algunas de las tesis expuestas por Lenin en este artículo han sido enriquecidas con nuevas aportaciones, sin alterar en un ápice su esencia.

B — Opiniones de Plejánov sobre el arte en relación con la vida social

Plejánov fue populista durante ocho años; marxista, durante veinte; en los últimos quince años de su vida pasó a ser menchevique, deslizándose más y más hacia la derecha. Murió en 1918. Su mayor mérito consiste en haber introducido el marxismo en Rusia. Su debilidad más grande, el dogmatismo.

Sus tres artículos, bajo el título general de «El arte y la vida social» (nov. y dic. de 1912; enero de 1913) han hecho fortuna. La última edición española ha sido publicada en Moscú en 1958. Creemos que eso se debe a que Plejánov fue uno de los primeros en aplicar la concepción materialista de la Historia a la interpretación del arte.

Plejánov se pregunta: « ¿Cuáles son las condiciones sociales más importantes entre aquellas que determinan en los artistas y en las personas que se interesan vivamente por la creación artística la aparición y arraigo del arte por el arte? ». Y responde: « Surge sobre su divorcio irremediable del medio social que les rodea ».

Luego, sobre el arte por él llamado utilitario dice a una pregunta similar que se hace: « La llamada concepción utilitaria del arte, es decir, la tendencia a atribuir a sus obras la significación de un enjuiciamiento de los fenómenos de la vida, y el jubiloso deseo — que siempre acompaña a dicha tendencia — de participar en las luchas sociales, surge y arraiga cuando hay una simpatía recíproca entre una parte considerable de la sociedad y las personas que, en forma más o menos activa, se interesan por la creación artística ».

Plejánov añade en su ensayo, y con razón, que todo poder político, revolucionario o contrarrevolucionario, prefiere la concepción utilitaria del arte, pues está interesado en poner todas las ideologías al servicio de la causa que él mismo sirve.

Hoy esta tesis resulta insuficiente, pues la burguesía estimula el arte abstracto, y trafica con él, animada del claro designio de apartar a los artistas, y a los aficionados al arte, del enjuiciamiento de la realidad circundante.

La mayor parte de los ejemplos aportados por Plejánov provienen de la literatura, que es su fuerte. Pero luego se lanza al terreno de la pintura; y pertrechado de todo su bagaje ideológico cierra los ojos y arremete contra el impresionismo. Observa que los impresionistas « dieron prueba de la más completa indiferencia por el contenido ideológico de sus obras »; cierto es que la pintura impresionista no es utiiitaria en el sentido expuesto por Plejánov. Reconoce que « los impresionistas han pintado muchos paisajes excelentes »; mas, arrepentido de su concesión, agrega a continuación: « Pero la pintura no se reduce al paisaje ». Admite que los paisajes de los impresionistas eran bellos; y no puede dejar de añadir: « pero tenían poca « alma » (sospechamos que quiere decir que carecían de contenido social). Califica a los impresionistas de retratistas mediocres « porque en el retrato la luz ya no puede ser el personaje principal ». (Tal vez Plejánov no había llegado a ver los magníficos retratos de Manet y de Renoir, algunos de los cuales pertenecían a colecciones particulares rusas).

Todo eso lo escribió Plejánov hace cerca de medio siglo. Los talmudistas de todos los países siguen repitiéndolo hoy. Pero mientras tanto a los impresionistas se les ha puesto ya, en la propia U. R. S. S., en el lugar que les corresponde. Como sucedió antes en Francia, se les expone en los museos de arte clásico (el del Ermitage, en Leningrado; el de Pushkin, en Moscú).

Nada dice Plejánov en su ensayo de los posimpresionistas, ni de los « fauves ». Ni de Van Gogh, torturado por los problemas sociales e impresionante retratista. Su segunda arremetida se dirige contra el cubismo. Como la última parte de su ensayo fue publicada en 1913 y el cubismo tiene su origen en el cuadro de Picasso « Les demoiselles d'Avignon » (1907), la nueva corriente llevaba seis años escasos de vida. Sin embargo, ya le dio a Plejánov materia suficiente para lanzar unas cuantas diatribas; y para enunciar tesis tan « científicas » como la siguiente: « el cubismo es el absurdo elevado al cubo ». A fin de dar a su crítica una fundamentación teórica, discute el libro « Du cubisme », de los pintores Gleizes y Metzinger, afiliados entonces a esa tendencia de filósofos de ocasión, a los que la revista italiana « Il Contemporaneo » pudo calificar con justicia de « neoclásicos

al revés ». En su crítica de « Du Cubisme », Plejánov filosofa sobre la teoría del conocimiento, olvidando que, en este terreno, tenía su tejado de vidrio. Lenin ya había demostrado que las concepciones gnoseológicas de Plejánov conducían al agnosticismo y al idealismo.

Creemos, como resumen, que el ensayo de Plejánov sobre el arte y la vida social, tan traído y llevado, tan seguido, copiado, repetido y editado, aunque contiene tesis válidas en la actualidad (particularmente la del arte por el arte y el arte utilitario) ofrece un ejemplo de los resultados a que puede conducir el considerar las artes plásticas con los libros abiertos y los ojos cerrados.

C — Sobre el realismo socialista

El realismo socialista apareció en forma de obra literaria: la novela de Gorki « La madre » se publicó en 1907. La definición fue formulada unos veintisiete años después; y como tal, con su concreción y laconismo inevitables.

Gorki publicó en 1933 un artículo titulado « Sobre el realismo socialista », donde expone magistralmente la esencia y el alcance de este método de creación literaria, artículo que comienza con las siguientes palabras: « El escritor debe comprender que él no sólo escribe con la pluma sino que dibuja con las palabras; y no dibuja como un pintor, que representa al hombre inmóvil, sino que trata de representar a las gentes en movimiento ininterrumpido, en acción, en interminable choque entre unas y otras, en la lucha de clases, de grupos, de individuos ».

En el Primer Congreso de Escritores Soviéticos (1934) fue aprobada la definición del realismo socialista, formulada por el propio Stalin, según parece. Dice así: « *El realismo socialista, método básico de la literatura y la crítica soviéticas*, exige del artista una representación verídica, históricamente concreta de la realidad en su desarrollo revolucionario. Además, el carácter verídico e históricamente concreto de esta representación artística de la realidad tiene que combinarse con el deber de la transformación ideológica y la educación de las masas en el espíritu del socialismo ».

Esta definición staliniana, escueta, contundente, enumera las características que ha de reunir toda creación — o crítica — **literaria** para que responda a los principios del realismo socialista. Exige, pues, que la representación de la realidad sea: 1.— *veraz*; 2.— *históricamente concreta*; y 3.— *en su desarrollo revolucionario*. (Aquí cabe incluir el concepto, añadido luego, del « nuevo romanticismo revolucionario »). Tiene, además, el deber de: 1.— transformar ideológicamente a las masas; y 2.— educarlas en el espíritu del socialismo. Las tres primeras se refieren a la descripción verídica de un proceso histórico real. Las otras dos tienen un carácter claramente didáctico.

Todo aquel que acepte la concepción materialista de la Historia no puede dejar de estar de completo acuerdo con el espíritu de esta definición. Es más, al leer cualquier texto, ya sea novela, poesía o crítica, irá anotando mentalmente a cuál de las características mencionadas no se ajusta, por qué lado se queda corto.

Sin embargo, cabe preguntarse aquí: ¿Es que en el arte y la literatura de los países socialistas, de las democracias populares, no puede plantearse hoy más método de creación que el del realismo socialista? ¿Es que, al plantear los problemas del arte y la literatura *en general* — *no sólo para los militantes del Partido* — en los países no socialistas, en los países burgueses, en los países sometidos

a un régimen fascista deben y pueden enfocarse los problemas del arte y la literatura sobre la única base del realismo socialista?

¿Cuándo fue formulada la definición reproducida más arriba? Cuando las contradicciones del mundo capitalista se agudizaban. Cuando se desenvolvía la agresión fascista (Hitler se había adueñado del Poder el año anterior). En enero-febrero de 1934 se celebró el XVII Congreso del P. C. de la U. S.; en él se tomaron medidas para hacer frente a la inevitable agudización de la lucha ideológica; lo cual tuvo su reflejo en el mencionado Congreso de Escritores Soviéticos donde fue aprobada la definición oficial del realismo socialista.

Subrayemos que esta definición se refiere concretamente a la literatura. Pero bien pronto fue extendida en todas sus partes — de palabra, al menos — a las demás artes. Y si su aplicación mecánica a la concepción o al enjuiciamiento de las obras literarias ha dado lugar a no pocas deformaciones perniciosas — que por tanto no se deben al espíritu de la definición —, mucho mayores han sido las dificultades, obstáculos y malentendidos que ha traído su aplicación dogmática, su extensión dogmática a las artes plásticas. En el fragmento de Gorki citado anteriormente se dice que el escritor « no dibuja como el pintor, que representa al hombre « inmóvil ». Aquí subraya Gorki de paso las limitaciones que las artes plásticas encuentran al intentar representar los procesos históricos reales.

Los objetivos planteados en la definición que comentamos pueden ser plenamante alcanzados en las artes del tiempo (literatura, teatro, cine); pero sólo parcialmente en la pintura y la escultura; y remotamente en la arquitectura.

Hace siglos que el pueblo ha encontrado maneras de expresar un proceso histórico por medio de representaciones plásticas. Para ello ha recurrido a la sucesión de imágenes, con aclaraciones verbales (como sucede, por ejemplo, en los romances de ciego, relatados o cantados por éste al mostrar su cartelón, y difundidos luego con la venta al público del romance escrito); a las aleluyas, con breves pies, en prosa o pareados; a los « lubki » rusos, con largos textos explicativos acompañando y decorando cada grabado. Y entre los grandes artistas tenemos los ejemplos de la pintura china tradicional, acompañada casi siempre de bellísimos jeroglíficos aclaratorios. Y los « Caprichos » de nuestro Goya, con lacónicas explicaciones escritas.

D — La pintura y la escultura soviéticas

Se reconoce con frecuencia que las artes plásticas soviéticas se encuentran, hoy por hoy, a un nivel bastante bajo, inferior en mucho al de las artes soviéticas del tiempo. Nada en las artes plásticas soviéticas puede compararse a « El Don apacible », de Shólojov; a « El acorazado Potiomkin », de Eisenstein; o a la « Octava Sinfonía », de Chostakovich.

Sobre esta debilidad de las artes plásticas soviéticas solemos pasar como sobre ascuas. Mientras tanto nuestros enemigos insisten en ella una y otra vez, pretendiendo identificarla con el realismo socialista y hasta con el carácter y el destino del régimen soviético. Estimamos, por el contrario, que la cuestión del bajo nivel actual de las artes plásticas soviéticas debe tratarse con claridad, de una manera franca y objetiva. Porque, a diferencia de lo que sostienen los detractores de la URSS, creemos que ese bajo nivel se debe muy poco al realismo socialista y al régimen soviético.

Cuando Máximo Gorki habló el 10 de abril de 1935 en una reunión de escritores, compositores, artistas y directores de cine soviéticos, después de referirse a los éxitos logrados en pocos años por la literatura, la cinematografía y la música soviéticas, añadió: «Me gustaría decir lo mismo de la pintura, pero por ahora tengo que abstenerme. Es demasiado fotográfica». Estas palabras, pronunciadas hace veinticinco años, son hoy tan actuales como entonces.

¿A qué se debe, pues, el desproporcionado atraso en que se encuentran, **por el momento,** la pintura y la escultura soviéticas? Tal vez la causa fundamental esté en que Rusia no ha pasado, en el terreno del arte, por el período del Renacimiento que, en el resto de Europa, fue decisivo para el desenvolvimiento y la cristalización de las artes plásticas modernas. (El «Breve diccionario de las artes plásticas», publicado en Moscú en 1958, dice, al definir el Renacimiento: «Epoca del florecimiento de la cultura en los países de la Europa occidental, durante los siglos XV y XVI»).

Desde los albores del siglo XIII hasta principios del XVIII, Rusia permaneció aislada del Occidente, empeñada en agotadoras guerras contra numerosos invasores. Los tártaromongoles, pueblos primitivos, de cultura atrasada, la ocuparon durante doscientos cuarenta años. (A diferencia, por ejemplo, de lo que sucedió en España cuando la invasión árabe, pues ésta nos trajo una cultura muy elevada, superior a la existente en la Península). Rusia sufrió luego ataques e invasiones de suecos, alemanes, polacos, turcos, etc.. Era, pues, inevitable un estancamiento de la cultura rusa en general, de sus artes plásticas en particular.

La pintura rusa de iconos, de influencia bizantina, tiene sus más destacados representantes en Rubliov (fines del siglo XIV hasta mediados del XV, quien pintó un siglo después del Giotto aunque su pintura parece preceder en cien años a la del pintor florentino); en Theofán Grek, contemporáneo suyo; y en Dionisio, llamado «El Divino». Se suceden en Rusia siglos oscuros, de actividad artística reducida. Porque el país, asolado, saqueado, sumido en extrema pobreza, extenuado por sucesivas guerras, cruentas y prolongadas, no era entonces campo propicio para el desarrollo de las artes.

En el siglo XVIII, Pedro el Grande abrió las puertas de Rusia al mar; y, con ello, a la cultura de Occidente. En las primeras décadas de aquel siglo, las artes plásticas rusas pasaron a ser reflejo de lo que llegaba del exterior. Hasta el siglo XIX no empiezan a afirmarse los valores autóctonos, claro que recogiendo ecos occidentales. En Rusia llamaron clásicos de la pintura a Riepin y Súrikov, pintores de historia, ni mejores ni peores que sus contemporáneos de Occidente, comparables a Pradilla y a Casado del Alisal. Estos «clásicos» decimonónicos corresponden por tanto al naturalismo, a aquel período del siglo XIX en el que florecían los cuadros de historia o de género.

La pintura y la escultura soviéticas no han rebasado hasta la fecha este nivel. Porque si bien la Revolución de Octubre es el acontecimiento histórico más trascendente de nuestro tiempo, de momento trajo consigo otro nuevo corte, de interrupción en los contactos con los valores universales de la cultura, presentes y pasados, entre los pueblos de Rusia y el resto del mundo. Y esto fue así porque las potencias imperialistas establecieron al punto un «cordón sanitario», con intención de aislarla y deshacerla luego. El cerco capitalista provocó un repliegue de la URSS sobre sí misma. Y, como reacción a los ataques del capitalismo en el campo ideológico, se produjo un movimiento defensivo que llevó, en el terreno de las artes plásticas, a una ruptura total con todo lo que pudiera proceder de

Occidente, considerándolo invariablemente como reflejo y producto de la descomposición del capitalismo en su última etapa, imperialista. Quedaron, pues, los soviéticos solos, con sus « clásicos » de las artes plásticas; y a ellos se aferraron.

Esta interrupción de los contactos con las artes plásticas de Occidente — ya iniciada en el aspecto teórico por Plejánov en la segunda década del siglo XX, como hemos visto — culminó el 23 de abril de 1932 en la disposición oficial « Sobre el reagrupamiento de todas las organizaciones literarias y artísticas », que sustituía los numerosos grupos literarios y artísticos existentes o surgidos en los primeros años de la Revolución por organizaciones únicas de cada una de las ramas del arte y la literatura. Todo « vanguardismo » fue desde entonces decretado, tanto por su forma como por su contenido — o su falta de contenido — como putrefacta manifestación del decadentismo de Occidente.

Pero la cultura de la naciente sociedad socialista no podía desarrollarse sin asimilarse a fondo la cultura universal — ya lo dijo Lenin. Las artes del tiempo soviéticas, además de proseguir las grandes tradiciones nacionales, cuyos exponentes, como Tolstoi y Turguenev, Glinka y Mussorski, Ostrovski y Chéjov, cuentan entre las grandes figuras de la cultura universal, pudieron seguir en contacto con la cultura de Occidente (pues una novela, una película cinematográfica, una obra de teatro o una composición musical quedan intactas en su reproducción a distancia). No así las artes plásticas, que durante veintidós años (de 1932 a 1954) interrumpieron el contacto con Occidente, no sólo porque la reproducción a distancia de las artes del espacio, hasta la más perfecta, da una idea insuficiente, remota, del original, sino porque además en ese período se dio cerrojazo a las interesantísimas colecciones de pintura y escultura contemporáneas de Occidente existentes en Leningrado y en Moscú.

Es indudable que la influencia negativa del mencionado período — llamado del culto a la personalidad — con su dogmatismo y su burocratismo, ha constituído una rémora del desenvolvimiento cultural de la URSS y, en particular, del de las artes plásticas, las más débiles. Pero ésta no es — como hemos visto — la causa fundamental del atraso de la pintura y de la escultura soviéticas. Ni tampoco lo es el método del realismo socialista, hipótesis en la que insisten una y otra vez los críticos burgueses. A nuestro entender, el principio del realismo socialista, en la práctica, ha resbalado sobre las artes plásticas soviéticas sin modificarlas. Y decimos « en la práctica » porque en teoría, de palabra, se han vertido ríos de tinta de imprenta intentando fundamentar, justificar y defender la pintura y la escultura de la URSS con la ayuda de los principios del realismo socialista.

Tengamos además presente que los cuarenta y tres años transcurridos desde el triunfo de la Revolución de Octubre significan un instante para el proceso de creación de un arte nuevo. Sobre todo si se tiene en cuenta que durante este tiempo las energías principales del pueblo soviético han sido absorbidas por varias guerras y por los gigantescos esfuerzos desplegados para edificar su economía socialista. Indefectiblemente llegarán a las artes plásticas soviéticas días de esplendor. El Gobierno de la URSS es un mecenas para las artes sin parangón en la Historia.

John Berger, crítico inglés progresista, ante una exposición de arte ruso y soviético celebrada en Londres en 1958 (véase « Il Contemporaneo », feb.-marzo 1959), donde se exhibían ciento veinte pinturas, desde iconos del siglo XIII hasta algunas obras de 1958, subraya, en primer lugar, que la pintura soviética cumple

funciones revolucionarias y denota un alto grado de honestidad profesional. Señala, por otro lado, ciertos aspectos negativos, como por ejemplo el de que sus representaciones resultan estáticas, pues aunque las diferentes imágenes que constituyen un cuadro hayan sido tomadas de la vida no tienen ninguna continuidad de composición: las figuras aparecen juntas en el cuadro, pero éste no llega a cristalizar como conjunto independiente. Observa también Berger que tanto la pintura rusa como la soviética carecen del más mínimo interés por la realidad física de las cosas. Y añade: «En el arte europeo occidental, la exploración de la realidad física representa el hilo ininterrumpido de las mejores tradiciones: una tradición que es humanista, pero que, durante siglos, ha sido fundamentalmente materialista». Creemos atinadas estas observaciones del crítico inglés.

La pintura y la escultura soviéticas, al concentrar todo su interés en el contenido (utilizando para expresarlo los recursos anecdóticos de la pintura de historia, de los cuadros de género o de la pintura sicológica en la que cada personaje debe, con su fisonomía y sus gestos, dejar abierta su alma al espectador menos sagaz), con el fin de que las artes plásticas cumplan todos los requisitos que el realismo socialista exige de la literatura, y dejando en olvido los valores plásticos, la realidad física, material, de las cosas, el lenguaje pictórico en suma, no han sabido crear hasta ahora los medios necesarios para expresar ese contenido que pretenden tener.

Pero los tiempos cambian; y las artes plásticas soviéticas no pueden dejar de desarrollarse. Los congresos XX y XXI del P. C. U. S. no han sido letra muerta en ningún campo; ni tampoco en éste. Ya hay síntomas de ello, por lo menos en el terreno teórico. Así, por ejemplo, en la «Literaturnaya Gasleta» (n° 124, 8 oct. 1959) apareció un artículo del joven escritor Yuri Naguibin quien cita de B. Yogansón, actual presidente de la Academia de Pintura de la URSS, las siguientes palabras: «Nosotros, los pedagogos, estamos satisfechos de haber educado a talentosos pintores jóvenes que siguen las tradiciones de Riepin, Súrikov, Sérov, Levitán, etc., tradiciones nacionales y realistas enriquecidas, durante los cuarenta años de desarrollo del arte soviético, con un contenido nuevo, socialista». A lo cual Y. Naguibin replica: «O sea que los clásicos nos dieron el lenguaje artístico, el arsenal de los medios artísticos de expresión, y a los contemporáneos sólo nos queda el contenido».

A la pintura y la escultura soviéticas les llegará pronto el turno de cambiar. Por razones y caminos que, como veremos a continuación, están llevando ya a la arquitectura soviética por un rumbo nuevo.

E — Cambio de rumbo de la arquitectura soviética

La arquitectura, además de ser un arte, es una técnica destinada a satisfacer determinadas necesidades materiales de la sociedad; por eso es impulsada por éstas en su desarrollo con mayor ímpetu y antes que sus artes hermanas, las cuales se ponen bien pronto bajo su férula, por lo menos en buena parte. Hoy nos encontramos ante un gran viraje de la arquitectura soviética. Para comprender sus causas y su alcance nos es necesario volver a examinar las cosas desde el pasado, aunque sea brevísimamente.

Dijimos que Pedro el Grande abrió para Rusia las puertas de Occidente a principios del siglo XVIII. Entonces se edita en ruso el tratado de arquitectura de

Vignola. Acuden, invitados, italianos, franceses, alemanes e ingleses, con la arquitectura que a la sazón se practicaba en sus respectivos países. Surgen, en la misma línea, grandes arquitectos rusos. Más tarde llega para Rusia, a la par que para Occidente, el neoclasicismo. El primer tercio del siglo XIX es para San Petersburgo un tiempo de gran esplendor arquitectónico. Pero todo este florecimiento de la arquitectura rusa, el acompasarse con el Occidente y el superarlo no pocas veces, se produce dentro del marco de la canonización de formas y principios que, a su vez, ya provenían de otras formas anteriores: formalismo, en fin de cuentas.

Conforme avanza el siglo XIX, la arquitectura rusa va descendiendo paso a paso la pendiente de la decadencia, a la vez que lo hace la arquitectura occidental. Surge en Rusia el estilo llamado ruso-bizantino; se producen luego toda suerte de eclecticismos; y más tarde aparece el modernismo.

Con la Revolución de Octubre penetran en la Unión Soviética las tendencias más recientes de la arquitectura occidental; Le Corbusier construye en Moscú un gran edificio público; Ernst May, arquitecto del Bauhaus, proyecta grandes barrios residenciales. Se precisan las versiones soviéticas del constructivismo, del expresionismo, del funcionalismo en arquitectura. En estas tendencias se destacan notables arquitectos como Ginsburg y los hermanos Viesnin. A principios del tercer decenio de nuestro siglo proliferan en la URSS diversas corrientes arquitectónicas. Pero el decreto del 23 de abril de 1932 antes aludido, afectó también a los grupos de arquitectos. Se inicia entonces un período de eclecticismo, de academicismo; en aquellos años se habló mucho de realismo socialista en la arquitectura y se derrocharon sofismas intentando encajar en los principios del realismo socialista aquella arquitectura ecléctica, formalista, grandilocuente, de guardarropía.

Se cometería un craso error si se computaran los cuarenta y tres años transcurridos desde la Revolución de Octubre hasta hoy como años dedicados a la creación de una nueva arquitectura, soviética. Hay que descontar, como estériles para este fin, los años de la guerra civil, de la intervención extranjera, del restablecimiento de la economía nacional, del establecimiento de las bases fundamentales de la economía socialista. Hasta el Tercer Plan Quinquenal (1938—1942) no se plantea como tarea nacional y de primer plano la elevación del nivel cultural y material del pueblo soviético que, con heroísmo inigualado, había hecho inmensos sacrificios para poner las bases de su régimen y consolidarlo. Pero este plan quinquenal no pudo ser cumplido, pues el 22 de junio de 1941 la Alemania hitleriana invade la URSS. Pasan sobre las tierras soviéticas más de cuatro años de guerra en la que fueron destruidas 1.700 ciudades, por encima de 70.000 aldeas y 32.000 empresas industriales.

La reconstrucción del país se inicia en cuanto termina la contienda, el año 1945. Los quince años transcurridos desde entonces hasta hoy son los que deben contarse, en la práctica, como años de ininterrumpida y pacífica actividad arquitectónica. Causa realmente asombro la inmensa obra realizada en tan breve tiempo: no sólo se reconstruyó todo lo destruído durante la guerra sino que además el país prosperó en todos los aspectos a un ritmo desconocido en el mundo capitalista.

La arquitectura soviética, en su aspecto formal, siguió buena parte de este período sumida en el eclecticismo. Ningún edificio de cierta importancia dejaba de tener su columnata; y los más sencillos no se escapaban sin grandes cornisas

« clásicas » y unas cuantas pilastras ornamentales. Los burgueses que visitaban la URSS sólo veían de la arquitectura soviética su aspecto exterior, sus columnatas anacrónicas y mal proporcionadas, sus espacios urbanos destartalados. No veían, o no querían ver, lo que pasaba en el fondo y bien pronto iba a aflorar a la superficie.

Una vez más ha podido comprobarse en esta ocasión la ley del desarrollo de la sociedad con arreglo a la cual el primer impulso en los cambios de la producción (que luego repercuten en la superestructura de la sociedad, en la arquitectura como arte por tanto) proviene de los cambios operados en los instrumentos de producción. Para hacer frente a la inmensa tarea constructiva que se presentaba ante el pueblo soviético había que crear nuevos instrumentos, nuevas técnicas, nuevas máquinas, nuevos métodos de proyectar, nuevos sistemas de construcción. Entonces se inicia un movimiento que abarca a todo el país, de tipificación de los proyectos de edificios (y no sólo de los de viviendas sino también de los proyectos de escuelas, hospitales, teatros, clubs, fábricas, etc.); se impulsó y generalizó a un ritmo creciente la mecanización, industrialización y prefabricación de la arquitectura (con su inevitable sistematización de módulos, standards, normas y tipos).

Este formidable movimiento transformador encontraba la impedimenta del formalismo imperante en las composiciones arquitectónicas, de las « columnaterías » y ringorrangos que invadían las fachadas, los interiores y hasta los muebles. Los ingenieros, los constructores ejercían presión creciente sobre los arquitectos « artistas ». También entre ciertos sectores de arquitectos cundía la insatisfacción. Por fin, en 1954, se celebró la Asamblea Nacional de la Construcción donde se puso término abierta y oficialmente a todo un período de la arquitectura soviética. Jruschov, con sus palabras, aportó a la asamblea el refrendo del P. C. U. S. y del Gobierno soviético. Luego apareció una disposición del C. C. del P. C. U. S. y del Consejo de Ministros de la URSS « Sobre la eliminación de lo superfluo en los proyectos y en la edificación » que daba al problema categoría de asunto de Estado. Desde entonces se ha iniciado un cambio decisivo en el rumbo de la arquitectura soviética. Es indudable que un cambio de este porte exige tiempo. Pero ya hoy, en 1960, pueden verse en la URSS manzanas enteras, barrios enteros de casas nuevas despojadas de toda retórica decorativa y en las que van concretándose las nuevas formas, en consonancia con las nuevas técnicas. Es ahora cuando la arquitectura y el urbanismo soviéticos van a dar pasos de gigante, planteados como sólo puede hacerlo el socialismo: la arquitectura pasa a ser parte integrante de un plan general que va desde el planeamiento local, por los planes regionales, hasta llegar a la integración de éstos en un plan nacional de conjunto.

La pintura y la escultura soviéticas permanecen todavía al margen de este movimiento, en su situación de petrificado academicismo naturalista. Pero bien pronto hemos de ver cómo la nueva arquitectura soviética arrastra tras de sí a las artes hermanas, que no podrán dejar de situarse en el nivel que les corresponde. Y entonces, cuando la pintura y la escultura se hayan desembarazado del peso que aún las paralizan, se podrá hablar propiamente del realismo socialista no sólo de la literatura, el teatro y el cine soviéticos sino también de las tres artes plásticas.

En apoyo de nuestras tesis nos permitimos reproducir dos fragmentos de un artículo aparecido, en enero de 1960, en la revista « Arquitectura de la URSS », órgano de la Academia de la Construcción y de la Arquitectura de la URSS,

y de la Unión de Arquitectos Soviéticos. Su autor es A. Vlasov, prestigioso arquitecto y miembro de la mencionada Academia. El artículo se titula «Tendencias de la arquitectura soviética en las condiciones del ulterior desarrollo de la industrialización de la arquitectura». Vlasov divide la historia de la arquitectura soviética en tres períodos: 1925—1931; 1932—1954 y de 1954 hasta la fecha. Al referirse al segundo, el más dilatado de los tres — el que corresponde al período llamado del culto a la personalidad — escribe: «Los principios del realismo socialista, como método de creación artística en todos los campos del arte soviético, tienen, naturalmente, la relación más directa también con la arquitectura. Sin embargo, el aplicar el realismo socialista a la arquitectura de una manera equivocada y superficial (por simple analogía con las demás artes), sin tomar en consideración las peculiaridades de la arquitectura, condujo a las erróneas tendencias de aquel período». Y más adelante agrega Vlasov: «Ahora, cuando nuestra arquitectura ha entrado en una nueva etapa de su desarrollo, cuando ha conseguido limpiarse de los sedimentos del historicismo y de lo superfluo, tenemos derecho a plantear la cuestión de si el desarrollo del estilo de la arquitectura es posible sin un desarrollo simultáneo de los estilos en otros campos del arte y de la cultura de nuestro país».

* * *

Hasta aquí nos hemos limitado a lanzar una rápida ojeada sobre las artes plásticas en la Unión Soviética. Hemos señalado algunos de sus principios teóricos y ciertos aspectos de su práctica. Mucho podríamos decir aún sobre ello, aunque fuera tratándolo someramente.

Pero para trazar tan sólo las líneas generales de lo que es hoy, a nuestro juicio, el pensamiento marxista sobre las artes plásticas sería necesario mencionar algo acerca de las concepciones y la práctica de su realización en otros países que hoy se encuentran en distintas condiciones de tiempo y lugar. Porque estas concepciones — sobre la base de los mismos principios generales — y esta práctica no son, ni pueden ser, las mismas en un país como la URSS, que edifica el comunismo, como en otros países, con otras tradiciones y otras herencias y condiciones históricas, ya se hallen en la etapa de la democracia popular, o se trate de países capitalistas donde los partidos comunistas pueden manifestarse más o menos libremente pero donde el proletariado no tiene todavía el Poder en sus manos, o se trate de países sometidos a un régimen dictatorial, como nuestra España de hoy.

Surgen, por tanto, innumerables preguntas. Así, por ejemplo: ¿Qué dicen y hacen hoy en China, en materia de artes plásticas? ¿Cómo se plantea allá el gran problema del arte para las masas y el arte de minorías? ¿Cuál es la actitud de los marxistas franceses ante los problemas del arte y la literatura? ¿Cómo valorar el caso de nuestro genial Picasso, a la vez miembro del P. C. francés e incomparable artista difícilmente accesible a las grandes masas? ¿Cuál es hoy la actitud de los marxistas italianos ante la cuestión del decadentismo y la vanguardia, dos etapas del desarrollo del arte que no es lícito identificar? ¿Cuál es el panorama de las artes plásticas en España y cuáles son sus perspectivas de desarrollo a la luz de todo este cúmulo de cuestiones?

Para responder a estas preguntas, siquiera fuese a grandes rasgos, necesitaríamos un espacio del que hoy no disponemos. Dejémoslo, pues, para la ocasión propicia.

Junio 1960

El «Posibilismo»

por *Jaime VICALVARO*

El problema del «posibilismo» en la novela, en el teatro — en general, en toda obra de creación literaria — está en plena discusión en las páginas de las revistas españolas. En cierta medida, esa discusión revela las nuevas necesidades, las exigencias cada día más elevadas que al creador le imponen las circunstancias de nuestro país.

Para completar la panorámica del problema que aquí esboza Jaime Vicálvaro, será conveniente referirse a los trabajos que, sobre este mismo tema, han publicado en «PRIMER ACTO», número 14, de mayo-junio, Alfonso Sastre, bajo el título «Teatro imposible y pacto social», y en el número 15, de julio-agosto, Antonio Buero Vallejo, «Obligada precisión acerca del Imposibilismo». Dando de lado ahora el tono, personalmente agresivo e hiriente, de Buero, los términos de la cuestión que aquí se analiza quedan claramente expuestos por ambos autores.

*

Aunque esto de la ética en literatura ha sido caballo de batalla durante muchos años y puesto que todavía el asunto colea dado el hecho de que algunos escritores y esteticistas de raigambre burguesa progugnan una literatura y arte asépticos, intemporales, la idea del compromiso con la sociedad de su tiempo va calando hondo en la mayoría de los intelectuales. Aunque, y ello es discutible, la literatura y la moral puedan ser cosas distintas, en el trasfondo de toda estética siempre hay una moral, la que sea. En nuestra concepción general, dialéctica, del universo, podríamos decir que moral es todo acto capaz de impulsar una idea progresiva, revolucionaria.

Es cierto que en España al escritor, tanto o más que al ciudadano corriente y moliente, los problemas profesionales se le plantean con unas características especiales, con una urgencia derivada de los problemas mediatos e inmediatos que tiene nuestro país. Esta problemática profesional está enraizada, nadie lo ignora, con las circunstancias sociales, filosóficas y políticas, dominantes en la actualidad.

Es cierto también que bajo la Dictadura la libertad, la democracia, es un mito. Sabido es que cuando naufraga la democracia naufraga también la libertad creadora; el ejercicio de ésta se hace francamente difícil. Y que éste es nuestro caso.

Sin embargo, esto de escribir no es un acto gratuito. Nuestra postura vital, nuestras ideas y nuestros escritos, tienen una indudable influencia, todo lo grande o pequeña que sea, sobre la sociedad en que estamos inmersos. Nuestro oficio de escribir tiene una proyección, una resonancia. Ello, naturalmente, no escapa a la percepción vigilante de la Dictadura y, lógicamente, ésta, la Dictadura, emplea los medios coercitivos que tiene en su mano. Es decir, la censura. No obstante, y a pesar de estos métodos coactivos, nuestro oficio no puede escapar a la razón por la cual se ejerce. Escribir no es ni más ni menos que intentar representar el mundo, dar testimonio de él. Un testimonio crítico.

Se me puede objetar a todo esto que las dificultades para dar este testimonio son evidentes. Que el escritor, para cumplir esta función, no tiene que tener hipotecada su libertad. Que tampoco la tiene que tener hipotecada su público. Que su libertad depende de la libertad de los demás. Bien, yo no digo nada en contrario. Pero sí cabe decir que todo ello, que ese razonamiento sobre la necesidad de la libertad, no es suficiente como para poder, honradamente, sentar las bases para no tomar partido por un asunto que se está debatiendo a escala nacional, y esperar la caída de los higos chumbos de los acontecimientos históricos que han de producirse tarde o temprano. No es un razonamiento lo suficientemente objetivo y real como para dejar en manos de la censura estatal la decisión de lo que los escritores tenemos que hacer.

Todo esto viene a propósito de un tema que se debate desde hace años. Se trata del « posibilismo » y del «imposibilismo ».

El « posibilismo » tiene sus defensores. Unos que son honrados y otros que no lo son tanto. Para los primeros no se trata más que de una cuestion táctica. Es toda una teoría acerca de cómo se deben comportar los escritores ante el problema de la censura. Como la censura es una muralla, el « posibilismo », al decir de sus defensores, consiste en escribir de forma tal que la censura no tenga carne donde hincar el diente y así poder pasar de matute la mercancía. Una mercancía que pueda ser digerida por la censura y el público, burgués, que lee novelas, va al cine, y asiste a las representaciones teatrales.

Es importante, a mi juicio, tratar de desmontar esta teoría. Es importante demostrar a los « posibilistas » honrados que su planteamiento es falso, que si bien esta táctica pudo ser válida hace años, ahora ha perdido su validez. También es importante el demostrarlo aunque sólo fuera para desenmascarar a los que logran su medro personal al socaire de dicha teoría.

En realidad, el « posibilismo » no es más que un oportunismo típico. La muralla de la censura, esa terrible muralla, es infranqueable y es tonto intentar darse cabezadas contra ella. Un autor teatral, un novelista, un director de cine, etc., sólo deben hacer obras « posibles ». La obra «posible » es positiva, la « imposible », al no poder salir a la luz pública, por valiente que sea, es negativa.

Hay que escribir para un público burgués, vienen a decirnos los « posibilistas ». La burguesía es la única clase que llena los teatros, que lee novelas. Es el único público que tenemos y no hay que dar más vueltas al asunto. Hay que ser « realista » y « posibilista ». Es la única manera de enfrentarse con el problema.

Para los partidarios de lo « posible », un problema social, tal cual es la literatura, hay que resolverlo de una forma tan matemática como la teoría de los límites. Entre esto y aquello. Desde allí hasta aquí, y de aquí no podemos pasar. La verdad es que este razonamiento no es más que el viejo método apriorístico aplicado a la posibilidad o imposibilidad de escribir libremente. El método, es bien sabido por otra parte que no consiste más que en tomar un objeto, en este caso la censura, y deducir de él su concepto. Tras ello se invierte el razonamiento y se miden las posibilidades por el concepto que se tiene de ellas.

Como puede verse, es una postura típicamente burguesa la que se deduce inmediatamente. Los escritores « posibilistas » se escandalizarán de ello, dirán que

no tienen conceptos burgueses, que solamente se trata de una táctica que ellos intentan para, subrepticiamente, introducir un caballo de Troya. Y que para este fin no hay nada mejor que la miel envuelta en acíbar. Sin embargo, y con ello no trato de descubrir ningún Mediterráneo, es asunto conocido la influencia que tiene el público sobre el autor. Este, aunque quiera, no puede escapar a esa influencia, nefasta muchas veces.

Diremos también que, al tomar una postura « posibilista », el escritor, al no comprometerse en nada, hace el juego a las clases dirigentes. Irremediablemente se ve absorbido por ellas. Al dedicarse al juego de la « posibilidad » sirve de hecho a los que él trata de engañar con su mercancía. Esta literatura, quiérase que no se quiera, se identifica con la Dictadura o al menos la hace el caldo gordo.

Evidentemente existe la lógica objeción de que el escritor es un profesional, que tiene que vivir con un cierto decoro y que para ello, aunque sea a regañadientes, tiene que pasar por el aro. Puede decirnos que él es un antifranquista convencido y que si no hace más con las armas que tiene en su mano es porque no puede, porque es « imposible ». Que él, en su medida, se enfrenta con la Dictadura. Nos dirá también que, « desgraciadamente », quien le lee, quien compra sus libros, quien acude a sus estrenos, es la burguesía. Con ello, en muchos casos, trata de buscar la fórmula que sirva para acallar su conciencia o al menos para tranquilizarla. Mas la verdad es otra y no debe quedarnos dentro. El sabe, y tambien la burguesía a la cual intenta atacar, que es ésta quien le alimenta y que, por tanto, sus enfrentamientos obedecen más a una postura « rebelde » que a una concepción capaz de impulsar un cambio en las condiciones intelectuales y políticas por las cuales atraviesa el país.

Independientemente de la concepción ideológica que se pueda esconder tras este oportunismo, mal llamado « posibilismo », cabe poner en tela de juicio la « posibilidad o imposibilidad ».

Que existe censura es un hecho que no se le escapa a ningún escritor. Pero también es cierto que las circunstancias ya no son las mismas que hace unos años. Cosas que parecían « imposibles » hoy son ya una realidad. Es evidente que en la literatura más joven se percibe con suficiente claridad una toma de conciencia ante los problemas españoles. Una serie de novelas, pocas aún es verdad, nos van dando la medida de lo posible. Esa muralla de la censura, parecen decirnos estos novelistas, no es tal muralla, a lo más una « frontera fluctuante e imprevisible ».

Y esto que puede decirse de estas pocas novelas puede aplicarse al cine y al teatro. En algunas películas se han abordado con valentía temas concretos. Las agrupaciones y teatros universitarios, cierto que para un público más preparado, han sido capaces de representar obras de autores tan « imposibles » como Valle Inclán o Bertolt Brecht.

En esto de la censura ocurre como en los toros. Antes de Belmonte los terrenos del toro y el torero estaban teóricamente limitados. Eran los terrenos « posibles ». No podía el matador, al decir de la cátedra, meterse en la zona del toro. Pero llegó Belmonte y cambió el panorama, el torero se metía en terrenos hasta entonces vedados. Y, ante el estupor de la cátedra, no solamente se podía torear en ese terreno sino que, tras Belmonte, todos ya, fueron achicando el campo del toro. Así en la censura. ¿ Dónde está el campo de ésta y dónde el de los escritores ?.

Repito que el escritor « posibilista », y en esto da lo mismo que sea honrado como que no lo sea, pues las consecuencias son las mismas, hace el juego a la Dictadura. El escritor posibilista castra sus posibilidades al prejuzgar la postura en que se ha de poner el censor ante su obra.

El censor, no hay que olvidarlo, es un funcionario. Un funcionario político cabe añadir. Pero también es un hombre que, como a cada quisque, le afectan problemas.

Sabemos que hay censores más tolerantes que otros, que no hay un criterio rígido a la hora de censurar un escrito. Que la censura queda a merced de la apreciación personal del censor a quien caiga en suerte la obra a juzgar. Y todo ello en medio de unas condiciones ambientales, políticas y sociales que varían todo lo lentamente que se quiera, pero que varían. Y que esta variación, no apreciable en lo inmediato, pero sí en el correr del tiempo, afecta a todos en medidas aproximadamente iguales, cuando no mayores, para aquellos que consideraban fijos e inmutables los estamentos del Régimen. Al enfrentarse con la censura, creo yo, hay que hacerse el mismo razonamiento que se hacen los trabajadores al intentar una huelga. No caben actitudes puramente defensivas, sobre todo apriorísticas. Aquí también el proceso cuantitativo se transforma en cualitativo. Cuantos más trabajadores vayan a una huelga, más seguridad tendrán en que no les ocurrirá nada, ni individual ni colectivamente. Cuantos más escritores dejen de plantearse el problema « posibilista » y sus obras respondan ante el público con una buena calidad literaria, más difícil le será a la censura el prohibirlas. Cuantos más problemas tenga la censura más posibilidades tendrán los escritores de ejercitar su libertad creadora.

Por otra parte se dice, y ello indudablemente es cierto, que ninguna editorial o empresa se quiere jugar los cuartos con un escritor « imposible » al cual la censura va a triturar. El teatro y la editorial no hay que olvidarlo, están montados para ganar dinero. Cuanto más fácil, mejor. Las empresas quieren que las obras sean « comerciales » pues así aseguran sus ganancias. La comercialidad, quizá sea tonto el decirlo, se guía por el dinero que da una obra en taquilla, por el número de ejemplares que de una novela determinada se vende en las librerías. Naturalmente que en esto de la comercialidad no hay que engañarse, una buena propaganda puede hacer comercial a una mala obra. Y la falta de ella puede hacer que una novela notable pase desapercibida. El ejemplo de novelas finalistas en los concursos literios, superiores en muchos casos a las ganadoras, de las que no se venden ni dos mil ejemplares debido a que la propaganda se vuelca en la novela ganadora del premio, pueden avalar este razonamiento.

A este respecto también habría que decir que entre las contradicciones típicas del capitalismo una de ellas es la de que tienen que vender la mercancía de que disponen en el mercado a cualquiera que se acerque a comprarla. El negocio es el negocio, esa es su máxima. Si los editores, productores y empresarios teatrales dispusieran de una mercancía que, independientemente de que les gustara o no, tuvieran que vender, podemos estar seguros de que ninguna consideración de tipo moral o político se les pondría por montera. Ejemplos de ellos, no sólo en literatura, abundan lo suficiente.

En torno al « posibilismo » es justo y necesario señalar la postura de Alfonso Sastre. En una entrevista realizada por Rafael Vázquez Zamora, publicada en el nº 164—165 de la revista Insula, Sastre nos dice:

> *« Mire usted — dice Sastre con ese tono suyo tan calmoso y de persona que ha meditado mucho cuanto dice — si el autor dramático empieza admitiendo la imposibilidad, se privará de escribir lo que, a lo mejor, resultaba posible. En primer lugar, el dramaturgo tiene consigo mismo el deber de escribir lo que su espíritu le reclama. Luego, no podemos olvidar que en las artes, casi todo lo grande que se ha hecho ha empezado por ser imposible y no sólo por intervención de poderes extrateatrales, sino por el mismo ambiente receptor; público, críticos, etc. . . . »*

Más adelante, Vázquez Zamora pregunta lo siguiente a Sastre:

> *— O sea, amigo Sastre, que para usted, el dramaturgo español está obligado para consigo mismo y para el arte teatral de su patria — a no tener en cuenta las dificultades y a escribir todo aquello que crea digno de ser escrito. ¿ Y no podría pensarse que lo hace usted con la íntima convicción de que aquí y ahora no podrá representarse el drama que usted escribe?.*

— No, en modo alguno. Yo hago siempre teatro para un público español y no admito, no reconozco la existencia de un obstáculo ajeno a la intrínseca dificultad literaria o técnica que representa toda obra teatral digna. Si este obstáculo surge lo considero como algo inesperado. Me sorprendo en encontrarlo y prosigo. Pero tenga usted en cuenta que, si de antemano se crea el dramaturgo su propia barrera, le puede ocurrir, y efectivamente esto ocurre con mucha frecuencia, que haya sido uno mismo su propio interventor. Uno debe decir todo lo que quiere en el drama, sin plantearse de antemano, por un criterio « posibilista », cuanto tiene que rebajar o que desviar. En definitiva, no creo que exista una línea de demarcación entre lo posible y lo imposible dentro de lo que es auténtico arte dramático. Y como quiera que el autor no ve donde está la frontera, no puede convertirse en aduanero de sí mismo. Es, en realidad, una frontera fluctuante e imprevisible ».

A mi juicio Sastre, en lo importante, pone el dedo en la llaga. Si un escritor se autocensura, si premeditadamente crea el absurdo de una barrera tan concreta como la muralla china, es muy posible que se encuentre con que él mismo ha sido « su propio interventor ».

Dejemos al censor que censure, es su oficio. El nuestro, escribir libremente.

Si el escritor enajena libremente, sin que haya sido violentado, su libertad de decir o de intentar decir, tiende a perpetuar el estado en que se encuentran las cosas. Si el autor no quiere tomar partido, naturalmente en un sentido amplio — no pretendo que abrace la causa del socialismo, por ejemplo — si quiere hacer una literatura aséptica, libre de toda contaminación oposicionista, de hecho labora en favor de la continuidad del « Régimen ». En último extremo — nos dice Sastre en « ¿Qué es la literatura? » — se es responsable de lo que no se trata de evitar.

Hoy la dictadura no pide a los escritores que hagan el oficio de guardias civiles que defiendan los postulados teóricos del Régimen, se conforma con que no los ataquen o zahieran demasiado. Hay que cruzar esa barrera « posibilista ». Se puede.

Hay que hacer comprender a los posibilistas honrados que sus medios no son adecuados al fin que se proponen, que estos medios por ellos empleados pueden destruir el fin propuesto. La lucha de la mayoría de los escritores por la libertad de expresión ofrece amplias perspectivas al « imposibilismo ». Un «imposibilismo », que así planteado, niego rotundamente.

Madrid 28-8-60.

CRITICA

Novela

CARRANQUE DE RIOS

(Contra la censura y contra el olvido)

« Uno » debió ser escrito, poco más o menos, en la segunda mitad de aquella década que rodó, para los españoles, a empellones de la conmoción militar de Annual: 1920—30. Triste década en la que, durante mucho tiempo, los papeles ilustrados de nuestro país ocupaban planas enteras con los retratos de los muertos y desaparecidos bajo el polvo africano. En « Imán », Sender nos cuenta cómo el « soldadito español », el « soldadito valiente » moría de sed más que de otra cosa. Esto ocurría sólo a poco más de una veintena de años de distancia de aquél en que España dejó de ser « metrópoli », palabra que se precipita cada vez más a impulsos de la emancipación de los pueblos. Es decir, España es, en la Edad Contemporánea, la gran instauradora de la cesantía en cuanto a Estados subyugadores de pueblos. Pero todavía el general Primo de Rivera hace un pino en Marruecos y puede con Abd-el-Krim. Hubo buenas matanzas por ambas partes, el consiguiente tráfico de armamento y un aceptable corrimiento en el escalafón de oficiales. Por entonces, Franco ya tenía una estimable nombradía de oficial de gatillo fácil para sus propios hombres de Regulares.

Alfonso XIII, en cada crisis ministerial intrigaba cerca de cada uno de sus encargados de formar gobierno, para imponerle la persona de « su » mayor confianza, que habría de hacerse cargo de la cartera de Guerra, lo que era todo un presagio. Se desterraba a Unamuno y a Rodrigo Soriano. Blasco Ibañez lanzaba desde fuera, contra la monarquía, sus folletos y artículos. Irrumpían los estudiantes en la vida política del país. « En adelante — escribe el historiador Fernández Almagro — nadie ganó a los estudiantes en entusiasmo y diligencia como agentes distribuidores de hojas subversivas y documentos clandestinos de cualquier clase ». España languidece y la sombra buída de puñales de Martínez Anido se proyecta especialmente sobre la recién industrializada Cataluña, donde la fuerza obrera hace sentir su peso. Abunda el anarquismo y se expande la CNT. El socialismo avanza arrolladoramente y cunde la UGT. Viejas oligarquías que se imponen con viejos, casi ancestrales métodos. Eternas las familias dueñas de la tierra (Los campos giran alrededor del sol para caer en posesión de padres a hijos). Sempiternas las familias de los braceros (Los aperos del campo también ruedan, etc., etc., para pasar de las manos de los padres a las de los hijos). Milenaria el hambre del pueblo, no hay ni siquiera el consuelo de que cuando « en las posesiones de España no se ponía el sol » — barroca frase de un rey enfermo —, fuéramos un pueblo bien comido. España se descompone lentamente, siglo a siglo. El desprestigio de los gobernantes, de las clases dominantes, de las instituciones madura lentamente y a conciencia. Primo de Rivera había « pacificado » Marruecos. Pero como la

peseta descendía a un nivel ínfimo, allá por el año 30 ocurrió algo que volverá a ocurrir, que ha empezado a volver a ocurrir: aquellas clases pudientes que habían izado al dictador, cuando vieron en peligro sus economías lo apearon y lo lanzaron al destierro. Llega el 14 de Abril y surge una República entusiasta, pero balbuciente e inexperta. Se han creado las nuevas fuerzas sociales, las grandes fuerzas populares que harán posible una larga resistencia, casi única en la historia de las guerras civiles. Pero de momento, al final de los años veinte, a principios de los años treinta — años previos a las ediciones de Carranque —, hay una cosa clara: la necesidad de acabar con todo lo que ocasionaba la larga agonía de todo un pueblo.

Carranque de Ríos vino, literariamente hablando, a destruir. Lo hizo como nadie. Tan bien, que Espasa-Calpe dio cobijo — y no es de creer que en espera de un éxito económico — a sus tres novelas entre los años 34 al 36. Era una forma de salpicar a la República.

✱

Andrés Carranque de Ríos, al decir de Baroja en su breve prólogo a « Uno » (1934), fué, « ladrillero y albañil, ebanista y barnizador de muebles, ceramista y fogonero de barco ». También fue intérprete cinematográfico. Creo haber visto, en una revista de este gremio de hace muchos años, un grabado del rodaje de « Zalacaín el aventurero », en el que aparecía la figura aviesa de Carranque. Y fue anarquista o anarquizante, preso por esa causa y, por lo visto, un poco don Juan. Al parecer le gustaba vestir ostentosamente, cuando podía y, también cuando podía, comer lo suficiente.

✱

Ni en « Uno », ni en « La vida difícil », ni en « Cinematógrafo » — los tres títulos del malogrado Carranque — hay argumentos concretos. Tampoco en estas novelas hay personajes enteros, al menos al modo clásico, o sea de aquellos a los que el lector sigue para vivir sus peripecias. El personaje central de las tres obras está diluído por razones de novela moderna: porque el personaje es la vida misma, la Vida Difícil. El autor va buscando tenazmente seres y ambientes, para exprimirles su más tenebrosa anécdota ... y seguir buscando. Así, la vida — la Vida Difícil — pasa. Y al pasar tan efímera, tan desolada, tan sofocada por el peso de la sociedad, nos produce una inmensa insatisfacción, primer fermento de la rebeldía.

« Uno » es la vida en la cárcel, es las añoranzas y nostalgias del preso. Antonio Luna fue detenido por dirigir el asalto a unas tiendas de Madrid. Antonio, entre presos comunes, permite a Carranque darnos un anticipo — como lo hizo Sender el «O. P. » — de lo que tendría que ser la cárcel en los tiempos franquistas y de lo que tendría que ser la promiscuidad de políticos y comunes. Por las páginas de « Uno » pasan las aberraciones, los terribles hechos sexuales. El autor va descubriendo vidas y exponiendo el proceso mental de Antonio. En este sentido tiene mucho interés la forma constructiva que apunta en las líneas finales de la obra, las cuales copio:

> *(El protagonista acaba de salir de la cárcel).*
>
> *« Antonio avanzó en busca del campo. Ahora, una claridad de tonos suaves se iba haciendo ámbar conforme avanzaba el sol. Antonio Luna quedó parado en un alto, sugestionado por aquel alumbramiento. Sentía que dejaba lejos los acontecimientos de sus últimos días. Ahora tenía la certidumbre de que empezaba a vivir otra historia. Vió cruzar un grupo de obreros que marchaban en busca de las fábricas, y los siguió con la vista hasta que empezaron a desaparecer en una hondonada. Después reanudó la marcha, una marcha desconocida. En su cabeza bullía una verdad enorme; tan grande y generosa era aquella verdad, que tuvo intenciones de precipitar sus pasos para atajar al grupo de trabajadores y gritarles: ¡Camaradas! ».*

En «La vida difícil» Carranque perfecciona su lenguaje y su modo de hacer. Sus ojos ven más y su pluma relata mejor. Es decir, se hace más bronco todavía; profundiza más en lo turbio y su realismo es aún más recortado y liso de palabras. Fluye la vida, pasan los seres, que son víctimas de su medio ambiente. Y he aquí que hacia el final de la obra Carranque vuelve a plantear el problema político: Julio no acude al mitin comunista a que ha sido invitado, y no acude para irse a la taberna con Dionisio, el anarquista. Rápidamente tiene lugar una mutación y Julio muere en una casa de citas, apuñalado por un marinero alemán embriagado. Entonces, cuando ya hemos cerrado el libro, surge una pregunta: ¿Quiere decir que Julio no hubiera encontrado tan dramático fin si hubiese polarizado su inmensa insatisfacción social en la lucha política? Efectivamente, creemos que con la desastrosa muerte de Julio, Carranque viene a dejar sentado que no era inevitable que el personaje acabara así, que quizás pudo redimirse de su pequeño robo y de sus flaquezas, como parecía iba a ocurrir en los últimos capítulos, a través de la actuación política:

> «*Ya acostado Pedrote y con la luz apagada, preguntó de nuevo: — ¿Por qué no has ido al mitin?*
> *Julio se excusó débilmente; habló de Dionisio, de la taberna y del anarquista de la melena blanca. Pedrote le escuchó en la oscuridad.*
> *— Créeme — dijo fraternal —; vale la pena molestarse. Algún día esto estará de otra manera*».

«Cinematógrafo» recoge, como las anteriores obras, la experiencia personal del autor en su fugaz avatar de cineasta. Pero, de todos modos, el ambiente mistificado del cine sólo sirve aquí, como en los casos anteriores, para hacer desfilar una serie de tipos y de situaciones extraordinariamente bien observados y expuestos. Las diversas gentes que comprenden el cine muestran aquí sus ángulos más torcidos, cínicos, brutales, contrastados con la ingenuidad de Tony, el actor-niño, y de su tía y «menagère». Sigue en alza la riqueza en la inspección y en la exposición, a pesar de que la persistencia en socavar el mismo costado del medio ambiental debería producir un agotamiento. Hay una amargura más concentrada y una mayor desolación. Cada descripción, cada movimiento de las criaturas va tarado por la influencia de una sociedad mil veces imperfecta. Al igual que en las otras dos novelas, tambien aquí surge lo político, aunque la decepción lo invade todo. Reaparece el negro fatalismo: muere el pequeño actor Tony y Alvaro Giménez, el ex periodista, se arroja por el Viaducto. Definitivamente, Carranque de Ríos no ha cuajado en novelista político. Diríase, incluso, que la curva del diagrama político ha ido a menos. Tres novelas, tres escalones; pero descendentes.

*

Carranque de Ríos vino, literariamente hablando, a destruir como nadie. Por la intensidad, por la tremenda unidad del fondo temático de sus tres novelas, Carranque no tiene equivalencia en su época. Pío Baroja se refugia de cuando en cuando en lo histórico, en su siglo XIX, en ambientes más muelles que los de los barrios bajos y las casas de prostitución. (1) Sender, el otro importante escritor, en este orden, de aquellos años, va dando una de cal y otra de arena, ya que entremezcla sus novelas sociales con «El Verbo se hizo Sexo», «Mister Witt en el Cantón» y sus artículos periodísticos, todo ello evasiones, descansillos en la temática social. Lo de Carranque es otra cosa. El no es sólo que no quiere descansar, sino que no se cansa. No concibe otros temas, no siente ni percibe otros ambientes, no intuye otras necesidades. El ha nacido para esto. Ha crecido sin oficio definido,

(1) «Baroja ... ha cambiado mucho *de planes*, e intenta sucesivamente cosas muy diversas a través de sus novelas (remover, irritar, demoler, primero; persuadir y humanizar después; distraer y amenizar por fin)» Eugenio G. de Nora: «La novela española contemporánea». Tomo I, pág. 136.

con vocación de vagabundo, y ha conocido muchos caminos y muchas gentes, para después poder contarlo. Carranque es casi un «supergolfante» — Baroja le calificó de supergolfante total, pero tuvo que explicarlo —, y no lo es del todo porque le salva su comezón de observar y de escribir. Caminar, cambiar de oficio, huronear en todos los rincones, cuanto más tenebrosos mejor; conocer nuevas gentes, para insistir en lo mismo: en su hambre, en sus miserias, en sus vicios, en su desesperanza. Y, sobre todo, para escribir desde dentro, como uno más, por una razón: porque el pobre, el sin-trabajo, el hambriento que aparece en sus escritos, era él.

Las ediciones de Carranque de Ríos se agotaron o, en todo caso, sus restos yacen cubiertos de polvo en el más remoto de los anaqueles de Espasa-Calpe. Porque Carranque «sigue» prohibido. Prohibido por todas las censuras: la estatal, la «moral», la religiosa ... En estos veintiún años de lento reflujo censorial, se han relajado muchas intervenciones y levantado muchas vedas. Pero no la de Carranque. Y, si vamos más atrás aún, veremos que ni siquiera la prensa del tiempo de sus ediciones le dedicó gran atención. El propio fallecimiento del novelista (que creemos ocurrió en el verano del 36) no dio mucho que hacer en su día ... Después, ha sido difícil encontrar rastro de Carranque en las historias de la literatura y en las enciclopedias.

Esto, aplicado a figura tan personal como la de Carranque de Ríos, es un mal síntoma para los críticos de su tiempo, para los eruditos e historiadores literarios, porque es excesivamente desproporcionado en relación a los méritos del novelista. Ello nos hace pensar que a aquellos cultivadores de la pluma les repugnó — sólo pudo ser por reaccionarismo o por almibaramiento — el ambiente bronco, el lenguaje directo y destructivo de Carranque, lo que nos lleva a reproducir un párrafo de éste: ... «en España se reducía todo a esto: el señorito político, el señorito escultor, el señorito violinista y, por último, el señorito escritor». Damos por sentado que, para Carranque, de este «señorito escritor» dimanarían el «señorito crítico» y el «señorito historiador».

En consecuencia, Carranque de Ríos está casi completamente olvidado. Olvidado pero vigente. Me atrevería a decir que hoy Carranque es un clásico en lo social, en lo obsesivo por un mundo mejor. Carranque de Ríos no creía en nada y nada proponía; pero fue — gran forma de creer — el furibundo obseso de lo social que se empeñó en dar fe, sin admitir otra causa, de la hez y suciedad corrosivas de todo un ciclo ¿No creía en nada? Creía en su pluma, y la puso al servicio de la denuncia de una época y de su sistema social-político. Ya lo hemos dicho: en este sentido, Carranque es, en su tiempo, el novelista más exhaustivamente entregado a la causa de redimir a su pueblo o, si se prefiere, el novelista más dado a la denuncia de las lacras de su pueblo, el más angustiado por ellas y, por lo tanto, el escritor que sintió más que ningún otro la necesidad de ver a salvo a las gentes. Carranque queda como el precursor develador de una sociedad que se ha ido agravando y que se encuentra ya en estado comatoso, en cuanto a principios, modos, normas, condiciones de vida, etc. El paria Carranque sería hoy — años de la era franquista — más paria todavía. Habló de una sociedad en degradación con un lenguaje y con un concepto que, en parte, valdría para treinta años después: para hoy. Y he aquí que hizo hablar a sus personajes, opinando (él ,Carranque) lo menos posible, tratando de reflejar «objetivamente» a los seres y su ambiente, tal como creía que eran, para utilizar la fuerza de lo «real», siempre mayor que la de lo «inventado» sobre todo si se trata de hacer sociología. Y he aquí que Carranque no es sicólogo, ni novelista-dios, porque él no desea hacer taumaturgia con sus personajes, ni le interesan éstos como tales, sino como individuos de la sociedad a la que pertenecen. El no mandaba en sus criaturas: se dejaba llevar por un negro fatalismo social, hasta llegar, por persistencia, a una conclusión final que puede resumirse así: «Una sociedad semejante es la Negación». No está implícita en la obra de Carranque (y ello constituye una inmensa mutilación) la necesidad de

rehacer tal sociedad, la necesidad política de abatir las alturas. Pero está implícita en cada línea ¿A qué, si no, tan tenaz insistencia en la denuncia?

No llego a decir que Carranque sea el padre de la espléndida generación actual de novelistas jóvenes. Pero sí que hay un cierto grado de parentesco entre aquél y éstos. Los jóvenes novelistas de hoy no habrán leído a Carranque, pero, con mayores o menores diferencias entre sí, sienten la obsesión del tema social por encima de ningún otro. Son realistas. Son «objetivistas». Tratan, en suma, de reflejar su tiempo con encomiable tesón. Ellos no habrán leído, tal vez, a Carranque, pero, como éste, están moldeados por la triste materia social de un lamentable ciclo histórico. Hay, por lo tanto, un mínimo denominador común para aquél y para éstos: y es que todos son fieles a su época.

M. NONELL

Madrid, agosto, 1.960.

Novela

«Campos de Nijar» y «Para vivir aquí», de Juan Goytisolo

«Sobre las albarradas, en los muros de las casuchas en ruinas, se repiten las inscripciones en pintura y alquitrán que me acompañan desde Almería: FRANCO FRANCO FRANCO», nos cuenta Juan Goytisolo en un párrafo de su libro de relatos «Campos de Nijar». El frío espejo errante de Stendhal se ha convertido en cámara cinematográfica al pasar a manos de los jóvenes escritores realistas de nuestra época. El metafórico espejo no puede jugar con la imagen como la cámara literaria sabiamente dirigida ni espolear como ésta la imaginación del lector. Y si al hablar de «Campos de Nijar» tomamos como elemento de crítica la imagen es porque, igual que todo relato de viaje, este libro de Goytisolo se encuentra a mitad de camino entre la literatura y las artes plásticas, como ocurre — aunque decir esto sea dar un rodeo al tema — con el cine.

En su libro, Goytisolo nos conduce a través de los campos secos, casi africanos de Almería; a través de sus pueblos dormidos y olvidados por la incuria del mal gobernar; a través de su geografía árida, desnuda del pintoresquismo que fija la atención del turista extranjero sobre las otras provincias de la Andalucía típica y tópica. Las imágenes del paisaje ahondan en la imaginacióny re mueven fondos de inquietud. Poco a poco el lector se siente dentro de la piel del viajero; sus dientes mascan el polvo del camino vecinal, de la descuidada carretera; su lengua paladea el vino local, y al final del viaje, los ojos le escuecen sin que sepa bien si por efecto del sol que abrasa la tierra sin árboles, o porque la inquietud ha cuajado en angustia y la angustia quiere fabricar lágrimas.

No es sólo la dureza del paisaje lo que ha pesado sobre la imaginación del viajero. También ha visto que por pobre que la tierra sea, los hombres se aferran a ella con desesperación; quieren mimarla, quieren regarla con agua casi inexistente, riqueza fabulosa para ellos.

Los hombres, las mujeres, los niños hablan. Cuentan cómo viven, con qué dureza inventan el pan de todos los días deshaciendo terrones abrasados, sa-

cando peces del mar o haciendo girar su rueda de alfarero; desmenuzan los pequeños chismes locales que a veces tienen para ellos proporciones de aventura picante, como la historia de los suecos que acampan en la playa desierta y les escandalizan con su comportamiento de importación nórdica; hablan del pasado feliz de la región minera — y vagamente de la guerra civil — como de cosas remotas, y sueñan a veces con la emigración, aunque estos sueños que algunos realizan no les lleven casi nunca más allá de Barcelona, Eldorado de los parias del sur.

La tragedia de «Campos de Nijar» se condensa en sus personajes, en sus habitantes. Sin su voz, sin su presencia o su huellá, el paisaje desvelado para nosotros por el escritor sólo tendría la belleza aterradora todavía — a pesar de los Sputnik — de un desolado paraje lunar. Los relatos de viaje — a pie, en coche o sobre jiba de camello; en cualquier latitud del ancho mundo — necesitan la presencia humana para comunicar emoción.

Cela, en su «Viaje a la Alcarria» y en «Judíos, moros y cristianos» valoriza ya la pequeña geografía humana; sitúa al hombre en primer término y deja el paisaje como fondo y como espacio, sin quitarle en modo alguno importancia como no se la quitaron Velázquez y el Greco en sus cuadros. Da Cela — como él mismo dirla — a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César .... Si Goytisolo emplea la misma técnica, sin pensar seguramente en el proverbio aunque animado por igual sentido de las valoraciones, en cambio su caminar por tierras de España tiene un peso y un ritmo distinto al de Cela. Este es el «vagabundo» y Goytisolo el «viajero». El vagabundo camina por placer y diversión, aunque a veces se deje enternecer — Cela no escatima nunca el transmitirnos su ternura — por la sonrisa de una niña o por el hambre de un perro, no llega a sentir — o si lo siente no nos lo deja ver — el ahogo de la angustia cuando la miseria le cruza. Amigo de emplear el garbo literario, sensible a la gracia, al contraste y al matiz, se deja seducir por ellos y nos escamotea airosamente la tragedia, porque para él escribir, como caminar, es un puro placer.

Goytisolo, viajero por campos de Nijar, no quiere divertirse ni divertirnos: quiere darnos un testimonio vivo de cuanto ve y oye, decirnos que no es oro todo lo que reluce en Rodalquilar, que las gentes de Almería tienen hambre y nostalgia de muchas cosas, que la tierra tiene una sed que nadie calma a pesar de esos carteles que en el margen de la carretera piden inútilmente más árboles y más agua.

Cela cuenta y canta como la simpática cigarra en la perezosa siesta del verano; Goytisolo nos dice donde nos aprieta el zapato. Por eso sus relatos directos, humanos, bellos por su autenticidad tanto como por lo bien que elabora su estilo el autor, tienen contenido y solidez. Su «cámara» de joven escritor realista sabe recoger los primeros planos y meterse en los rincones mal alumbrados del país.

Los dos últimos libros que ha publicado Juan Goytisolo, «Campos de Nijar» — editado en Barcelona por Seix Barral — y «Para vivir aquí», lanzado por la Editorial «Sur» de Buenos Aires, están en la misma línea aunque el género narrativo que emplea el autor en cada uno de ellos sea distinto. «Para vivir aquí» reune en un volumen ocho cuentos que tienen tanto valor de documento y de experiencia vivida como las andanzas de su autor por campos de Nijar. Lo que Goytisolo nos relata en estas cortas narraciones, son frescos fragmentos, retales auténticos de la vida actual de España. Cualquier parecido entre los personajes de estos cuentos con seres de la vida real, no puede ser de ninguna forma atribuído a la

casualidad. Si la imaginación ha servido de algo al escritor cuando ha escrito este libro, ha sido sin duda para ayudarle a rememorar escenas y hechos ocurridos.

Reverso y anverso del Congreso Eucarístico de Barcelona; episodios auténticos de la mascarada religiosa del año 56, punto y contrapunto de la descarada hipocresía y de la moral mentirosa que impone el régimen a los españoles, es «Cara y cruz», cuento que encabeza el libro de Goytisolo. Con él, «El viaje» y «Aquí abajo» son los relatos más importantes de los ocho que componen el volumen.

Si «Cara y Cruz» nos pinta con trazos de aguafuerte los aspectos grotescos de la cachupinada eucarística de Barcelona, «El viaje» nos describe — como en «Campos de Nijar» — las condiciones de miseria moral y económica que imponen su ley en la Andalucía pobre y anemizada. Es imposible no pensar en Solana cuando se lee el episodio del circo ambulante, con sus tristes «señoritas toreras» vendidas como carne a los aburridos hombres del pueblo — en los que no hace ninguna mella el marchito relumbrón del circo arruinado — para poder pagar las deudas del empresario a las autoridades locales. Y por último, en «Aquí abajo», Goytisolo nos habla — por primera vez el tema entra en nuestra literatura despojado de fanfarrias de heroismo — de la vida del cuartel con toda su cohorte de miserias, promiscuidades, borracheras de oficiales que cuentan con orgullo sus hazañas de burdel; y en medio de esta triste mezcla, la conciencia del soldado oscuro y analfabeto que percibe todo lo que tiene de huero y de falso el parloteo del oficial ignorante, en la instrucción teórica, y que empieza a despertar de su aburrimiento, a sonreir cuando el sargento — el narrador — invadido por la náusea desde que entró en el cuartel, le habla del futuro y de lo que puede esperar si sacude un poco el letargo que inutiliza su juventud ....

Ninguno de los restantes cuentos del libro iguala a éstos en intención, en profundidad y en altura. Pero, en cualquiera de los otros cuentos se encuentra uno siempre ante el narrador que no sólo quiere hacer literatura, belleza o arte, sino que sabe que su principal tarea consiste en ser testigo de su tiempo y dar fe de lo que ocurre en su país.

MARIA GUEREÑA

Poesía

«LA PELL DE BRAU», de Salvador Espriu

Uno de los acontecimientos capitales de la literatura española en el año 1960 ha sido la publicación en Barcelona del libro de poemas en lengua catalana «La Pell de Brau» («La Piel de Toro») de Salvador Espriu. (1)

Acontecimiento capital, decimos, y esto por varias razones. Por el tema del libro, en primer lugar, por el momento y el contexto social y político en que aparece, en segundo lugar y, «last but not least», por la formidable aportación que significa a la vida y a la renovación del instrumento lingüístico catalán.

Fué el crítico José María Castellet — si no nos equivocamos — quien dijo hace unos años, dirigiéndose a los lectores de habla castellana, que para leer a Espriu bien valía la pena de aprender el catalán. Nunca más cierta que ahora, esta afirmación.

Espriu es la personificación misma de la tragedia vivida por la cultura catalana bajo el franquismo. Poeta de extraordinario valor, Espriu ha vivido los años del franquismo encerrado en sí mismo, dedicado a la maduración lenta y tenaz de unas obras destinadas forzosamente a una minoría socialmente impotente y, por tanto, receptáculo pasivo de una obra en la que vivía todo el drama humano — individual y colectivo — del autor. La «torre de marfil», pecado de tantos poetas, ha sido para Espriu una dolorosa servidumbre que le ha impuesto el franquismo, y con la cual se ha creído, durante muchos años, (equivocadamente, según nuestro parecer; pero ésta es otra cuestión) incapaz de luchar. La prohibición de la lengua catalana, la censura, el cultivo sistemático del analfabetismo y la ignorancia, la corrupción, el terror como arma de gobierno: toda la dura realidad del franquismo ha hecho de Espriu la personificación misma de una cultura oprimida, de una cultura que ha visto ahogadas sus posibilidades de desarrollo natural.

Frente a esta situación, Espriu renunció a las posibles actitudes: exilio, aceptación pasiva de la situación, entrega pura y simple a las exigencias de la dictadura. Falto de confianza en las posibilidades de un enfrentamiento directo con el régimen, de una lucha activa contra la dictadura, Espriu tomó una posición en la que se ha mantenido con una honestidad personal a toda prueba: la de la «torre de marfil» artificial y transitoria desde la cual mantener el culto a la esperanza, desde la cual mantener encendida la luz en medio de las tinieblas.

Toda su obra — esporádica, por culpa de la situación — se ha centrado en dos grandes temas: el tema de una España desangrada por la guerra civil y que

(1) «La Pell de Brau». Els llibres de la Lletra d'Or. Barcelona, 1960

hay que reconstruir, olvidando odios y excomuniones, y el problema del destino del hombre, del hombre encerrado en una soledad que no ama, del hombre que la dictadura ha incapacitado para vibrar con los demás en la visión y resolución de los problemas colectivos, del hombre que, frente a la violencia, se halla constantemente solo frente al problema de su destino individual, frente a su perspectiva última: la muerte. Se podrá objetar, con razón, que hay cierta dosis de renuncia personal, de pesimismo, en la aceptación de esta situación. Pero no es éste el problema que aquí nos interesa.

Es interesante ver, en cambio, que la sensibilidad del poeta se mantuvo despierta. Y cuando la lucha del pueblo fué rompiendo el inmovilismo de la sociedad española, Espriu comprendió que su noche — y la del pueblo — empezaban a terminar. Nuevas generaciones aparecieron en escena, el pueblo empezó a romper sus cadenas y Espriu consideró llegado el momento de proclamar públicamente su testimonio: hay que acabar con la España que nos ha dado el franquismo, hay que ir a una nueva España, a una España que la juventud forjará sobre nuevas bases, en la paz, en la reconciliación y en el respeto mutuo entre las personas y las colectividades. La esperanza, sueño hasta ahora, está dejando de ser sueño para hacerse realidad. Este es su mensaje.

Muchas cosas se le podrían reprochar al poeta en términos de política estricta: su visión casi mítica de la juventud como entidad puramente generacional, su latente escepticismo, su negación del papel que pueden jugar las generaciones ya maduras ... Pero, al lado de esto, justo es destacar su profunda honestidad profesional, su visión de una España basada en la reconciliación y en el olvido de las querellas pasadas, su visión de una España formada por la convivencia de todas sus nacionalidades.

* * *

« La Pell de Brau » es, en cierto sentido, la coronación de toda la obra anterior de Espriu. En sus poemas, vive, apretada, toda la evolución del poeta, sus temores, sus esperanzas, sus clamores, su rebeldía.

Veamos la « línea argumental » del libro. Ya en la introducción, Espriu proclama cuál es su intención, quiénes son los destinatarios del mensaje:

> *« Perqué pugui potser ajudar algú a Sepharad »* (2)
> *«... aquest és un llibre obert a l'esperança, a l'esperança de la gent honesta i de la joventut ...»* (3)

España es el centro de todas sus preocupaciones, de todas sus esperanzas:

> *« Si esguardo damunt la mar,*
> *« si em perdo lluny en el cant,*
> *« si m'endinso somni enllá,*
> *« sempre que goso mirar*
> *« el meu cor i el seu esglai,*
> *« veig l'estesa pell de brau,*
> *« vella Sepharad. (Poema II)* (4)

Pero esta España ha sido destruída, arrasada, corrompida y vendida por la dictadura: miseria, decadencia y terror, ésta es la realidad actual. (En unos poemas de extraordinaria fuerza, Espriu, describe la decadencia de España empleando la imagen de la muerte, por el franquismo, del águila imperial y su conversión en murciélago). El terror, es, sobre todo, el elemento decisivo. (véase, v. g. el poema XI).

---

(2) «Para que pueda, quizá, ayudar a alguien en Sefarad». Espriu utiliza la imagen bíblica de Sefarad para designar a España.

(3) « ... este es un libro abierto a la esperanza, a la esperanza de la gente honesta y de la juventud ...»

(4) «Si miro el mar / si me pierdo, lejos en el canto / si me adentro en mis sueños, / siempre que me atrevo a mirar / mi corazón y su angustia / veo la extendida piel de toro / vieja Sefarad».

Ante esta situación, sólo quedan dos salidas: el exilio, que rechaza

« En el llibre clos avui hem llegit:
« No ploreu el mort, aquest vostre fill,
« sinó amargament el qui se'n va anar
« lluny dels cels i del somni de Sepharad
« i a la bona terra no tornarà mai ».
« Bona terra d'odis, xopa de sang
« que és deu de la nostra set d'eternitat. (Poema XXXIII) (5)

o encerrarse en sí mismo, refugiarse en el sueño de una España mejor. Este sueño ha de ser su testimonio, su toma de posición

« Provarem d'alçar en la sorra
« el palau perillos dels nostres somnis
« i aprendrem aquesta lliçó humil
« al llarg de tot el temps del cansament,
« car així som lliures de combatre
« per l'última victòria damunt l'esglai ». (Poema XXXVIII) (6)

Desprecia a los intelectuales que han perdido toda su sensibilidad ante los problemas colectivos

« Ens demanes ara
« si calç d'esperança
« enllui la negra
« tàvega del tedi
« d'un gran esperit?
« No t'ho podríem aclarir ». (Poema XVIII) (7)

La experiencia es dura: nada se mueve, el pueblo está hundido (poemas XXVII, XXVIII, XXIX). Frente a él, sólo el terror franquista (Poema XI), el inmovilismo culpable de las jerarquías de la Iglesia

« Encarcarats a rígids
« seients episcopals,
« darrera la finestra,
« miràvem el tancat
« tranquil del cementiri
« on ens enterraran ». (Poema XXXIV) (8)

el diletantismo de los intelectuales (poema XVIII).

Franco es la causa de todos los males de España. Contra él estalla la indignación del poeta en estrofas de una violencia descarnada:

« Vens quasi de franc
« al drapaire tires
« de la pell de brau.
« Gos, la teva tos
« voldria escurar-nos
« fins a moll de l'ós?
« Rebentes de tip,
« mentre esdeveniem
« cada cop més prims.

(5) «En el libro cerrado hoy hemos leído: / No lloréis al muerto, este hijo vuestro / sino, amargamente, al que se fué / lejos de los cielos y del sueño de Sefarad / y no volverá jamás a la buena tierra. / Buena tierra de odios, llena de sangre / que es fuente de nuestra sed de eternidad.

(6) «Intentaremos levantar en la arena / el palacio peligroso de nuestros sueños / y aprenderemos esta lección humilde / a lo largo de todo el tiempo de nuestro cansancio / pues así somos libres de combatir / por la última victoria sobre el miedo».

(7) «Nos pides ahora / si cal de esperanza / iluminó la negra / mazmorra del tedio / de un gran espíritu. / No te lo podríamos decir».

(8) «Inmóviles en rígidos / sillones episcopales, / detrás de la ventana, / mirábamos el cercado / tranquilo del cementerio / donde nos enterrarán».

« *Envoltat de fum,*
« *perds el món de vista*
« *i t'acluques d'ulls.*
« *Quan despertaràs,*
« *la rialla als llavis*
« *se t'estroncarà. (Poema XL)* (9)

Su tarea fundamental, en la noche franquista, es cultivar la esperanza, preparar el camino a los que han de venir, asegurar el relevo. (Poemas XXV, XXVI).

Poco a poco, se dibuja un nuevo amanecer

« *Endins del cor del temps*
« *despert guardo la casa.*
« *En donarà la clau*
« *a la llum que s'atansa:*
« *la caminada nit*
« *a poc a poc és alba ». (Poema XXVI)* (10)

Las nuevas generaciones han cambiado el panorama. Es la juventud la que hará una nueva España, una España construída en la justicia, en la honestidad, en el trabajo, en el respeto mutuo.

« *Sabem que hi ha guardat, en unes altes*
« *i molt estranyes golfes que són regne*
« *d'espeses teranyines i del fred,*
« *un vell braser d'aram de tres peus,*
« *un antic braser ple de verdet, ara ben coix,*
« *i voldríem que algú escalfés amb ell,*
« *a poc a poc, però sense repòs, algun dia,*
« *aquest advers hivern de Sepharad.*
« *Avui a la paella xauxina a foc lent,*
« *davant les obertes boques de la fam dels fills,*
« *l'escassíssim xanguet que varem heure,*
« *enmig del bàtec i les fortunes del mar.*
« *Els peixos són tres, com els peus del braser,*
« *i designem els uns i els altres amb els noms*
« *— que escrivim amb una lletra clara i prou petita —*
« *de justícia, i honestedat, i treball.*
« *I convidem a taula els joves que badallen*
« *i els mostrem imperativament el magre menjar,*
« *perquè calmin amb ell una mica la gana*
« *i puguin encendre després, amb els dits balbs,*
« *havent ja obert a l'aire i a la llum les oblidades golfes,*
« *els primers i eterns carbons en el braser dels tres peus ».*
(Poema XIV) (11)

(9) « Vendes casi de balde / al trapero trozos / de la piel de toro. / Perro, tu hambre / ¿quiere comernos / hasta el tuétano? / . Revientas de harto / mientras nos volvíamos / cada vez más delgados / . Envuelto en humo / pierdes el mundo de vista / y cierras los ojos / . Cuando despertarás / la risa en los labios / se te extinguirá ».

(10) « Dentro del corazón del tiempo / despierto guardo la casa / . Daré su llave / a la luz que se acerca / : la caminada noche / poco a poco es alba ».

(11) « Sabemos que hay guardado, en una alta y muy extraña buhardilla que es feudo / de enpesas telarañas y del frío, / un viejo brasero de metal de tres pies, / un antiguo brasero oxidado, ahora cojo, / y quisiéramos que alguien calentase con él, / poco a poco, pero sin reposo, algún día / este adverso invierno de Sefarad. / Hoy en la sartén se cuece a fuego lento, / ante las abiertas bocas del hambre de los hijos, / el escasísimo pescado que obtuvimos / en medio de la tempestad y las vicisitudes del mar. / Los peces son tres, como los pies del brasero, / y designamos los unos y los otros con los nombres / — que escribimos con letra clara y pequeña — / de justicia y honestidad y trabajo. / E invitamos a la mesa a los jóvenes que bostezan / y les mostramos imperativamente el escaso manjar, / para que calmen con él un poco el hambre / y puedan encender después, con los dedos ateridos / y habiendo abierto ya al aire y a la luz la olvidada buhardilla/los primeros y eternos carbones en el brasero de los tres pies ».

Esta esperanza es rota, a veces, por un cierto escepticismo: el poeta no acaba de ver la alternativa concreta a la situación actual

« Desperta, desperta i digues quina mà
« podrà collir d'aquest vellíssim fang
« la crossa de la nova autoritat ». (Poema XXIII) (12)

Pero el camino a seguir es claro: olvidar los antiguos odios, construir todos juntos el futuro de España. Para ello, hay que pasar a la acción.

« De vegades és necessari i forçós
« que un home mori per un poble,
« però mai no ha de morir tot un poble
« per un home sol:
« recorda sempre això, Sepharad.

« Fes que siguin segurs els ponts del diàleg
« i mira de comprendre i estimar
« les raons i les parles diverses dels teus fills.
« Que la pluja caigui a poc a poc en els sembrats
« i l'aire passi com una estesa mà
« suau i molt benigna damunt els amples camps.

« Que Sepharad visqui eternament
« en l'ordre i en la pau, en el treball,
« en la difícil i merescuda
« llibertat ». (Poema XLVI) (13)

« I tu, home dels dies d'ara
« de Sepharad,
« no visquis més la mort
« d'un repòs covard,
« arriscat a salvar-te
« del teu mal.
« Navega les fortunes de la mar,
« il·luminant-te de clarors de llamp.

« Lluny del port de refugi
« rentaràs
« en aigües d'esperança
« tota la sang
« d'aquesta trepitjada
« pell de brau ». (Poema XLVII) (14)

Sólo la tarea de luchar por el futuro de España puede justificar la propia existencia:

« Deixa que el greix dels eunucs trontolli d'estèrils vialles
« i detura-les, quan et cansin, amb el puny ben clos.

« Car tú ets home, vella mida de totes les coses,
« i cercaràs en va una més alta dignitat
« arreu del món que miren i comprenen els ulls.

(12) « Despierta, despierta y di qué mano / podrá recoger de este viejísimo fango / la vara de la nueva autoridad ».

(13) « A veces es necesario y forzoso / que un hombre muera por un pueblo pero nunca ha de morir todo un pueblo / por un hombre solo: / recuerda siempre esto, Sefarad. / Haz que sean seguros los puentes del diálogo / y procura comprender y amar / las razones y las lenguas diversas de tus hijos. / Que la lluvia caiga poco a poco en los sembrados / y el aire pase como una mano extendida / suave y muy benigna sobre los anchos campos. / Que Sefarad viva eternamente / en el orden, y en la paz, en el trabajo, / en la difícil y merecida / libertad.

(14) « Y tú, hombre de los días de ahora / de Sefarad / no vivas más la muerte de un reposo cobarde, / arriésgate a salvarte / de tu mal. / Navega los peligros del mar / iluminándole con resplandores de rayo / Lejos del puerto de refugio / lavarás / en aguas de esperanza / toda la sangre / de esta pisoteada / piel de toro ».

« Què pot desesperar-te, quin mal no suportaràs,
« si acceptes el temps i la mort i l'honor de servir,
« els nobles manaments de l'eterna llei?
« Desdenyós de lloances, de premis, de guany,
« treballa amb esforç perquè sigui Sepharad
« per sempre altiu senyor, mai tremolos esclau.
« I quan arribis a la porta de la teva nit,
« en acabar el camí que no té retorn,
« sàpigues dir tan sols: « Gràcies per haver viscut ». (Poema XLIX) (15)

Este es, fundamentalmente, el « argumento » de « La Pell de Brau ».

* * *

Pero el libro de Espriu — hemos dicho — es también capital por el momento y el contexto político y social en que ha aparecido.

En efecto, en un momento en que la lucha del pueblo catalán se eleva, en un momento en que la intelectualidad se moviliza contra el franquismo, en un momento en que toma cuerpo una amplia campaña en defensa de la cultura y la lengua catalanas, « La Pell de Brau » viene a convertirse en un catalizador, en un orientador de inquietudes hasta ahora sólo insinuadas,.

Sabido es que la situación de la intelectualidad catalana bajo el franquismo ha sido y es todavía — y es lo menos que se puede decir — anormal. Las vías naturales de renovación cultural han sido cortadas por el franquismo (no enseñanza del catalán en las escuelas, prohibición de publicar prensa periódica en catalán, serias restricciones a la edición de libros en catalán, censura, etc.). Esto ha dificultado la renovación no ya sólo de temas, sino también de hombres. De hecho, durante muchos años, la intelectualidad catalana ha sido una intelectualidad de cenáculo, centrada en torno a unas cuantas figuras de importancia (Carles Riba, López-Picó, Foix, Soldevila, Sagarra, etc.) y reducida al tratamiento de temas generalmente excéntricos a las verdaderas necesidades del momento y a las verdaderas aspiraciones del pueblo. En parte por reacción natural a la hostil agresividad del franquismo y en parte por claudicación personal, estos cenáculos se cerraron a las inquietudes renovadoras de la juventud intelectual y ésta tuvo que iniciar su propio camino, buscando a tientas las nuevas fuentes de inspiración.

Espriu, pese a su aislamiento, fué el primer maestro de esta juventud. Su « Primer història d'Esther » tuvo una resonancia extraordinaria entre los jóvenes universitarios. Pero esto no era suficiente. La necesidad de renovación, de toma de posición, era cada día más urgente.

En este contexto, « La Pell de Brau » viene a señalar el camino a seguir. Su llamamiento encontrará un profundo eco en la joven intelectualidad catalana, pues, de hecho, marca el gran momento de la incorporación de la literatura catalana al combate abierto contra la dictadura franquista, no por vía de resistencia — como ha sido norma, meritísima sin duda, en los anteriores ejemplos de lucha — sino por vía de ataque, de afirmación.

* * *

Queda por subrayar un tercer aspecto del libro de Espriu, no menos importante que los dos ya tratados. Nos referimos a su aportación a la vida y renovación del idioma catalán.

---

(15) « Deja que la grasa de los eunucos se mueva en estériles risas / y deléitlas, cuando te cansen, con el puño cerrado / Pues tú eres hombre, vieja medida de todas las cosas, / y buscarás en vano una más alta dignidad / en el mundo que miran y comprenden los ojos. / ¿Qué puede desesperarte, qué mal no soportarás / si aceptas el tiempo y la muerte y el honor de servir, / los nobles mandamientos de la eterna ley? / Despreciador de alabanzas, de premios, de ganancias, / trabaja con esfuerzo para que sea Sefarad / para siempre altivo señor, nunca tembloroso esclavo. / Y cuando llegues a la puerta de tu noche / al acabar el camino que no tiene retorno / sepas decir tan sólo: « Gracias por haber vivido ».

En las circunstancias adversas y difíciles que ha conocido la cultura catalana bajo el franquismo, la indispensable renovación del idioma no ha podido cumplirse por vía normal, es decir, por vía de adaptación natural a las exigencias cambiantes de la vida social. El idioma hablado se ha ido llenando de barbarismos y el idioma escrito se ha encontrado ante la difícil alternativa de seguir un desarrollo propio, es decir, separado del idioma hablado por el pueblo, o de intentar recoger la savia de éste con el menor detrimento posible para el instrumento lingüístico. En el empeño — dificilísimo — se han estrellado muchos esfuerzos bien intencionados. Y ha sido la obra de algunos cuantos escritores (citemos los casos de Carles Riba, Joan Oliver (Pere Quart) y Salvador Espriu, en el interior; de Josep Carner y Augustí Bartra en el exilio, entre otros) así como la importante labor de algunas editoriales (Selecta, « Raixa », Nova Col. lecció Lletres, etc.) la que ha marcado el camino a seguir. Gracias a ellos, la renovación del catalán — aún con todas sus limitaciones — ha podido operarse con cierto éxito y la joven novelística catalana nos ofrece ya una serie de logros considerables.

Pues bien, a nuestro entender, ha sido Salvador Espriu quien más ha contribuído a salvar tan peligrosísimo bache. Sus obras, dotadas de un riquísimo vocabulario, son un ejemplo de rigor lingüístico. Pero, a diferencia quizá del impresionante rigor de Riba, Espriu sabe encontrar el tono y el espíritu del lenguaje hablado. La ironía, a veces violenta y agresiva, del catalán hablado está constantemente presente en el tono y en el ritmo de la poesía espriuana. En este sentido, el rendimiento que Espriu saca del instrumento lingüístico catalán es, en « La Pell de Brau », algo que impresiona. Pero, sobre todo, es una formidable prueba de las posibilidades de desarrollo del catalán, en el contexto general del desarrollo de las lenguas hispánicas.

También, pues, desde este punto de vista, « La Pell de Brau » es una obra capital. No creemos exagerar si decimos que con ella Espriu se convierte en uno de os poetas fundamentales del mundo literario español.

Alberto Prats

Septiembre 1960.

«La Cornada», de Alfonso Sastre

«Más cornadas da el hambre», decía un torero a quien le preguntaban por qué había escogido una profesión tan pegada a la muerte. El toro del hambre está encampanado desde hace siglos en la plaza pública de los pueblos de España. Su hachazo es certero. La espantada ante las astas del hambre lleva a muchos hasta cualquier otra muerte: a la muerte «a las cinco de la tarde». «Hay unos en esta vida que viven de la desgracia de los otros; que se aprovechan, para vivir, de todo lo que está en peligro, de lo que se muere ... de todas las cosas pobres que se consumen poco a poco ... Esto también es una gran historia española ¿verdad? Echar a pelearse a la gente y ver los toros desde la barrera y guardarse el dinero de los muertos ...» Esta frase es de Alfonso Sastre. La pronuncia uno de los personajes mas lúcidos de su drama «La Cornada»: Rafael Pastor, que ha probado la gloria de una tarde triunfal en la Plaza de Madrid pero que también ha visto el envés del tapiz de la fiesta de los toros. «El invierno que empieza y el trabajo que va a costar pasarlo ... El que tenga un refugio, ése podrá aguantar lo que se le viene encima ... cornadas peores que las de los toros y a la vuelta de cada esquina. Yo encenderé la estufa por si alguien quiere venir a refugiarse aquí del frío. Y trataré de olvidarme de que he llegado a vestir el traje de luces».

Despiezando frases del prólogo de la obra — un prólogo que es también una clave — se encuentra cuál es el pensamiento de Alfonso Sastre con respecto a la fiesta de los toros. «Las heridas por asta de toro, usted sabe la variedad ... Todo puede ser desgarrado por ellas en el cuerpo de un hombre ... He visto cuerpos de toreros cosidos a cornadas ... Escalofriante, créame, si nos ponemos a pensar ... Se ganan, lo mejor que pueden, el dinero para su casa. Matan a los toros que les echan ... Es su oficio. Torear siempre es un error. ¡Desde el hambre a la fama! Un salto muchas veces mortal ...» Este esquema se construye luego, a lo largo de la obra, en una serie de acciones imbricadas, como los distintos pisos de un cohete espacial que llevan la cápsula hasta su órbita. El prólogo nos deja ya suspendidos de un suceso. Un torero ha muerto en la plaza, en una tarde de lluvia y viento. Pero no ha muerto por el asta del toro, que apenas le ha rozado la ingle, sino por una herida de arma blanca en el vientre, recién hecha y recien curada. Hay un interés digamos policíaco en el cómo y el por qué de esta muerte. Y entonces comienza lo que en cine se llamaría un «flash back»: la jornada del domingo, el último domingo del torero en el hotel de donde ha de salir hacia la Plaza. En la habitación esta agazapado el miedo: poco a poco se va agrandando hasta impregnarlo todo. Ya no hay más que miedo en escena, y ante este gran personaje invisible todos los demás palidecen. Para que el torero sea capaz de

vencer este miedo que le paraliza hay una persona junto a él: su apoderado. Este parece ser el personaje principal en la intención del autor, si atendemos a lo que dice una breve nota previa a la obra en la que Alfonso Sastre recuerda el mito de Saturno devorando a sus hijos. Nuevo Saturno, el apoderado es el que saca de la nada — del hambre — los toreros, quien les convierte en mitos y quien ferozmente les impulsa a la muerte, se alimenta de ellos. En la obra de Sastre este empresario no parece tener exclusivamente motivos económicos para actuar así. Tiene una « razón », una necesidad vital de devorar sus propias criaturas.

Los dos actos de la obra son una disputa trágica entre el apoderado que quiere arrastrar al torero hacia lo que le parece su destino inevitable, su cumplimiento definitivo, y la esposa del torero que quiere devolverle a la vida diaria, a la vida sin gloria y sin dinero, pero también sin riesgo. « Yo te diré lo que quiere—grita ella —: lo quiere todo. No puede ni pensar que alguien participe, de algun modo, en tu vida. Ahogaría a nuestros hijos si los tuviéramos. Porque sabe que todo eso le roba algo de lo que él necesita para echarlo al ruedo, a pelearse con los toros y a llenarle los bolsillos de ese dinero que luego tira, por las noches, mientras tu tratas de descansar, deshecho de los nervios, roto, entre pesadillas. ¿Sabes lo que era oirte por las noches? ¡Era horrible! Y ahora será peor, y cada vez será peor, y un día ya no habrá remedio para ti ...» « Ella tiene razón — replica el apoderado —. Yo no puedo hacer nada sólo con un poco ... Yo necesito a todo un hombre. El toro es así. Hay que echarle hombres libres y dispuestos a todo. De ahí salen las figuras. De la paz familiar ¿qué puede salir? Todo lo más, algún brillante diplomático. ¡Toreros, no! ¡Ni artistas! ¡Ni nada importante! Eso es otra cosa. Está hecho de otro barro y es una pena que se pierda ».

Todo este largo diálogo de dos actos hace pensar en un « pleito matrimonial del alma y el cuerpo », en un misterio medieval. El bien y el mal disputándose la posesión de un alma ... La obra dramática de Alfonso Sastre tiene mucho de auto sacramental; podríamos decir, sin temor a los términos antitéticos, de un auto sacramental laico. Sin la trampa del libre albedrío. El personaje está de verdad solo, hipnotizado por su miedo, sin que las fuerzas que tiran de él sean suficientes como para sacarle de su inmovilidad dramática. La fuerza del miedo es la más poderosa; hasta impulsarle a herirse a sí mismo de una cuchillada, como esos mozos que se automutilan en los pueblos españoles para librarse del servicio militar. El subterfugio no vale. Con una cura de urgencia y el secreto bien guardado, el torero será obligado a salir a la plaza. Y esa es la cuchillada que le matará, explicando el enigma planteado en el prólogo. Y estableciendo una vez más la tesis trágica que ya enunciaron los griegos: el destino es invencible. Este deseo mecánico de cumplir el ciclo trágico del personaje conduce al autor a apretar su tesis: el miedo a la muerte conduce a la muerte, el miedo a la cornada del hambre conduce a la cornada del toro ... Unos minutos de epílogo nos conducen a la « moralidad » de este auto sacramental laico. Otro joven torero rechaza las propuestas del apoderado: prefiere, a la incierta gloria y al riesgo de la muerte, la lucha diaria contra las cornadas que surgen de cada esquina, la vida del trabajador ...

Uno de los mejores aciertos técnicos de «La Cornada » está en la breve pero concreta aparición de dos contrafiguras del protagonista; o, si se quiere, de la presentación del torero en tres espejos. Está José Alba, el torero en el apogeo del triunfo y también del drama; está Rafael Pastor, que representa su pasado: el torero nuevo, que puede convertirse en gran figura. Está, finalmente, Ricardo Platero, que podría ser el futuro de los dos anteriores: la cara abierta por una

enorme cornada, convertido en un mendigo que inspira horror y repugnancia. Este tríptico plantea en una simultaneidad escénica una profundidad de tiempos y da la versión completa de la trayectoria vital que ilustra el drama.

«La Cornada» tiene una transparencia sobre la generalidad de la vida nacional. «La intención de esta obra es, digamos, más general», dice en su nota previa Alfonso Sastre para no circunscribir el desarrollo de su drama a la fiesta de los toros. Alcanza un nivel de crítica social en cuanto denuncia unas estructuras artificiales de la sociedad, en cuanto señala el hambre, la desesperación y el miedo como los motores esenciales de algo que se exalta habitualmente como fiesta y que cuando sale a la escena, la pantalla, el libro o la canción es exclusivamente para el engaste de adjetivos heroicos (no olvidamos grandes excepciones: desde Eugenio Noel hasta Angel Maria de Lera) y para un falseamiento literario de realidades concretas. Se piensa que este esquema crítico podría aplicarse a otros relumbrones de la vida nacional, y que serviría igualmente para desmontarlos.

Lo que es esencialmente Alfonso Sastre en «La Cornada», como en todo su teatro, es un moralista. En su libro «Drama y sociedad», como en todos sus escritos no dramáticos, aparece una pura línea de moral; la misma que se encuentra en las páginas del libro de teatro que acaba de publicarle en Buenos Aires la Editorial Losada y del que en otra ocasión hemos de ocuparnos puesto que en él se recogen obras hasta ahora inéditas de Alfonso Sastre cuya importancia excede, sin duda, a la de su teatro representado y publicado en España; y ello por razones que a nadie se pueden ocultar. Su concepto del bien y del mal, con su juego dialéctico de los errores y los daños que pueden estar contenidos en el bien y de las razones y justificaciones que puede tener el mal, aparece ya en las primeras obras de Alfonso Sastre y sigue existiendo en ésta, que es la más reciente de las que conocemos. Pero puede advertirse una progresión en el camino de las soluciones. Si en los primeros momentos el equilibrio de fuerzas le deja en el inmovilismo o en la perplejidad, poco a poco parece que Alfonso Sastre va encontrando por sí mismo fórmulas constructivas.

Manuel G. del Río

Cine

Festival Internacional de San Sebastián, 1960

Metido como paja en grano entre el audaz y novedoso Cannes, las cuarenta y tantas naciones participantes en Karlovy-Vary y el rigor estético de Venecia, el Festival de San Sebastián con la farisaica pudibundez de sus burguesísimos espectadores , la escuálida participación condicionada por los arbitrarios vetos políticos del franquismo y el caótico incumplimiento del programa que, entre otros males, le caracterizan, hace, juntamente con el Festival de Herr Adenauer, bien triste figura.

Dos hechos, sin embargo, marcaron este VIII Festival y le diferenciaron de los anteriores. En la apertura, las Jornadas Internacionales de Escuelas de Cinematografía y como cierre, la Concha de Oro otorgada al film checoeslovaco « Romeo, Julie a tma » de Jiri Weiss.

A pesar de ausencias tan destacadas como la del Instituto Cinematográfico de Moscú, que dejaban a la Escuela de Cine de Lodz (Polonia) como único representante del cine socialista, las reuniones fueron muy interesantes. Pusieron claramente de manifiesto la enorme superioridad de los sistemas socialistas de enseñanza y, sobre todo, las grandes facilidades que encuentran en las democracias populares los jóvenes licenciados para el acceso al campo profesional, utópicas en el resto de países, a pesar de fenómenos tan transitorios y engañosos como la « nouvelle vague ».

Destacaron sobre las demás la ponencia presentada por el Sr. Toeplitz, Director de la Escuela de Lodz, en la que analizó el funcionamiento y desarrollo de los estudios y el posterior incorporamiento al cine profesional, y la española, donde un grupo de alumnos del Instituto de Cine expusieron con evidente sinceridad pero acaso con excesiva timidez el calamitoso estado del cine español. Esta misma superioridad fue patente en las películas presentadas por ambas delegaciones.

Y en cuanto al Festival propiamente dicho, las cosas fueron así. A partir de la misma noche en fue exhibido « Romeo, Julie a tma », inmediatamente se vio que muchas cosas tenían que ocurrir y muy fuertes tenían que ser las presiones sobre el Jurado para que éste adjudicara el primer premio a otra película. Esta sensación fue robusteciéndose a medida que seguían las proyecciones. Las dificultades eran dos. La primera, la nacionalidad del film. Y, no menos importante, la índole del tema: un crudo y violento ataque contra el nazismo. Como dice el mismo Jiri Weiss en unas declaraciones concedidas a « Film Ideal », la humanidad olvida muy pronto y entre

nosotros está ya una generación que no ha conocido toda aquella época y me parece necesario recordarles una y otra vez que el fascismo fue un movimiento terrible y que todavía no ha muerto.

No eran éstas recomendaciones demasiado buenas para las autoridades franquistas, perfectamente sabedoras de que el fascismo todavía no ha muerto, de que ellas son uno de sus más caracterizados supervivientes, y tampoco han pasado tantos años desde que cambiaron la estrecha amistad con el « heroico, culto y civilizado pueblo alemán » por la del no menos « democrático, culto y civilizado pueblo norteamericano ». Pero la patética historia de los amores de la muchacha judía y del joven estudiante checo bajo la ocupación alemana en Praga y su trágico desenlace venía contada con tal fuerza y sencillez que esta vez el veredicto de los Jurados tuvo que coincidir con la opinión unánime de los espectadores.

La entrega de la Concha de Oro a Jiri Weiss fue acogida con un enorme fragor de aplausos, semejantes en cantidad al pateo con que fueron recibidos los premios de consolación tributados a las películas norteamericanas, que culminaron con el que la Federación Española de Cine Clubs, con un Jurado compuesto por elementos del « Opus Dei », otorgó a la película de John Ford, hecha en realidad, según se dice, por dos ayudantes suyos, por suponer que era la que mejor se atenía a los postulados del premio: « a la película que reuniendo importantes valores artísticos y culturales, aporte una mayor preocupación por la problemática del hombre de nuestro tiempo ».

El nivel general del Festival, bastante mediocre. Destacaron juntamente con el film checoeslovaco, « Miejsce na ziemi » de Stanislas Rozewicz (polaca), y las italianas « Il rossetto » de Damiano Damiani e « I magliari » de Francesco Rosi, donde una desorbitada interpretación de Alberto Sordi estropea un interesantísimo tema, la emigración económica, de tan desgraciada actualidad en España.

De la aportación española, mejor no hablar.

Fuera de las sesiones oficiales destacaron sobre las demás la inteligente y valiente « Fin de fiesta » del argentino Torre Nilsson, sobre la corrupción política de los años 30 y la película italiana antifascista « Estate violenta » de Valerio Zurlini, segunda obra de un dotado realizador.

Y finalmente, a espaldas del Festival, hay que anotar, acaso como una de las notas más positivas de éste, la conferencia dada por Juan Antonio Bardem en el local de los jesuítas de San Sebastián, donde entre éste y un público de aguzada sensiblidad política sacaron a la luz los verdaderos responsables del actual estado de cine español.

Todo esto fue lo que dio de sí el VIII Festival. No mucho, pero sí algo, y desde luego bastante más que en años pasados.

Pedro Encina

CUATRO NOTAS SOBRE PINTURA

Zabaleta

En el pasado mes de junio ha muerto Rafael Zabaleta. La prensa franquista apenas le ha dedicado espacio en sus columnas (*). Y, sin embargo, Zabaleta significa, en el arte español más reciente, la permanencia de una pintura que contrasta con la de sus contemporáneos.

Al finalizar nuestra guerra con el triunfo franquista, la pintura, los pintores, tuvieron que adaptarse, obligatoriamente, a las nuevas formas de vida. Por una parte, la Falange intentó una pintura fascista, monumental, de ángeles caídos y símbolos retóricos, que no obtuvo ninguna popularidad y que terminó en sus mismos iniciadores (Aguiar, Sert, Sáenz de Tejada, etc.) Por la otra, más frecuente, lo que esencialmente proliferó fué la pintura amable, los retratos de las gentes de la sociedad que en esa hora destaca (Bueno, Morales, etc.), los temas de un Madrid amable y literario (Eduardo Vicente), los de carga surrealista (Caballero) o los bucólicos de una España intemporal (Palencia). En cuanto a los «viejos» (Vázquez Díaz, Cossío, etc.) no quisieron decir nada nuevo. En ese momento la pintura no significa nada y su aportación en los certámenes internacionales es ridícula. Son años en los que todavía no han surgido los jóvenes que, hace poco, han iniciado esa extraordinaria aventura española del «arte abstracto» en el mundo burgués y occidental (y que, por cierto, un día habrá que analizar, con independencia de lo que en sí contiene de deformación de la realidad, como reacción rebelde, como protesta ante la pintura oficial que la Iglesia y el Estado españoles intentaron imponer en nuestra posguerra).

Nuestra posguerra, en pintura, reflejó la realidad de una sociedad reaccionaria, burguesa, victoriosa, que si no pudo conseguir un arte político (salvo los fracasados intentos precitados), sí, en cambio, obtuvo un arte al que podríamos llamar «señorito». Los jóvenes de esa época abordaron los temas decorativos, bodegones o escenas de composición inventados. Los consagrados no aportaron nada nuevo, como hemos dicho. Y es en ese momento, precisamente, cuando surge Zabaleta. De ahí su significación. Aparece de mano del sedicente filósofo y esteta reaccionario D'Ors. De ahí, asimismo, la inicial contradicción de su pintura. Zabaleta rompe con los temas burgue-

(*) Rafael Zabaleta nació en Quesada (Jaén) el 2 de noviembre de 1907. Casi siempre permaneció en su pueblo, por lo que sus escapadas a Madrid fueron escasas. Sin embargo, estudió en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Durante nuestra guerra civil, Zabaleta luchó en las filas republicanas y nunca ocultó su adhesión a la causa popular. Los franquistas le metieron en la prisión, donde estuvo cerca de dos años. A partir de 1942, año de su presentación y dentro del movimiento que D'Ors orientó en aquellos tiempos, **Salón de los Once**, *expuso muchas veces en Madrid. Así como en Barcelona. En una Bienal de Venecia obtuvo una sala especial para su obra. Su última exposición en Madrid, Salón de la Dirección General de Bellas Artes, tuvo lugar en 1959. Algunos cuadros suyos figuran en los Museos de Madrid y Buenos Aires.*

ses e intemporales. Su temario es, salvo pequeñas excepciones, el mundo de su pueblo y sus gentes, los campesinos. Como el intruso *vulgar* en una fiesta de la «alta sociedad» mundana, Zabaleta entra en escena rompiendo la vajilla de una pintura acomodaticia y burguesa. Introduce en la pintura española más reciente el mundo campesino, campos de olivos, labradores con sus escudillas, Quesada y su fisonomía rural. Hay que imaginarse lo que supuso en esa posguerra, el contraste de la pintura de Zabaleta con la de los demás conocidos. Por otra parte, desde entonces hasta su muerte, el pintor ha permanecido fiel a su obra.

El influjo formal le llega, en esencia, de Picasso. Y de Van Gogh y de Solana-Emsor tal vez sólo el recuerdo del trazo violento del primero y una disposición por desrealizar los rostros que recuerdan las máscaras de los segundos. Es en Picasso, como acabamos de decir, donde nace su premonición más clara. De ese Picasso que ya en «La cabeza» de 1926 dibuja una línea de perfil que divide el centro de la cara. Y que años después, con su preocupación por el tema español a la luz de nuestra guerra civil, le llevará a rozar temas campesinos, de indudable resonancia ibérica, en los que Zabaleta debió entrever su propio arte posterior. La «Mujer llorando» (1937), la «Muchacha con gallo» (1938) y, sobre todo, el «Hombre con sombrero de paja» (1938) son tres obras de Picasso en las que adivinamos la de Zabaleta.

Esa raya que parte de la frente y cae verticalmente hasta la barbilla de los retratados, estableciendo dos zonas de luz y sombras y que Picasso utiliza en una época en la que, asimismo, introduce dos ojos en un mismo perfil (experiencia adquirida en la observación de la cambiante luz sobre las caras), sirve a Zabaleta para endurecer los rostros campesinos de sus personajes. Sin embargo, la pintura de Zabaleta (que es casi geológica, en la que los rojos y amarillos y los grises de pedernal expresan la tierra dura de su Andalucía oriental y montañosa), está preocupada, en exceso, por las actitudes estáticas y simétricas de sus personajes. Tal vez en ese defecto no esté alejada la influencia ordenancista de un D'Ors. El concepto hierático de las figuras se acentúa con la utilización de motivos ornamentales en los que si bien sus fuentes originales son la cerámica y el arte populares (el vidrio pintado andaluz, indudablemente), el trazo tosco y las cenefas primitivas producen un resultado negativo, al acentuarse la visión casi caricaturesca de la vida campesina.

Es ésa, a juicio nuestro, la limitación más acusada de la obra de Zabaleta, que nos recuerda, alguna vez, los grandes cartelones de feria y, en otras, los retratos ingenuos de las familias campesinas. Obra que si bien representa un determinado realismo, la exigencia de su concepción colorista y el quedarse detenida en la escena campesina compuesta y no alcanzar a más en cuanto a testimonio de la dureza de los trabajos y los días de los trabajadores del campo, permanece en una zona fría, alejada de la emoción. Aunque, por contra, contemplándola, casi podamos percibir elementos sensoriales en los cuales la tierra, el gazpacho y la pana campesinos representan una realidad insoslayable.

Zabaleta introdujo el segador andaluz en los salones burgueses de las exposiciones. Y aunque su realismo está limitado, ese hecho de llevar a la exposición pública sus temas, fué importante. No buscó ninguna solución romántica, ni cayó en el naturalismo pobretón, académico y burgués. Sus campesinos son campesinos, así como sus interiores y sus paisajes corresponden a un mundo vivido. Pero de él, de Zabaleta, a un José García Ortega, que es el pintor contemporáneo que más nos lo recuerda, existe una distancia muy acusada. Para Zabaleta, la naturaleza y lo que en ella vive sólo existían desde dentro mismo de su pintura. Para José García Ortega, pintor político, la realidad está fuera de él y llega hasta su pintura desde fuera, objetivamente, aunque en alguna fase de su obra todavía la deforme para alcanzar una tesis acusadora. Pero los últimos cuadros de Ortega, los de tema campesino, esos que cuando vean la luz pública podrán alcanzar una in-

dudable significación en el panorama pictórico nuestro, sí son como un ejemplo de lo que pudo ser Zabaleta y que no consiguió por culpa de sus limitaciones formales e ideológicas. Queda, sin embargo, toda su obra. Aislada, solitaria, en los peores años de nuestra posguerra, con más resonancia años después, pero otra vez arrinconada por el aluvión del nuevo arte no figurativo. La obra de Zabaleta, sin embargo, representa el noble esfuerzo por conseguir en la vida social del arte un puesto destacado para la figura del campesino español. Un noble esfuerzo para alcanzar la realidad a través de nuestra tradición pictórica expresionista.

Siete grabadores

Excepto en Zabaleta (y ahora con más consciencia en José García Ortega), el campesino, desde un punto de vista realista, nunca fué tema de la pintura más reciente española. Ultimamente, gracias a estos grabadores, el campesino (y el obrero) han entrado a formar parte de las exposiciones. En efecto, en el mes de mayo la sala Abril de Madrid tuvo el acierto de organizar una exposición de grabados del núcleo recientemente constituído y que bajo el significativo nombre de « Estampa Popular » agrupa a siete artistas, conocidos casi todos ellos por otras actividades pictóricas. Clavo, Garrido, Ortiz Valiente, Palacios, Valdivieso y Zamorano, españoles, y Dimitri Papagueorguin, griego, han iniciado una empresa que, aunque tradicional en España, hacía tiempo estaba interrumpida. Nos referimos al grabado realista.

El grabado ha servido, a través de las épocas, para reflejar, casi siempre, escenas de la sociedad contemporánea al artista y, en muchas ocasiones, éste ha tomado, sirviéndose de ese medio plástico, una actitud crítica. Del Renacimiento y de los siglos posteriores poseemos testimonios de conocidos pintores que han utilizado el grabado como un medio de expresión situado entre la pintura y el periódico moderno Cuando el grabado adquiere un carácter político, alcanza un valor plástico indudable. De ahí el que las escenas grabadas de las contiendas bélicas hayan servido de temas a tan conocidos artistas al través de los siglos. En España el grabado consigue su más alta valoración en Goya. Por eso los siete grabadores actuales anotan en el catálogo de su primera exposición madrileña que él — Goya — ha sido el « exponente máximo de la importancia que el grabado ha tenido dentro de las artes españolas ». Después de Goya y como testimonios políticos de las luchas del XIX, el grabado adquiere popularidad en España, sin nunca llegar a la genialidad de nuestro gran pintor. Son obras que, como las del francés Daumier, atienden más a los aspectos caricaturales de las clases dirigentes puestas en solfa. Ya en nuestro siglo debemos esperar la guerra civil para volver a encontrarnos con algunos brotes de esa actividad plástica. El exponente máximo de la burguesía en el grabado, durante el siglo XX, han sido Castro Gil y su escuela, quienes utilizan el grabado como una prolongación del naturalismo pictórico, sin ningún valor fuera del meramente técnico. Frente a éstos, sólo las muestras de Ricardo Baroja y Solana, entre otros, ofrecen un interés popular. Ha de ser nuestra contienda bélica, como acabamos de decir, la que exigirá un tímido renacimiento, como testimonio de los nuevos « horrores de la guerra ». Picasso, en 1937, graba la serie de planchas con el título de « Sueño y mentira de Franco », en la que, con técnica y concepción modernas, plasma una terrible aleluya antifranquista, donde los elementos surrealistas forman el espinazo de la obra. Dentro de España, Renau, Puyol, Rodríguez Luna, Miguel Prieto, sobre todos, abordan el grabado como medio de expresión política. La victoria franquista corta desde el mismo crecimiento esa continuidad realista, y, de nuevo, el grabado popular enmudece entre nosotros. Como hecho aislado, José García Ortega — al que obligadamente debemos volver a citar — reanuda nuestra tradición y logra alcanzar en ella un alto aprecio.

Ahora bien, esta tradición realista del grabado popular — que en España, como hemos visto, queda interrumpida — adquiere en México, a la luz de la Revolución de 1910, una fuerza incontenible. Como continuadores del gran Posada — testigo de la dictadura porfirista y artista verdaderamente popular — un grupo de grabadores revolucionarios, dirigidos por Leopoldo Méndez, inician el taller mexicano de grabado, hoy conocido en todo el mundo. Las obras de este taller, de muchos años de actividad, testimonian siempre, o hechos de la propia revolución mexicana y de los sucesos políticos posteriores de México, o acontecimientos internacionales (nazismo, guerra española, contienda bélica mundial, huelgas, luchas revolucionarias, etc.) Las obras que produce el taller de Méndez contienen, aparte de virtudes propagandísticas, grandes valores artísticos.

De ahí, de ese taller mexicano, es de donde creemos que nace este nuevo esfuerzo popular español. Como si, después de Goya, la corriente del grabado hubiera desaparecido de entre nosotros para reaparecer en México, y ahora renacer en España. En todo caso, estamos seguros de que la obra de estos siete grabadores que exponen actualmente en España, es el comienzo de una escuela. Los acontecimientos actuales de nuestro pueblo y los del porvenir van a exigir del artista esa utilización popular del grabado.

La obra de estos siete grabadores españoles está hecha en madera, piedra y cobre. Aunque diversa en intención y técnica, está unida entre sí por la constante realista, pues si bien no puede alcanzar formas políticas concretas — dadas las condiciones sufridas por los artistas de España —, sí consigue los objetivos más inmediatos de la comunicación popular. Y está unida, asimismo, por su interés en no emplear el grabado como ilustración de la vida en torno, sino como medio artístico de intervenir en ella, polemizando y, en algunos casos, denunciándola.

El camino emprendido por alguno de estos grabadores es, por otra parte, significativo. Por ejemplo, Clavo y Valdivieso han sido antes conocidos por sus obras abstractas. Los otros, casi sin excepción, habían utilizado el caballete como medio de crear obras pictóricas en las que los elementos decorativos, e incluso académicos, eran casi las únicas razones de ser. Ahora, todos se han volcado en el grabado, al que han aportado — según el propio Clavo ha declarado en un diario montañés — las experiencias técnicas anteriores.

Clavo está más cerca de una resonancia picassiana, grandilocuente, que contrasta con el intimismo de un Papagueorguin, más preocupado de los logros técnicos y tradicionales. Ortiz y Valdivieso tienden a las escenas populares de raigambre castiza, mientras Zamorano, más épico, traslada al grabado, cercano al mexicano, la tristeza y el cansancio del trabajador español. Por su parte, Garrido y Palacios comprimen en sus obras las tierras y los pueblos en los que, asimismo, el esfuerzo del proletariado es un testimonio realista.

Todos ellos, los siete, con técnicas y contenido realistas, aunque en cada uno la expresión e incluso la motivación sean diversas, pueden y tienen mucho que decir. En todo caso, ya han iniciado un nuevo camino para el grabado español.

El saqueo

España ha sido tierra propicia para el saqueo. Las guerras y las contiendas políticas han saqueado siempre nuestro tesoro artístico. Napoleón y sus tropas invasoras repartieron por el mundo obras que, por fortuna, figuran ahora en muchos museos extranjeros. Pero, sobre todo, las clases dirigentes y reaccionarias de nuestro país, a través de las épocas, salvo contadísimas excepciones, han comerciado con nuestra pintura y han ido vendiendo al extranjero nuestras obras, sin ningún escrúpulo y ayudados, cuando no auxiliados, por los propios gobiernos reaccionarios españoles. Si exceptuamos los breves años de la II República, la verdad es que nunca se ha puesto raya a este sistemático saqueo. Durante la Dictadura de Primo de Rivera y aun antes, no sólo cuadros, sino retablos completos e, incluso, capillas y monasterios, han ido a parar, piedra a piedra, a particulares coleccionistas norteameri-

canos. Franco, como no podía por menos suceder, hasta en lo del saqueo del patrimonio artístico ha conseguido superar la incuria y la rapacidad de sus antecesores. Aparte de lo que su sublevación militar supuso de desastre para el tesoro artístico nacional — incendios, bombardeos, rapiñas, etc. — muy poco después de terminada la guerra civil, él mismo personalmente, inició una política de saqueo. Sus acuerdos con Petain, cuando el nazismo se enseñoreaba de Europa, fueron una muestra «oficial». Con el Mariscal francés intercambió diversas obras, sin ninguna consulta técnica ni obedeciendo a razones artísticas, sino simplemente por lograr un acto propagandístico. Por otra parte, junto a la incuria y abandono en los que se encuentran nuestros monumentos (un día Samos es devastado por las llamas, como antes lo fué el archivo de Alcalá de Henares y después el de Lerma), Franco y su gobierno han ayudado al sistemático saqueo. La propia Doña Carmen Polo — y esto no es ningún secreto para los españoles — reúne en sus haciendas las obras maestras o las joyas artísticas que consigue hacer caer entre sus manos. (Para los gallegos está presente uno de estos robos, el de las dos estatuas románicas de Maese Mateo, que tenía depositadas, en sus salones el Ayuntamiento de Santiago de Compostela.)

Este furor por el saqueo de cuadros y estatuas sigue devastando a escala nacional nuestro país. De los villorrios y pueblos españoles, de las colecciones particulares y públicas, no dejan de salir para el extranjero las pinturas y las tallas de nuestro patrimonio nacional. Para ningún español es una novedad el saber que tal monasterio o tal iglesia han cambiado determinada pintura o determinado retablo por la correspondiente falsificación, que permite la salida fraudulenta de la verdadera. Como nadie desconoce la existencia en Madrid de verdaderos «gangs», organizados como vendedores de cuadros y constituídos, algunos de ellos, por elementos oficiales. Ahora, últimamente, una nueva ola de rapiña ha invadido nuestros museos. Desde hace unos dos años, en diversas colecciones españolas han desaparecido algunas obras.

Hace unas semanas al Círculo de Bellas Artes madrileño le han robado una colección completa de «La Tauromaquia», de Goya. Y no es extraño que, ante la frecuencia de estos hechos, la policía española siga sin adoptar medidas de defensa, empeñada, como está, en hacer frente a la protesta política nacional.

Que este saqueo no sólo se produce en España, sino en todo el mundo occidental, es evidente. Aunque en España, aparte de su vastedad, lo significativo es la colaboración estatal. Por otra parte, en otros países la presencia pública y oficial de las fuerzas progresistas logra, en la medida de lo posible, la defensa de los patrimonios nacionales. Así, muy recientemente, en la Francia «degaullista», Jacques Duclos, senador comunista, ha interpelado al ministro de cultura, Malraux, con motivo de la venta al extranjero del cuadro, propiedad particular, que pintó La Tour y titulado «Bonne Aventure». Esa interpelación ha motivado el que amplios sectores de la opinión francesa hayan expresado su indignación y el que el gobierno no haya tenido otro remedio que tomar medidas para recuperar la obra exportada.

En España, mientras permanezca el gobierno franquista y las garantías públicas no se restablezcan, es preciso que nuestros profesores y críticos de arte emprendan la tarea de ir estableciendo el censo del saqueo artístico nacional. Tarea que debe suplir a la incuria gubernamental. Nuestros intelectuales están obligados a denunciar dicho saqueo, mientras la catalogación de las obras robadas puede ser empresa de nuestros especialistas en arte. Ya Gaya Nuño, por ejemplo, denunció en «Insula» algún caso. Y, en realidad, su interesante libro «La pintura española fuera de España», es como una catalogación de los saqueos que hemos sufrido a través de los siglos.

Venecia también protesta

Con motivo de la última Bienal de Venecia, la XXX, los componentes de la misma, casi todos los abstractos que en ella han intervenido y los más conocidos críticos internacionales de la pintura contemporánea, han redactado un documento, muy significativo, de protesta antifranquista. En efecto, las firmas esta vez han ido precedidas de unas líneas en las que se afirma que los «artistas, escritores y críticos de arte de diversos países, ocasionalmente reunidos con motivo de la XXX Biennale de Venezia, nos dirigimos a las autoridades españolas y a la opinión internacional por un deber de conciencia...» A continuación denuncian el hecho de que los artistas españoles (Palazuelos, Edo, Del Palacio, Daniel Vázquez, Encinas y Balaguer), «han sido perseguidos, encarcelados y han sufrido malos tratos contrarios a la dignidad humana a causa de sus presuntas opiniones políticas» por lo que «en consecuencia» y porque «creemos que el pensamiento libre no puede ser delito y porque sabemos que el Gobierno español ha suscrito la Declaración de los Derechos del Hombre aceptada por los países miembros de las Naciones Unidas, pedimos la inmediata liberación y la cancelación completa de cualquier acta de acusación...»

Este documento, de nuevo vigente por la proximidad de los consejos de guerra que van a condenar a esos jóvenes artistas españoles citados en Venecia, lleva, entre otras muchas firmas, las de los premios de esta Bienal, Spiropoulos, Fautrier, Consagra y Vedova. La de los célebres críticos internacionales Bayerthal, Paulhan, Marchiori, Garztecka, Valsecchi, Venturi, Restany, Spyteris, y Zervos. La de los historiadores y especialistas Kepinski (director del Museo Nacional de Poznan), Apollonio (director del Archivo Histórico de la Bienal), Pallucchini (profesor en Padua), Cesare Brandi (profesor en Roma), Palma Bucarelli (directora de la Galería Internacional de Arte moderno de Roma) y Sandberg (director del Stadelijh Museo de Amsterdam). Y la de innumerables artistas, como Fabbri, Guston, Mascherini, Santo Maso, Corpora, Cassinari, Signori, Salvatore, Mattia Morelli, Nino Franchina, Scanabino, Scordia y Dorazio.

PABLO VIDAL

Gran pérdida para la historiografía española

EL DR. JAIME VICENS VIVES HA FALLECIDO

El fallecimiento del Dr. Jaime Vicens Vives, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Barcelona, ha significado una grave pérdida para la ciencia histórica española.

Autor de una obra abundante y variada, Vicens Vives aportó a nuestra historiografía un espíritu de renovación y un estilo de trabajo que chocaban abiertamente con el espíritu y el estilo de trabajo de la mayoría de nuestros historiadores y, muy particularmente, de los que podríamos llamar « historiadores oficiales ».

Vicens Vives tuvo clara conciencia de que, en las actuales circunstancias, la investigación histórica tiene una dimensión política considerable: la interpretación — la recta interpretación — de nuestro pasado no puede desligarse de la lucha por mejorar nuestro presente y construir nuestro futuro. La conciencia de este hecho, hizo de Vicens Vives un político, en el sentido amplio de la palabra. Esto — que revela una honestidad personal y profesional digna de todo encomio — explica también las insuficiencias y defectos de su obra. Las imprecisiones y fluctuaciones metodológicas — mezcla de una visión « generacional » de la historia con una visión « estructural » (demografía, coyuntura económica, clases sociales en presencia, etc.), influencias de la historiografía tradicional (especialmente de los historiadores nacionalistas catalanes), influencias del materialismo

histórico y del positivismo — tienen parte de su razón de ser en el hecho de que la obra de Vicens Vives cumplía conscientemente un papel político de primer orden: clarificar — o intentar hacerlo — nuestro pasado, para denunciar nuestro presente. Tarea, ésta, urgente e ineludible. Vicens Vives se lanzó a ella con plena entrega de sí mismo y, en el empeño, perdió quizá la conciencia de sus límites abarcando temas y procediendo a síntesis que escapaban un poco a su formación y a sus posibilidades.

Esto nos ilustra, sin embargo, sobre su dimensión humana. Quizá le hubiera sido más fácil hacer « ciencia » y dejar de hacer « política ». La torre de marfil le hubiera sido particularmente cómoda. El prefirió lo otro y, con ello, dio una verdadera lección de honestidad a muchos científicos y escritores que rehusan « descender a la plaza pública ».

El estilo de trabajo de Vicens Vives se basaba en el abandono de los clásicos métodos del historiador « erudito ». Adoptó e impulsó el trabajo en equipo y realizó un esfuerzo considerable para estar al día en lo relativo a bibliografía y documentación. Supo dar un nuevo valor a la interpretación de los documentos. Creó e impulsó el « Indice Histórico Español », una de las realizaciones más importantes del panorama universitario español, y supo rodearse de una serie de colaboradores jóvenes, entusiastas y preparados que constituyen el germen de lo que puede llegar a ser — y que para algunos ya es — la Escuela Histórica de Barcelona.

Altamente positiva fué, asimismo, su labor pedagógica. Su « Seminario de Historia Moderna » y sus clases en las Facultades de Filosofía y Ciencias Económicas contribuyeron en gran medida a despertar en los estudiantes una sana curiosidad por nuestra verdadera historia y destruyeron, uno tras otro, los tópicos y falsedades de la historiografía franquista.

Su muerte deja un vacío difícil de llenar. Pero las inquietudes que él supo despertar darán, a no tardar, un fruto que nos compensará con creces de su pérdida. Este es su gran mérito.

«NUESTRAS IDEAS» está a la venta en las librerías:

bélgica

Librairie «Du Monde Entier», Place St-Jean, Bruxelles

italia

«Libreria Rinascita», 2-3, Via Botteghe Oscure, Roma

suiza

«Librairie Rousseau», 36, rue Rousseau, Genève

méxico

«Librería Madero», Avda. Madero, 12, México D. F.

«El Gusano de Luz», Hamburgo, 22, México D. F.

«Librería Juárez», Avda. Juárez, 102. México D. F.

«Editorial Popular Fondo de Cultura», Avda. Hidalgo, 75. Deps, 107, México D. F.

«Librería Zaplana», Avda. San Juan de Letrán, 41-1, México D. F.

Talleres gráficos «Märkische Volksstimme» — Potsdam (Alemania)

Suscripciones a «NUESTRAS IDEAS»

Suscripción para un año (4 números) :

Para España : Pesetas	90
Para Bélgica : Francos belgas	90
Para Francia : Francos franceses (N. F.)	8,70
América Latina : Dólares	2,40
Para Suiza : Francos suizos	9

Para suscribirse puede Vd. enviar la suma correspondiente a :

«Compte Chéques Postaux», n. 5744.90 François Claessens. *Compte spécial* — Bruxelles — O sencillamente por Giro Postal Internacional a : F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer. Anderlecht. Bruxelles.

Se reciben también suscripciones :
En Ginebra : «Librairie Rousseau»
36, rue Rousseau, Genève.

El cambio de precio en francos franceses se debe a las medidas financieras tomadas en ese país.

Edit. resp. : M. F. Claessens. 45, rue Sylvain Denayer, Bruxelles

precio del ejemplar:

pesetas : 25
francos belgas : 25
fr. franceses (N. F.) : 2,40
francos suizos : 2,50
dólares : 0,70